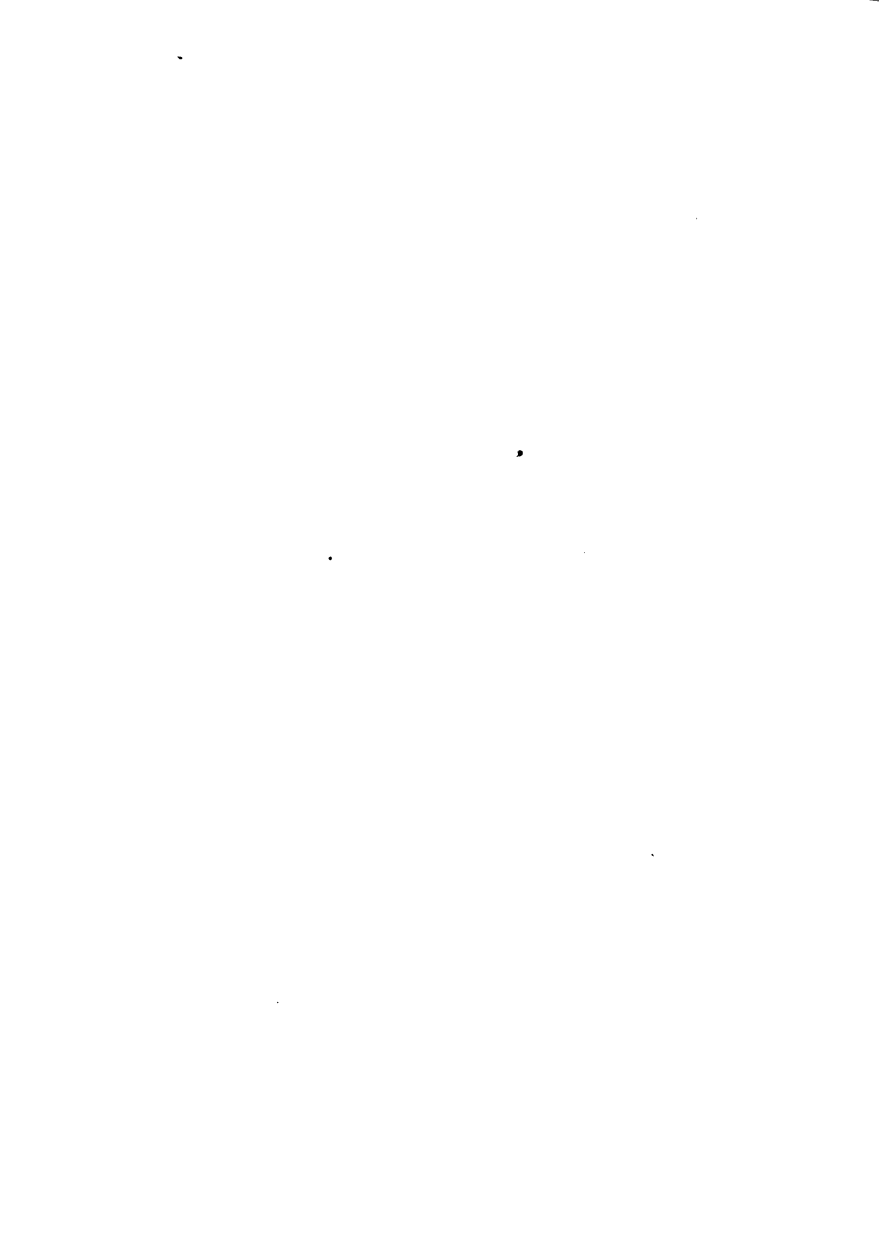


Library
of the
University of Wisconsin





URUPÉS

MONTEIRO LOBATO

En 1914, comenzada ya la guerra, Monteiro Lobato no había pensado aún en escribir. Era un "fazendeiro". A causa de la costumbre de incendiar los campos para limpiarlos, con lo que se amenaza a los vecinos, Monteiro Lobato envió una carta de protesta a la sección "Quejas y reclamaciones" de un gran diario de San Pablo. Pero la carta era tan interesante, tan pintorescamente escrita y tan llena de talento, que el periódico la publicó en su primera página, incitando así al "fazendeiro" a reincidir. De este modo, y a causa de "media docena de Nerones de pata en el suelo", como dice él con mucha gracia en la advertencia de la segunda edición de *Urupés*, el Brasil cuenta con un gran escritor más. Después de este libro, Monteiro Lobato ha publicado *Las ideas de Jéca Tatú*, *Ciudades muertas* y *La negrita de la naricilla respingada*. Dedicado por completo a las letras, dirigió hasta hace poco la *Revista do Brasil*, de San Pablo, la mejor publicación de aquel país en su género, y una de las pocas verdaderamente notables de Sud América. *Urupés*, extraordinario libro de cuentos, ha tenido un éxito asombroso, habiendo alcanzado, en menos de tres años, a la cifra fabulosa, para nuestros países, de veinte mil ejemplares. Ruy Barbosa, el eminente político, escritor y orador brasileño y cuyo prestigio literario en su patria sólo es comparable al que tuvo en Francia Víctor Hugo, comenzó una ya célebre conferencia sobre *La cuestión social*, recordando al *Jéca Tatú*, de Monteiro Lobato, al cual llamó "admirable escritor" y del cual elogió su "pincel de un arte raro". Monteiro Lobato, que sólo tiene treinta y cinco años, es cuentista, pensador, crítico de arte, editor, y hasta jefe de escuela, pues es cabeza visible y directiva de un brioso y magnífico grupo de escritores jóvenes de San Pablo, los cuales están dando nuevo empuje a la literatura brasileña y aun renovándola.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS AMERICANOS

URUPÉS

POR

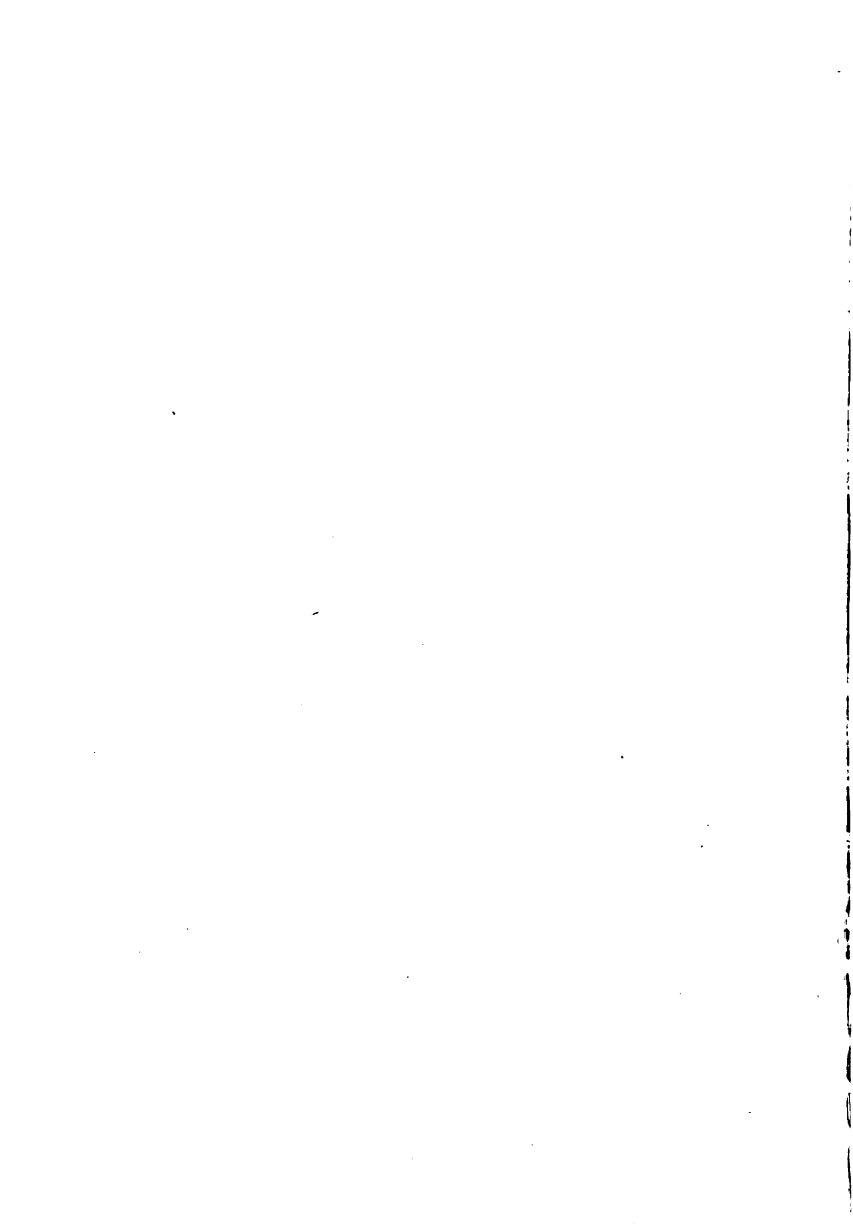
MONTEIRO LOBATO

==

(Traducción de BENJAMIN DE GARAY)



EDITORIAL "PATRIA"
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1571 - 73
BUENOS AIRES
1921



376746

OCT - 2 1931

X41Y

.M76

U

.S

URUPÉS

El balsámico indianismo de Alencar se desmorona ante el iconoclasta advenimiento de los Rondon (1), que, en lugar de crear indios en un gabinete, con reminiscencias de Chateaubriand en la cabeza e Iracema (2) abierto sobre sus rodillas, se dan en recorrer las tierras incultas con un winchester en la mano.

Murió Pery, incomparable idealización del hombre natural, como lo soñaba Rousseau, prototipo de tantas perfecciones humanas que, en el romance, en concurrencia con nobilísimos tipos civilizados, sobrepújalos en belleza de alma y de cuerpo. Contrapúsosele la cruel etnología del montaraz de hoy, un salvaje real, feo y bruto, anguloso y sin interés, tan incapaz, muscularmente, de desarraigar una palmera, como, moralmente, de amar a Cecy (3).

(1) Escritor de costumbres serranas.

(2) Bellísimo poema de José de Alencar.

(3) En el poema "Guarany", del mismo Alencar, el salvaje Pery ama a la blanca Cecilia, o Cecy, y arranca una palmera, para salvar a Cecy, en una inundación.

Para felicidad nuestra y de don Antonio de Mariz (4), no los vió Alencar: los soñó como Rousseau; de lo contrario tendríamos al hijo de Araré (5) soasando a la bella niña en un buen brasero de palo brasil, en lugar de acompañarla en perpetua adoración por las selvas, como el Ariel bienhechor de Paquequer (6).

La seducción del imaginativo novelista creó una corriente. Todo el "clan plumitivo" dió en forjar su indiecito con requintes de Pery y Atala. En sonetos, cuentos y novelas, olvidados hoy, se consumieron tabas íntegras de Aymorés sañudos con plumas de tucán por fuera y virtudes romanas por dentro.

Empezando el público a bostezar, escéptico ya ante el desmantelamiento creciente del ideal, cesó en el mercado literario la búsqueda de truculencias homéricas, *inubias*, *tacapes*, *borés* (7), guerreros y vírgenes bronceadas. Armas y héroes retrocedieron, cabizbajos, hacia el desván donde se amontonan los muebles en desuso — añorante museo de extinguidas pilas eléctricas que a su tiempo galvanizaron nervios. Y allí acaman palvaredas, que cuchichean sus recuerdos con la barba de Don Juan de Castro, los *frankisks* de Herculano, los frailes de Garret y tales otros...

No murió todavía. Evolucionó. El indianismo está

(4) Padre de Cecy, en el poema "Guarany".

(5) Pery.

(6) Lugar en donde se desarrolla la acción del poema de Alencar.

(7) Instrumentos y armas indígenas.

de nuevo echando fronda, aunque con nombre cambiado. Bautizósele de "cobrismo". La vincha de plumas de guacamayo pasó a ser sombrero de paja requintado, en la cabeza; el taba tornóse rancho de sapé; el *tacapé* crió filo, crió gatillo, echó oído y es hoy fusil de chispa; el *boré* decayó lamentablemente en pito de llamado para las aves; la *tanga* ascendió a camiseta abierta en el pecho. Pero el substracto psíquico no cambió: orgullo indomable, independenciamiento, hidalguía, bravura, virilidad heroica, todo el relleno, en suma, sin faltar una aceituna, de los Perys y Ubirajaras (8). Este setembrino retoñar de un arte muerto no se desgranó aún de todos sus frutos. Tendrá su "I - Juca - Pyrama", su "Canto do Piaga" (9) y quizá ofrezca tema para ópera heroica. Completo el ciclo vendrán a destrozar el invierno en flor de la ilusión indianista los prosaicos demoleedores de ídolos, gente mala y desprovista de poesía. Los malvados irán a rascar los iconos con la cureta de la ciencia. ¡Y qué feas se han de entrever las campesinitas color de jambo, de Fagundes Varella! (10). ¡Y qué chambones y estúpidos los Perys de pantalones, camisa y cuchillo al cinto!

Eso para el futuro. Hoy todavía existe el peligro de agitar el avispero. El cobrismo es el ¡ay, Jesús!

(8) Ubirajara es otro héroe de Alencar.

(9) Poemas del popular poeta brasileño Gonçalves Dias.

(10) Difundido poeta brasileño que cantó las bellezas campesinas de su país.

nacional. Hay que ver el orgulloso empaque con que respetables figurones se golpean el pecho exclamando con altivez: ¡Soy de raza de cobrizo!

Años atrás, de lo que se enorgullecían era de una ascendencia de taparrabos repleta de plumas de tucán y dramas íntimos trabados a flechazos de curare. Día vendrá en que los veremos, marchitos en su orgullo, denunciando su verdadero abuelo, uno de los cuatrocientos de Gedeón, traídos por Thomé de Souza (11) en un "Satellite" (12) de aquellos tiempos, nuestro muy noble y fecundo *Mayflower*.

Porque la verdad desnuda impone decir que entre las razas de variado matiz formadoras de nuestra nacionalidad, y metidas entre el extranjero voraz que todo lo invade y el aborigen de tablillas en los morros, una existe que vegeta en cuclillas, incapaz de evolución, impenetrable al progreso.

Fea y perezosa, nada la pone de pie.

Cuando Pedro I lanzó a los ecos su grito histórico, y el país despertó atolondrado a la crisis de un cambio de dueño, el cobrizo se levantó, espío y se acucilló de nuevo. Allá por el 13 de mayo apenas revoloteó el florido decreto de la Princesa, el negro famélico y exhausto abandonó con un ¡uff! la azada. El cobrizo en cambio miró, meneó la cabeza, caviló y dejó

(11) Thomé de Souza vino al Brasil con 400 hampones portugueses.

(12) Barco que durante la presidencia de Hermes da Fonseca transportó desterrados para el territorio del Acre.

que del viejo mundo viniese quien de nuevo diera con él.

El 15 de noviembre se substituye un trono vitalicio por el sillón cuatrienal. El país se estremece ante el cambio inesperado. Pero el cobrizo, maldito si se interesó en ello.

Viene Floriano, estallan las granadas de Custodio, Gumersindo golpea a las puertas de Roma, Hermes convulsiona al país durante cuatro años. El cobrizo continúa en cuclillas, amodorrado.

Nada le despierta. Ningún aguijón lo pone de pié. Social como individualmente su actitud es esa. Para todos los actos de su vida, Jéca Tatú antes de obrar se pone en cuclillas.

Jéca Tatú es un pescador de Parahyba, maravilloso epítome de carne donde se resumen todas las características de la raza. Hélo allí que viene a hablar al hacendado, en cuyas tierras vive aparasitado. Su primer movimiento, después de sujetar entre sus labios la chala del cigarrillo, sacar el pedazo de cuerda del tabaco y disparar un salivazo por el colmillo, es sentarse diestramente sobre los talones. Sólo entonces es cuando se le destraba la lengua y la inteligencia.

—No vé que... (13).

De pié, o sentado, las ideas se le confunden, la lengua se le anuda y no ha de decir nada conexo.

(13) Los lugareños tienen la costumbre de responder a las preguntas anteponiendo a las respuestas la frase: no vé que.

Por la noche, en su choza de paja, se acucilla frente al fogón para "calentarlo", imitado por su mujer y su prole. Para comer, comerciar una bicoca, ingerir el café y tostar sobre las brasas un palo para hacer un cabo, hacerlo en otra posición sería un desastre seguro. En los mercados, a donde lleva la mercancía dominguera, es en cuclillas, cual un fakir de Bhramaputra, como vigila los cacharros de coco o el haz de palmito.

¡Pobre Jéca Tatú! ¡Qué bonito eres en la novela y qué feo en la realidad!

Jéca comerciante, Jéca labriego, Jéca filósofo...

Cuando se aparece en las ferias, todo el mundo adivina al instante lo que trae: siempre cosas que la naturaleza derrama por los montes y al hombre sólo le cuesta el trabajo de alargar el brazo y cogerlas: frutas selváticas o artefactos de tacuara o utensilios de madera fácil de labrar. Nada más.

Su gran preocupación es sacar todas las consecuencias de la ley del menor esfuerzo, y en esto va lejos. Comienza la aplicación de la ley en la vivienda. Su casa de paja y barro hace reír a los bichos que viven en casuchas y carcajear al hornero.

Moblaje, ninguno. La cama es una carcomida esteira de paja, tirada sobre el suelo apisonado. A veces se dá el lujo de un banquillo de tres patas, para los huéspedes. Tres patas dan equilibrio; inútil por lo tanto, la tarea de colocar una cuarta, lo que le obligaría a nivelar el pavimento.

¿Para qué asientos, si la naturaleza le dotó de sólidos talones?

Ningún cubierto. ¿No es, acaso, la mano un cubierto completo: cuchara, tenedor y cuchillo a un tiempo?

Nada más que unas escudillas, gamelas, una tinaja, la botija y la olla para las habichuelas.

Nada de armarios o baúles. La ropa la guarda el cuerpo. Sólo tiene dos ternos; uno lo lleva puesto y el otro en la colada. Las vituallas las deposita en los rincones de la vivienda.

Inventó un colgante sujeto a la cumbre con un garfio en la extremidad y un disco de lata en lo alto: allí cuelga el tocino a salvo de gatos y de ratas. De la pared pende el fusil de chispa, la polvera de cuerno, el San Benito ahumado, el *rabo de tatú* (14) y las palmas bendecidas para quemarlas en los días de fuertes truenos. Sirven de gabetas, los agujeros de la pared.

Sus remotos abuelos no disfrutaron de mayores comodidades. Sus nietos no añadirán una cuarta pata al banquillo. ¿Para qué? Se vive bien sin ella.

Si caen de la pared tarugos de barro, abriendo grietas, Jéca no se mueve para reponerlos. Quedan las ventanillas abiertas para el resto de la vida, enseñando retazos de cielo.

Si la paja del techo, podrida, abre hendiduras, por donde gotea el agua de la lluvia, Jéca, en vez de re-

(14) Rebenque llamado así por su semejanza con el rabo del roedor.

mendar, se limita, cada vez que llueve, a colocar una vacija bajo la gotera.

Remiendos... ¿para qué, si una casa dura diez años y faltan "apenas" cinco para abandonar aquella?

Esta filosofía economiza reparaciones.

En la vivienda de Jéca, la pared de los fondos formó, hacia afuera, una comba como vientre hinchado, amenazando desmoronarse; los puntales de madera, ganados por la humedad, oscilan en la podredumbre del adobe. A fin de neutralizar el desaplomo y prevenir sus consecuencias, adhirió en ella una imagen de la Virgen.

—¿Por qué no remienda esa pared, hombre de Dios? Jéca sonríe con superioridad.

—No se ha de caer. ¿No vé el "puntal"?

Sin embargo, por vía de dudas, cuando ronca la tormenta, abandona la casa y va a agazaparse en el hueco de un viejo árbol de la quinta, para saborear a la distancia, la eficacia del "puntal" santo. Un soporte de madera dispensaría el milagro, pero entre despegar la imagen, coger el hacha, subir al morro, cortar un árbol, trozarlo, cargar con él y apuntalar la pared, el sacerdote de la Gran Ley no vacila. Es coherente.

Un patiecito pelado rodea la casa. El monte limita con él. Ni árboles frutales, ni huerta, ni flores; nada que revele la permanencia.

Hay mil razones para ello: porque no es suya la tierra; porque si lo desalojan nada dejará para que

otro lo aproveche; porque para frutas está el monte; porque los animales destruyen; porque...

—¡Pero, criatura! un cerco pequeño por allí... La madera está tan a mano, y hay tanta...

Jéca, interpelado, mira hacia el morro cubierto de maderas, mira hacia el patio pelado, meneaba la cabeza y escupe.

—No vale la pena.

Todo el inconsciente filosofar de la raza habla en esa palabra impregnada de fatalismo y de modorra. Nada vale la pena. Ni cultivos ni comodidades. De todas maneras se vive.

De la tierra sólo quiere la mandioca, el maíz y la caña.

La primera por ser un pan amasado ya por la naturaleza; basta arrancar una raíz y echarla en el rescaldo de las brasas. No requiere cosecha ni exige granero. La siembra se hace con media palma del tallo enterrado en cualquier tierra. No requiere cuidado. No la ataca la hormiga. Es de fácil cultivo.

Bien ponderada, la causa principal de la pereza de la campaña radica en la ilimitada fecundidad de la *manihot utilissima*. Quizás, sin ella, el cobrizo llegara a ponerse de pié, y andase. Pero mientras disponga de un pan cuya preparación se resume en el plantar, recoger y echarlo sobre las brasas, Jéca no cambiará de vida.

El vigor de las razas humanas está en razón directa de la hostilidad ambiente. Si el holandés extrajo a Holanda, esa joya del esfuerzo, de un pantano salobre,

a fuerza de estacas y diques, es porque allí nada le favorecía.

Si la grande Inglaterra surgió de las islas pedregosas y nevicentes de la Caledonia es que no medraba en los peñascales la mandioca; hubiera medrado y tal vez allá viésemos ahora a los ingleses, tullidos, con los piés desnudos, amarillentos, cogiendo mariscos en el Támesis.

Hay bienes que se tornan males. La mandioca ilustra copiosamente el avieso proverbio.

El otro auxiliar precioso de la indolencia, es la caña. Dá la rapadura, y para Jéca, el simplicador de la vida, es la grapa. Como no posee moledor tuerce el asta a pulso sobre la escudilla de café, después de bien estrujados los nudos; endulza así el brebaje, huyendo de los trámites conductores del caldo de caña a la rapadura.

Todavía, *est modus in rebus*, y así como al lado de la planta anémica crece el lozano tallo de maíz, contrasta con las cristianísima simplicidad de Jéca la opulencia de un vecino suyo y compadre que "está muy bien".

La tierra donde vive es suya, posee una yegua, un "monjolo" (15) y una escopeta de dos caños. Pesa en los destinos políticos del país con su voto y el almidón de mandioca fermentado que fabrica, habiendo acumulado con ellos, voto y almidón, más de quinien-

(15) Aparato rústico para apisonar maíz.

tos mil reis (16) en el fondo de su arca. Vive en constante tren de pichuleos en los cuales ejerce una astucia nativa muy hermana de la de Bertoldo padre.

Su última viveza fué el trueque de un caballo tuerco por una yegua trotadora. Es verdad que la yegua rengueaba un poco, pero aún así, valía unos diez mil reis más que el rosinante vizco.

Estas y otras astucias celebrizaron sus fraudes equinos en mil brazas a la redonda, suscitando la incondicional y babosa admiración de Jéca, para quien, listo como el compadre, ¡hombre... ni el mismo cura de Itaoca!

Los domingos va a la villa a horcajadas sobre la flacura ventruda de "Serena" sobre cuyas grupas lleva a un hijo, y detrás, el potrillo al trote, la mujer con el crío envuelto en el chal. Cierra el cortejo el infaltable Brinquiño, resollando con un palmo de lengua afuera.

El acto más importante de su vida es, sin duda alguna, votar por el gobierno. Saca ese día del arca su ropa negra de casamiento, sarga apolillada, toda listada de dobleces; hunde los pies en un robusto zapatón de becerro, se ata al pescuezo un cuello de puntas dobladas, y sin corbata, crugiendo y rengueando, va a poner sus documentos en manos del caudillo Coi-

(16) No obstante la oscilación del cambio, puede calcularse por cada mil reis unos sesenta centavos de la moneda argentina.

sada, que lo retiene como garantía de fidelidad partidista.

Vota. No sabe por quién; pero vota. Rasca la pluma en el padrón electoral, arabescando durante cinco buenos minutos la tela de araña de garabatos a la que llama "su gracia".

Si ocurren disturbios, soporta a pié firme, con heroísmo, las agresiones opositoras, y al cabo de ellos, sigue a casa del jefe, con diversos "chichones cívicos" en la cabeza y el cuello vuelto del revés para recoger sus documentos. El caudillo, grato y sonriente, exalta su heroísmo, ahí mismo documentado por la pulsación de las contundencias, con un apretón de manos, y la promesa, para más adelante, de una inspección de barrio.

Representa este sujeto el clásico tipo del afincado ya, con un pié fuera de la clase. Excepción, desde luego, que no viene al caso. Se trata aquí de la regla, y la regla es Jéca Tatú.

Jéca por dentro rivaliza con Jéca por fuera. El mobiliario cerebral, aparte el succulento relleno de supersticiones, vale lo que la casucha. El banquito de tres patas, las escudillas, el garfio para el tocino, se reeditan dentro de su cráneo bajo la forma de ideas: son las nociones prácticas de la vida que heredó del padre y que, intactas, las transmitirá a sus hijos.

El sentimiento de patria le es desconocido. No tiene siquiera, la noción del país. Sabe que el mundo es grande, que hay tierras más adelante, que muy lejos está la corte con los magnates y, más lejos aún, Ba-

hía, de donde llegan cocos y bahianos charlatanes. Pregúntese a Jéca, quién es el presidente de la república.

—¿El hombre que manda en todos nosotros?

—Sí.

—Seguramente ha de ser el emperador.

En materia de civismo no sube un tramo; baja, más bien.

—En caso de guerra ¿va usted a defender al país?

—¿Guerra? ¡salga de ahí! Mi padre vivió metido en el monte más de cinco años a causa de la “guerra grande” (17). Pues yo, para escapar al “reclutamiento” soy capaz de cortarme un dedo, como mi tío Lorenzo.

Guerra, defensa nacional, acción administrativa, todo cuanto huela a gobierno se resume para el cobrizo en una palabra pavorosa: “reclutamiento”. Cuando en los albores de la Presidencia Inefable (18) rumoreábase un empadronamiento de esos de que se olvidara Offenbach, el cobrizo se estremeció y fué a casarse por montones. Aquello “habería de ser reclutamiento”, y los casados, era voz corriente, escapaban al arreo.

Su medicina corre parejas con el civismo y el mobiliaje, en la calidad. Cuantitativamente, asombra. En su noche cerebral luciernaguéanle pócimas, cerotes, jarabes y electuarios escapados a la sagacidad cómica de Mark Twain. Compéndialos un Chernoviz no escri-

(17) Alusión a la guerra contra el Paraguay.

(18) Se refiere a la del general Hermes da Fonseca.

to, monumento de hilaridad donde, sin embargo, no hay para reír porque el epílogo es siempre lúgubre.

La red, en la cual dos hombres conducen a la sepultura las víctimas de semejante farmacopea, es el espectáculo más triste de la serranía.

Aplica las medicinas el "curandero", un Eusebio Macario (19) de pata en el suelo y de cerebro intrincado como selva virgen. El vehículo usual de la droga es siempre la caña, medio honesto de rendir homenaje a la diosa *Cachaça* (20), divinidad que entre ellos todavía no ha encontrado herejes.

Enfermedades haya que remedios no faltan. Para la bronquitis, es un gran remedio el que el enfermo escupa en la boca de un pez vivo y lo suelte luego: el mal se vá con él aguas abajo. Para el dolor de los huesos, ya no es tan simple la medicación. Se toman tres cuentas de un rosario, tres brotes de romero, tres limas con pico, tres pedacitos de palma bendita, tres gajitos de ruda, tres huevos de pata negra (con su cáscara, porque sin ella es contraproducente) y un saquito de pimienta; póngase todo en una vasija de agua y báñese al enfermo, haciéndole tragar previamente, tres tragos de vino. ¡Es infalible!

El específico para las calenturas consiste en el cocimiento del pico de un pote, para lavajes (razón que explica la cantidad de potes cachados en la serranías).

(19) Personaje de una célebre novela de Camilo de Castello Branco.

(20) Aguardiente de caña elaborado en el Brasil.

Todavía cabe aquí un pormenor de bulto: es necesario que, antes de usarse el baño, la madre del enfermo moje en el agua el extremo de su trenza. Las calenturas sanan como por encanto.

Para los dolores del pecho no hay como las cataplasmas de *jazmín de cachorro*.

Además de esta alopátia, para la cual contribuye todo cuanto de más repugnante e inocuo existe en la naturaleza, hay la medicación simpática, basada en la influencia misteriosa de objetos, palabras y actos ejecutados sobre el cuerpo humano.

El ritual bizantino, dentro de cuyas marañas los hijos de Jéca vienen al mundo, y del cual no ha de huir bajo pena de gravísimas consecuencias futuras, daría un in-folio de gran aliento al Romero (21) bastante laborioso que se propusiese consolidar su fama.

En un parto laborioso nada tan eficaz como engullir tres granos de porotos moros, al tiempo que la parturienta vista del revés la camisa del marido y ponga en la cabeza, también del revés, el sombrero del mismo. Fallando esta simpatía, hay un postrer recurso: pegar en el vientre, la imagen de San Benito.

En esos momentos angustiosos, que otra mujer no penetre en el cuarto sin ahumarse en el fuego ni traiga en las manos una ave o un pez: la criatura moriría pagana.

(21) El autor alude al notable crítico e historiador brasileño Dr. Silvio Romero.

La omisión de cualquiera de estos preceptos haría llover sobre el recién nacido numerosas desgracias.

La posesión de ciertos objetos concede dotes sobrenaturales. La invulnerabilidad a las cuchilladas o proyectiles se obtiene mediante la flor de "samambaia". Esta planta — refiere Jéca — sólo florece una vez al año en cada "samambaial". Eso a media noche y el día de San Bartolomé. Es necesario ser muy diestro para cogerla, porque también detrás de ella anda el demonio. Quien logre coger una, escuchará de pronto un estallido y se atontará al olor del azufre; pero se librará de daga y plomo para el resto de su vida.

Todos los volúmenes de Larousse no bastarían para catalogar sus creencias y como no hay líneas divisorias entre éstas y la religión, se confunden ambas en una enmarañada telaraña.

No hay cómo distinguir dónde termina una y dónde empieza la otra. La idea de Dios y de los santos se torna cobrizo-céntrica. Son ellos los magnates de allá arriba, los coroneles celestes, asomados en el azul para acecharles la vida e intervenir en ella, ayudando a uno, castigando a otro, tal como los entrometidos dioses de Homero. Una torcedura de pié, una espina, las habichuelas desparramadas, el botijo que se rompió, todos son diabluras de la corte celestial para castigo de malas intenciones o procederés. De ahí el fatalismo. Si los cordeles de allá arriba lo manejan todo ¿para qué luchar, reaccionar? ¡Dios lo quiso! La mayor catástrofe es recibida con esta exclamación,

muy emparentada con la del Allah Kebir, del beduino
Y ¿en el Arte? Nada.

El arte rústico del campesino europeo es rico al punto de constituir una preciosa fuente de sugestiones a los artistas de escuela. En ningún país el pueblo vive sin recurrir a él para un ingénuo embelesamiento de la vida. No se hable del campesino italiano o teutón, frutos de corrientes delicadas, propicios a todas las floraciones estéticas. Pero sí del ruso, del hirsuto mujik, medio atascado en la barbarie crasa. Los trajes nacionales de Ucrania en los cuales el color vivo y el serpenteado de ornamentación indican la ingenuidad del ser primitivo, y las *isbas* de Lituania, su cerámica, sus bordados, sus muebles, sus utensilios de cocina, revelan en el más rudo de los campesinos, el sentimiento nativo del arte.

En el Samoyeda, en el piel roja, en el abisinio, en el papúa, un arabesco ingenuo acostumbra a adornarles las armas como les adornan la vida las canciones llenas de ritmos sugestivos. Que nada es eso, sabido como es, que el hombre prehistórico, compañero del oso en las cavernas, esculpía perfiles de *matmouths* en los cuernos de los ciervos.

Vuelvo a la regla. Jéca no denuncia el más remoto trazo de un sentimiento nacido con el troglodita.

Escudriñemos en su casucha: ¿qué es lo que denota allí la existencia del más vago sentimiento estético? Una empuñadura de plomo en el cabo del rebenque y unos zig-zags trazados con navaja. Es todo.

A veces, en una familia, surge un genio musical

cuya fama revolotea por los contornos. Helo con la guitarra: se concentra, tose, lanza un salivazo, hiere las cuerdas y "tiempla". Y queda en eso, en la afinación.

Dirán: ¿la modiña? (22).

La "modinha", como las demás manifestaciones del arte popular existente en el país, es obra exclusiva del mulato, en cuyas venas la sangre reciente del europeo, rica de atavismos estéticos, burbujea mezclada con la sangre salvaje, alegre y sana del negro.

El cobrizo es lúgubre. No canta sinó oraciones tristes. No danza sino el *batuque* monótono. No esculpe el cabo de su daga como el kabila. No compone su canción como el fellah de Egipto. Triste como el urutaú, ni siquiera silba.

En medio de la naturaleza brasileña, tan rica de formas y colores, donde los *ipés* floridos vuelcan hechizos en el ambiente, y el deshojar de los cedros a las primeras lluvias de setiembre abre la danza de los *tangarás* (23), donde hay abejas de sol, esmeraldas vivas, cigarras, zorzales, luz, color, perfume, vida dionisiaca en cataratas permanentes, el cobrizo es el sombrero "urupé" de los palos carcomidos, amodorrado silenciosamente en la soledad de los socavones de las barrancas.

Solo él no habla, no canta, no ríe, no ama.

Solo él, en medio de tanta vida, no vive.

(22) Canción típica de la campaña brasileña.

(23) Pintoresco pajarillo que danza.

LOS TORREROS

¿Navío?

Inspiraba la duda una luz rojiza que parpadeaba en la oscuridad de la noche. Oscuridad, no diré de brea, que no es la brea bastante oscura para sugerir una negrura de aquellas. Negrura de ciego de nacimiento.

Cielo y mar se fundían en un solo carbón, sin más lumbrera ni pique que la mancha roja que, de súbito, se tornaba amarilla.

—Ahora cambió de color. Es un faro.

Y, pues, era tal, la conversación recayó sobre los faros.

Eduardo me interpeló de pronto sobre la idea que de ellos tenía yo.

—¡Pues, la que todo el mundo tiene!

—Esto es: una falsa idea. “Todo el mundo” es un monstruo con orejas de asno y sesos de macaco, incapaz de una idea sensata sobre cualquier cosa. Tienes en la cabeza, respecto del faro, una idea de la calle, recibida del vulgo y nunca vuelta a acuñar en la matriz de una impresión personal. ¿Me equivoco?

—Me confieso capaz de asombrar a un auditorio escogido disertando sobre el tema; pero no afirmo que el faro descrito se parezca a alguno.

—Pues yo te aseguro, sin menospreciar tu ingenio, que tal disertación, oída por un torrero, dejaría al hombre estupefacto.

—Lo creo. ¿Y entendería mejor tu majadería?— repliqué picado.

—Es de creer. He pasado una temporada involu-dable en el faro de los Albatros, y de ahí que hablaría como maestro.

—¿Viviste en un faro?

—Y fui testigo allá de una tragedia nocturna, de esas que erizan los cabellos. La oscuridad de esta noche me evoca el terrible drama...

Nos hallábamos ambos recostados sobre una baranda del "Orión", en una hora propicia al relato de un dramón inédito. Espoleado por la curiosidad, lo provoqué:

—Vamos al caso, que estas negruras claman espectros que las pueblen. ¿Es calamidad a lo Shakespeare o a lo Ibsen?

—Firma mi drama un nombre mayor que el de Shakespeare...

—?

—...la Vida, la gran maestra de los Shakespeare mayores y menores.

Eduardo empezó.

—El faro es una novela. Una novela iniciada en

la antigüedad, con hogueras levantadas en los promontorios para guía de las embarcaciones de remo, y continuada siglos después, hasta nuestros poderosos holofotes eléctricos. Mientras subsista en el mundo el hombre, la novela "Faro" no conocerá epílogo. Monótono como la calma de los mares, se incrustan en él, de tiempo en tiempo, capítulos de tragedia y de locura—grabados torturadores de Doré quebrando la monotonía de un diario de a bordo. El caso de los Albatros, fué uno de ellos.

Gerebita se sumergió en el faro a los veinte y tres años. Es raro eso.

—¿Quién es Gerebita?

—Lo sabrás a su tiempo. Es raro eso, porque, generalmente, sólo se meten en esas torres, marinos curtidos, cuarentones golpeados por la vida en sus ilusiones. Abandonar la tierra en la estación lozana de los veinte años, es espantoso. ¡La tierra...! Apenas si nos damos cuenta de nuestra profunda adaptación al medio terreno. Su fijeza, lo varío de su aspecto, el bullicio humano, la ciudad, los campos, la mujer, los árboles... Saben los torreros, mejor que nadie, el valor de esas cosas.

Metidos en el hueco de una piedra, todo cuanto para nosotros es sensación de todos los instantes, en ellos es añoranza o deseo. Cesan los oídos de escuchar la música de la tierra, el susurro de la arboleda, voces amigas, rumores de la calle, las mil y una notas de una polifonía que nosotros sabemos que lo es, y encantadora, únicamente, cuando un prolongado alejamiento

nos enseña a conocer su ritmo. Los ojos cesan de rever las imágenes que desde la niñez le son habituales. Para los oídos sólo hay allí, día y noche, año y año, el murmullo de las olas latigueando el peñasco de la torre. Para la vista, la eterna masa que ondula, ora torva ora azul.

Variante única la traen las velas que pasan de largo, donairosas, como garzas, o los transatlánticos empenachados de humo.

Figúrate ahora, la vida de un hombre, desarraigado de su querencia, y colocado así, como un galeoto, dentro de un torreón de piedra adherida como un molusco a un islote de piedra también. Tendrá poesía desde lejos; de cerca es alucinante.

—Pero Gerebita...

—Cierta lectura de Kipling despertó en mí la curiosidad de conocer un faro por dentro.

—“El perturbador del tráfico”?

—¡ Mis parabienes por la sutileza! Fué, justamente, la historia de Dowse el punto inicial de mi drama. Tal deseo se me incubó, aquí dentro, a la espera de una ocasión para brotar.

Un día fui a distraerme por los muelles, y allí me encontraba con las manos a la espalda, siguiendo el vuelo de las aves marinas y mirando la gama del verde lustroso que la sombra de los barcos fondeados ondulaba en el agua represada del puerto, cuando a poco atracó una lancha y ví saltar a tierra un hombre de facciones duras y cutis arrugado. Al pasar

frente a un grupo de bateleros, uno de ellos le zumbó con acento enternecido:

—“¿Gerebita, cómo está María Rita?”

El interpelado masculló una palabrota de grueso calibre y prosiguió su camino con el ceño fruncido.

Me interesó el tipo.

—“Quién es?—indagué.

—“Pues, ¿quién ha de ser sinó el torrero de los Albatros? ¿No vé la lancha?”

En efecto. La lancha era del faro. La vieja idea se agitó en mi cerebro: era la oportunidad.

Corrí a su alcance.

—“Señor Gerebita...

El hombre medio se detuvo, como admirado de oírse llamar por boca desconocida. Me apareé a él y mientras caminábamos fuí exponiéndole mis deseos.

—“No puede ser — respondió; — el reglamento prohíbe huéspedes en la torre. Sólo mediante una orden superior.

He corrido algún mundo y sé, por experiencia, la broma que significaba eso de “órdenes superiores”. Metí la mano en el bolsillo y le susurré el argumento decisivo. El torrero se resistió un instante, pero al fin se corrompió más pronto de lo que suponía, y, guardándose el dinero, dijo:

—“Busque a Dunga, el patrón de la “Gaviota Blanca”, allá en el tercer depósito. Dígale que ya habló conmigo. A partir del jueves. Y... el pico cerrado, ¿eh?”

Se lo prometí y volví a los muelles en busca de

Dunga. Que bueno—fué la respuesta del isleño, luego que le expuse el asunto. Ya había hecho otro tanto cierta vez con “otro loco”, y sabía atarse la lengua para no dificultar la vida a los amigos...

Y como me informara acerca del torrero:

—“Es Gerebita, apellidado así en el *Purús*, donde prestó servicio de grumete. Algún tiempo después se metió en el faro a causa de unos amores ¡el muy estúpido! como si faltaran ellas por ahí, y bien coquetonas. ¡Mujeres! A mí sí que no me joroban las muy... Que el diablo cargue con ellas, que yo...

Y se fué con las mujeres más allá, dándoles duro, con razones ni mejores ni peores que las de un Schopenhauer de alto bordo.

El día señalado, muy de madrugada, la “Gaviota Blanca” largaba amarras rumbo al faro. Salté a un atracadero tosco de difícil abordaje. Hallé al torrero ocupado en pulir los metales de la linterna. Me recibió con buena cara, abandonando el fregado para hacerme los honores de la casa. Examiné todo, desde la base hasta la lumbrera, y a la hora del almuerzo entendía ya de faro más que una enciclopedia. Gerebita dió rienda suelta a la lengua y habló del oficio con gran psicología y mejor de lo que un novelista pone en una novela fastidiosa. También me narró su vida, desde muy muchacho, su iniciación entre los grumetes en el *Purús*, su pasión por el mar y, por fin, su ingreso al faro a los veinte y tres años de edad.

—“¿Por qué así, tan joven?”

—“Caprichos del corazón, mala suerte, cosas...

—respondió con aire triston, y agregó después de una pausa, cambiando de tono: —Pues, ya lo vé, la vida aquí es así. Buenita, ¿eh? Mientras tanto, buena o mala, los torrereros tenemos un orgullo: sin nosotros, esa bichería de hierro que se pasea sobre el agua fumando su dos, sus tres cigarros. . . ¡Allá viene uno!—se interrumpió escudriñando con el catalejo la humareda lejana—Bandera alemana, dos chimeneas, rumbo sur. Ha de ser un Cap; el Trafalgar, tal vez. El diablo que sea, ¡vaya con Dios! Como le iba diciendo. Sin los fareros maniobrando en la “óptica” esos tragadores de carbón rascarían atolondrados por esos bancos. Basta que caiga la cerrazón para que se pongan como tontos, a vociferar de miedo por la boca de sus sirenas, atormentando el alma de las gentes. Porque, entonces, *ni farol ni caracol*. Es la ceguera. Navegan con la muerte en el timón. Fuera de eso, los salva esa lucecita de allá arriba. Poco antes de mi venida aquí, sucedió una desgracia. Un vapor de carga de Bremen rasco la cresta, allá, del *Capellán*. . . ¿Quién es el *Capellán*? ¡Ah! ah! el *Capellán*! Pues, el *Capellán* es ese demonio de la tercera piedra al noroeste. Son tres de este lado: la *Menina* que es la primera; la *Gurutuba*, que es la del centro. Pero la criminal es el *Capellán* que repunta más a lo ancho y solo enseña la corona en los grandes reflujos. Aquí, a babor, hay dos más: la *Virgen* y la *Maldita*, donde encalló el “Rotterdam”.

—“¿Y aquella listita que se vé allá?”

—“Una pobrecita que ni nombre tiene. Es mansa, está muy cerca de la costa, no hace ningún mal a los

navíos. Vive allá un ballenato, un bicharraco del tamaño del diablo que le gusta tumbar barcas. Pero aquí, para nosotros, joven, todo esto no es más que una chacota. El pez vive en todo el mar, no tiene buracos como los bichos en la tierra. Son supersticiones de la gente de mar. Cuando hay mar gruesa no se divisa nada por allí, pero si las aguas se serenán y se acerca la bajante, va apareciendo un lomo de piedra lisa con forma de pez. Pasa un pescador atolondrado y vé aquello de lejos: — ¡Es un tiburón! ¡Es un tiburón! — y huye con el terror en el alma. Si ocurre que las aguas se embravecen y se desploma el temporal y la embarcación zozobra: — ¿Qué ha sido de Fulano? — ¡Ta ta ta! ¡Fué una ballena! Y la gente se vuelve como una mujer vieja: “Fué el tiburón del faro”. Así son las cosas. Ello es que hay muchas ballenas y tintoreras por aquí. ¿Dónde hay mar sin esos monstruos? Pero decir que tal vive por ahí, es una majadería.

Y en su pintoresco lenguaje de marino que a veces se tornaba prodigiosamente técnico, me narró toda la vida de aquellos lugares malditos. Me habló de cómo, según la tradición, se fueron bautizando los escollos, los crímenes de cada uno, las hecatombes periódicas de aves nocturnas que, cegadas por la luz, baten el pecho contra los cristales de la linterna cubriendo el suelo de cuerpecitos jadeantes; las horribles tormentas en las cuales el faro se estremece como tiritando de pavor. ¿De qué no me habló, Gerebita, aquel inolvidable día?

— “¿Y el ayudante? ¿Está aquí? — pregunté.

El rostro del torrero cambió de expresión. Advertí de súbito que eran enemigos.

—“Es aquel imbécil que pesca allá — dijo señalando desde la ventana un bulto inmóvil puesto de cucullas sobre un peñasco. —Esta cogiendo balderrayas. Es Cabrera. Mal compañero, mal hombre...”

Se detuvo un instante. Observé que mascullaba una confidencia difícil. Pero la confidencia apenas se denunció. Gerebita sacudió la cabeza y murmuró como para sí mismo:

—“Está aquí de hace poco, y es el único hombre en el mundo que no podía estar aquí. Ya protesté, manifestando el peligro, al capitán del puerto; pero, como si nada...”

¡Extraña criatura el hombre! Aislados del mundo— en aquella adversidad, ambos náufragos de la vida, el odio les separaba... No faltaban, sin embargo, comodidades en el faro para las familias de sus guardianes. ¿Por qué no las tenían allí? Sería un pedazo de mundo para suavizar las asperezas de aquel emparedamiento. Le inquirí, pero Gerebita me respondió torvamente.

—“Familia no tengo; es decir: tengo y no tengo. Tengo, por que soy casado, y no la tengo porque... ¡Historias! Estas cosas de familia es mejor que se queden allá, entre las gentes.

Advertí de nuevo que, a pique de una revelación, mascullaba el secreto por desconfianza o pudor. Sus facciones se endurecieron y una expresión sombría nubló la fisonomía. Y más torvo aún me pareció

cuando la puerta se abrió y Cabrera la traspuso, asegurando bajo su brazo una cesta de pescado. Tipo de "mala-cara" pasó sin dirigirnos una mirada, en dirección a la cocina. Apenas desapareció el bárbaro, Gerebita exclamó:—"¡Mal rayo!..." y descargó sobre un cajón expiatorio tal puñetazo, que hendió las tablas. Luego:

—"El mundo es tan grande, hay tanta gente en el mundo, y me cae aquí el único compañero que yo no podía tener..."

—"¿Por qué?"

—"Porque... Porque... ¡es un loco!"

Entre el primero y el segundo "porque" noté una transición violenta; de duda el primero, el segundo figuróseme resuelto, como iluminado por el claror de una idea brotada de improviso.

Desde ese día, Gerebita nunca más abandonó el tema de la locura del otro. Me la demostraba de mil maneras.

—"Y aquí donde los sanos pierden la chaveta—argumentaba—uno, ya con el techo medio averiado, en un dos por tres estalla como una bomba en la hoguera. Apuesto a que no llega a fin de mes. ¿No vé sus modos?"

Mitad por sugestión, mitad por observación ligera, me pareció razonable la profecía, y como Gerebita, machacase sin cesar sobre el mismo clavo, concluí por convencerme que el sujeto era un predestinado al hospicio, con escaso tiempo de equilibrio en los sesos.

Un día Gerebita, abordó el asunto en los siguientes términos:

—“Necesito que usted me resuelva un caso: se hallan dos hombres sólo en una casa; de pronto uno de ellos enloquece y embiste, como tiburón hambriento, contra el otro. ¿Este deberá dejarse matar como un perro, o tiene derecho de hundir su cuchillo en la garganta del agresor?”

Era por demás clara la consulta, y respondí como un leguleyo positivo.

—“Si Cabrera enloqueciera y te agrediese no teniendo auxilio a mano, matarlo sería un derecho material de defensa. Matar para no morir no es delito, pero esto, sólo en caso extremo, como comprenderás.

—“Comprendo — me respondió distraidamente, como aquel que sigue el vuelo de una idea secreta, y, tras de una larga pausa:

—“¡Sea lo que Dios quiera! murmuró como para sí mismo, recayendo en sus cavilaciones.

Me dejé estar en la ventana mirando caer la tarde. Nada más triste que una “Ave-maría” en la soledad. Las tinieblas espesaban las aguas y absorbían en el cielo las postreras palideces de la luz. En el poniente, un abanico enlunado, enrojecido en sus varillas. Triste... Triste... La pizarra del mar, las primeras estrellitas entreluciendo atolondradas, la marejada contra el peñasco, *tchá, tchá*, acompasada, eterna... El alma se me oprimía de angustia, Me ví naufrago, retenido para siempre en un navío de piedra,

adherido como una deforme estría en el pedregal del islote. Y por la primera vez en mi vida sentí profundas añoranzas de aquella cosa sórdida, la más disolvente de cuantas inventara la civilización, el "café", con su tumulto, su humareda y su habitual clientela de vagabundísimos "agentes de negocios".

Transcurrieron los días. Miento. En el vacío de aquel desabrido vivir en la soledad, el tiempo no corría: se arrastraba con lentitud de lesma por sobre un suelo liso y sin fin.

Gerebita se había vuelto fastidioso. Ya no narraba pintorescos incidentes de su vida de lobo de mar. Asido a la idea fija de la locura de Cabrera, sólo se preocupaba de demostrarme los progresos del mal. Fuera de ese tema siniestro su ocupación consistía en seguir con la vista los navíos que repuntaban a lo lejos hasta verlos sumirse en la curva de las aguas, y en formular hipótesis sobre la identidad de la silueta. Velas, pocas blanqueaban, arrastrando a las barcas pescadoras. Pero una que apareciera nos arrastraba los ojos y la imaginación. ¡Qué admirablemente armoniza con el mar el buque de vela! ¡Y qué sórdido cucarachón aparece junto a él el buque de vapor!

Goletas, corbetas, pequeños *cutters*, fragatas, lugres, bergantines, yates... ¡Lo que desapareció de ligereza y gracia!... Sustituyen a las garzas leves, feos escarabajos de hierro y brea; a ellas que vivían de brisas y de vientos, negros tragadores de carbón, mónstruos que mugen como toro enronquecido.

¡Progreso amigo, eres cómodo, eres agradable, pero feo de verdad! ¿Qué hiciste de la cosa linda que es la vela inflada, la barca antigua, donde resonaban canciones marinas y que se entrelazaba de cordajes y llevaba espíritus en la gavia y leyendas de serpientes marinas en la boca de sus tripulaciones, y a Nuestra Señora de los Navegantes en todas las almas, y el temor a las sirenas en todas las imaginaciones? Se deshizo la poesía del reino de Anfitrite al ronquido de los Lusitanias, hoteles ambulantes con *garçons*, en vez de lobos de mar, incaracterísticos, cosmopolitas, sin *do-naire*, sin capitanes patilludos, tan pintorescos en su hablar. El carbón manchó la acuarela maravillosa que desde Hannon y Ulises venía pintando el velero en la tela oceánica...

—Abandonas el caso de los locos y te metes con intermezos poéticos para uso de niñas ojerasas. Creo que voy a dormirme. ¡Vuelve al faro, romanticón de mala muerte!

—Debería castigarte substrayendo a tu curiosidad el epílogo de mi drama ¡oh, hijo del café y del carbón!

—Continúa, continúa.

—Cierta tarde, Gerebita, llamó mi atención hacia el empeoramiento de la locura de Cabrera y adujo varias pruebas concluyentes.

—“¡Quiera Dios que no sea hoy!...

—“¿Tienes miedo, pues?

—“¿Miedo? ¿Yo? ¿De Cabrera?

Quisieras que hubieses visto la extraña expresión de ferocidad que endureció su rostro...

La conversación se detuvo aquí. Gerebita chupaba pipadas nerviosas, mudo, cejijunto como quien rumia una idea fija. Me dejó, y poco después, subió al faro. Como anoheciera, me recogí y me acosté. Dormí y soñé.

Soñé un sueño agitadísimo, granguñolesco, con luchas, puñaladas, el diablo a cuatro. Recuerdo que, agredido por un fascineroso, descerrajé sobre él los cinco tiros de mi revólver; las balas, empero, incrustáronse en la pared y dieron en retumbar y causar un barullo tal que desperté. Mas, despierto, continué oyendo el mismo rumor, que venía de encima, de la linterna.

Barrunto la catástrofe prevista. Salto de la cama y aguzo el oído: rumor de lucha. Corro a la escalera, trepo de a tres sus peldaños y doy de bruces contra la puerta cerrada. Trato de abrirla; no cede. Escucho: era en efecto la lucha. Rodaban cuerpos en el suelo, haciendo estremecer los cristales de la linterna y percibía claramente un jadear precipitado mezclado de sordos rugidos y embates contra los muebles. La oscuridad era completa. Ningún rastro de luz colaba hacia la escalera. Mi situación era siniestra. ¿Permanecería allí, inútil, mientras detrás de la puerta dos hombres se masacraban?

De pronto, un choque violento desencajó la puerta. Un chorro de sol cegó mis ojos. Sentí en las piernas un golpe y rodé escaleras abajo conjuntamente con dos cuerpos agarrados. Me alcé aturdido y vi rodando por el suelo a los dos faroleros aferrados uno al otro.

En vano, Gerebita, pugnaba por sujetar al loco. Me arrojé a la lucha en su auxilio.

—“¡Dos contra uno!” — gimió Cabrera sofocado—. ¡Es cobardía!

Era la primera vez que oía su voz, y hoy noto que en ella nada denunciaba la locura. En aquel momento pensé de modo diverso, si es que algo pensé. Con gran estupefacción mía, Gerebita también me rechazó.

—“¡No, no! ¡Yo solo!”

De pronto una racha de nortada, sacudiendo la torre, trancó la puerta del farol, con estruendo. La oscuridad nos envolvió de nuevo. Aquí comienza el horror. ¡Los rugidos que escuché, las arremetidas y los tumbos formidables de la lucha en las tinieblas, mi ansiedad...! Fueron aquellos unos minutos de vida que no deseo ver reproducidos. Perdí la noción del tiempo. ¿Cuánto duró aquello? No sé decir, sólo sé que, a las tantas, oí, que se escapaba del pecho de Gerebita un rugido de dolor, y luego, en seguida, una imprecación “desgraciado”, cuyas postreras sílabas murieron con un trincar de dientes desgarrando carnes. Cabrera glogloteó unos ronquidos que se confundieron con el jadear del pecho de Gerebita. La lucha amainó. Sin palabras en los labios, ciego por la lobrete, solamente oía, afuera, el rugir de la nortada, y allí, aquel jadeo del vencedor exhausto caído junto al vencido. Con los ojos de la imaginación veía aquel cuadro, que con los ojos de la cara veía tanto como si tuviera la cabeza cubierta con un paño negro.

No te refiero los detalles del epílogo. Conseguí luz y lo que vi no te lo cuento. No te describo el horrible aspecto de Cabrera, con la carótida tronchada a dentelladas, yacente en un lago de sangre. No te digo el aspecto de Gerebita, con la cara y el pecho rojos, la mano ensangrentada con un dedo descegado, tendido en el suelo sin sentido. Ni te cuento mis tranques ante aquellos cuerpos martirizados, en aquella hora de la noche, de aquella horrible noche, negra como ésta y sacudida por un viento infernal.

En la mañana siguiente, Gerebita, posó una mano sobre mi hombro, y dijo:

—“El mar no lleva de aquí los cuerpos a la playa. El mundo no necesita saber de qué murió Cabrera. Se cayó al agua: muerte de marinero, y usted es testigo de que lo maté para no morir. Fué defensa. Ahora me va a jurar usted que esto quedará para siempre entre nosotros.”

Se lo juré lealmente, tocando levemente su mano mutilada. Y él en un acceso de infinito desaliento, permaneció inmóvil, mirando hacia el suelo, murmurando insistentemente:

—“Yo ya lo previne. No me quisieron creer. Ahora, ahí está, ahí está, ahí está...”

Ese mismo día vino a buscarme Dunga. Apenas largó amarras “La Gaviota”, le referí la muerte del torrero, novelándola un tanto: Cabrera, loco, se despeñó torre abajo sumiéndose para siempre en el seno de las aguas.

Dunga, estupefacto, mantuvo en el aire los remos.

—“¿Murió? ¿Y loco?”

—“¡Pues está claro!”

—“Claro le parece a usted, que a mí...”

—“Le conocía?”

—“¡Nada conocía más! Desde que se fugó con María Rita...”

—“¿Qué María Rita?”

—“...Pues, la mujer de Gerebita. ¿Qué? ¿No sabe? El la sedujo.

Abrí cuanto pude la boca y desencajé los ojos.

—“¿Cómo lo sabe?”

—“¡Esa es buena! Sé porque sé, como sé que aquella gaviota que va allí es una y que este mar es mar. María Rita era una morocha de lance, peligrosa como el demonio. El tonto de Gerebita se derrengó en amores por ella, y se casó. Y, la muy taimada, apenas embarcaba su hombre en el *Purús*, introducía en la casa a Cabrera. En ese juego vivían, hasta que un día se largaron a otras tierras. El infeliz Gerebita, sino murió de dolor ha sido porque es duro. Pero se metió en el faro, lo que es también una manera de morir para el mundo. Pues bien. El mundo da vueltas, el tiempo corre, y ¿a quien cree usted que el gobierno mete en el faro en lugar del finado Gabriel? ¡A Cabrera! A Cabrera que también andaba decepcionado de la vida porque la María Rita, pasó a un tercero. Cosas de la vida. Ahora, me cuenta usted que el hombre perdió el juicio, se despeñó y allí lo roen

los peces. Está bueno; mejor así, pues, de lo contrario era a punta de cuchillo que aquello terminaría.

Callé. Hay situaciones en la vida en que las ideas se confunden de tal manera que es de buen consejo dejarlas que se asienten por sí mismas, como líquidos turbios. Es así como...

—...el bueno de Eduardo fué engañado por un asesino vulgar!

—Perdona. El hecho de que no se hayan esgrimido floretes, no quita a aquel combate el carácter de duelo.

—“Cavalleria rusticana”, acaso?

—¿Y por qué no?

EL GRACIOSO ARREPENTIDO

Francisco Teixeira de Souza Pontes, rama bastarda de unos Souza Pontes, hacendados de Barreiro, gentes de bien provistas cosechas de café (24), a los treinta y dos años de edad resolvióse a tomar en serio la vida.

De natural ocurrente, vivió hasta entonces a expensas de su vena cómica y con ella amañó casa, mesa, vestuario y todo lo demás. Su moneda corriente eran chistes, bromas, anécdotas de ingleses y todo cuanto mueve los músculos faciales del animal que ríe, vulgarmente llamado hombre.

Se sabía de memoria la "Enciclopedia de la Risa y la Carcajada", de Panfucio Pechincha, la criatura más desabrida que Dios echara al mundo; pero tal era el arte de Pontes que las simplezas más supinas ganaban en su boca una rara gracia, y sus oyentes babeaban de pura satisfacción.

Para remedar a las gentes o a los bichos, era un genio. La gama entera de las voces del perro, desde

(24) La importancia de las familias rurales se mide por el número de arrobas de café que cosechan.

la de acuciar al jabalí hasta la de ladrar a la luna. y además el gruñido o latido, adquiriría en su boca una perfectibilidad capaz de engañar a los mismos perros y a la luna.

Imitaba, además, el rosnar del cerdo, el cacareo de la gallina, el croar de los sapos, el rezongo de las viejas, el lloro de los críos. ¿Qué voces de bípedo o cuadrúpedo no reproducía a las mil maravillas, en teniendo a su frente un auditorio bien provisto de "músculos de la alegría", (25) como dijera la señora Albertina Bertha?

Otras veces retrocedía a la prehistoria. Como tuviera algunas luces y cuando sus oyentes no eran demasiado ignaros, reconstruía para solaz de sus ciencias, los vozarrones paleontológicos de los bichos extinguidos, ronquidos de mamut enamorado de la mastodonta en celo; los berridos del estegosaurio al avistar al "homo" peludo, apoyado cómodamente en helechos arbóreos, cosa para reír y divulgar la ciencia del señor Barros Barréto (26).

En la calle, si pillaba un grupo de amigos en una esquina, se aproximaba sigilosamente y ¡*nhoc!* le sacudía un golpe con el canto de la mano en la pan-torriila al que se encontraba más próximo. Era de ver el corcovo asustado del nervioso incauto, y luego, la risa interminable de los otros, y la de Pontes que

(25) Distinguida escritora brasileña.

(26) Escritor brasileño, autor de varios estudios paleontológicos.

carcajeaba de una manera toda suya, estrepitosa y musical — música, claro está, de Offenbach. Pontes reía parodiando la risa normal y espontánea de la criatura humana, única que ríe además de la raposa borracha, y se detenía de pronto, sin transición, cayendo en una seriedad de irresistible cómico.

En todos sus gestos y maneras, como en el andar, en el leer, en el comer, en las acciones más triviales de la vida, el demonio del hombre se diferenciaba de los demás en el sentido de tornarlas prodigiosamente chistosas.

Y llegó al punto de serle innecesario abrir la boca o de esbozar un gesto para retorcer de risa a la humanidad. Bastaba su presencia. Apenas lo avistaban ya las caras refloraban; si hacía un gesto, chisporroteaban las risas; si abría la boca, carcajeaban los unos, los otros se flojaban los pantalones, los terceros se desprendían los cuellos; si entreabría el pico ¡Virgen Santísima! eran explosiones de risas, carcajadas hiantes, sofocones, asfixias formidables.

—¡Es tremendo este Pontes!

—¡Basta, hombre! ¡Que me ahogas!

Y cuando el gracioso Pontes se hacía el inocente, poniendo una cara estúpida:

—¿Pero qué es lo que hago? Si ni siquiera he abierto la boca...

—¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá! — el auditorio todo, desmandibulado, lloraba en el espasmo supremo de la risa incoercible.

Con el correr del tiempo no fué ya necesario sino

decir su nombre para que estallase la hilaridad. En pronunciando alguno la palabra "Pontes", encendíase de pronto el estopín de las carcajadas por las cuales el hombre se levanta por encima de la animalidad que no ríe.

Así vivió hasta la edad de Cristo en una parábola risueña, riendo y haciendo reír, sin pensar en nada serio — vida de "agregado" que trueca mofas por cenas y cancela cuentecitas menudas con gracejos de lance. Cierta comerciante trampeado por él, díjole un día, entre flojedades de risa babeante:

—Tú al menos diviertes; no eres como el mayor Carapuz, que calotea con cara lúgubre.

Aquel recibo sin estampilla fiscal mortificó un tanto a nuestro tronera; pero la cuenta subía a quince mil seiscientos reis (27) y bien valía la pelotada. Mientras tanto, allá quedó el recuerdo de "la fresca", como alfiler en la almohadilla del amor propio. Detrás de ese vinieron otros, y otros más, éstos metidos levemente, aquellos hasta la cabeza.

Todo cansa. Harto de semejante vida, el gracioso entró a soñar en las delicias de ser tomado en serio, de hablar y ser oído sin distensión de músculos faciales, de gesticular sin promover la quiebra de la compostura humana, de atravesar la calle sin presentir la chunga coreada de: "Ahí viene Pontes", en

(27) Quince mil seiscientos reis, equivalen a unos diez pesos de nuestra moneda.

tono de quien se apresta a contener la risa o se dispone a una panzada de las buenas.

Reaccionando, Pontes tentó la seriedad. ¡Desastre! Pontes serio cambiaba de tecla, caía en el humorismo inglés: antes divertía como clown, ahora como Tony. El ruidoso éxito de aquello que la gente presumía como otra faceta de su vis cómica, echó más sombras en el alma del gracioso arrepentido.

¿Era, entonces, cierto que no podría trazarse otro camino en la vida que aquel que ahora le resultaba odioso? ¿Payaso? ¿Eternamente condenado a payaso?

Pero la vida de un hombre hecho y derecho tiene exigencias sesudas; impone gravedad y hasta terquedades sólo disculpables en los años verdes.

El empleo más modesto en la administración, un simple cargo de inspector municipal, requiere en la cara la inmovilidad de la idiotez que no ríe. No se concibe a un inspector risueño. Falta a la expresión de Rabelais una exclusión: la risa es inherente a la especie humana, menos al inspector.

Con el rodar de los años la reflexión maduró, el brío se cristalizó y las cenas amañadas concluyeron por saberle a agrio. La moneda broma tornósele dura al cuño; no la fundía ya con la soltura antigua; usaba de ella como expediente de vida, no por holganza despreocupada como otrora. Se comparaba mentalmente a un payaso de circo, viejo y achacoso, a quien la miseria obligaba a transformar el reumatismo en muecas de hilaridad; como las exige el público que paga.

Dió en huir de los hombres, e invirtió largos meses

en el estudio de la transición necesaria a la consecución de un empleo honesto a su actividad. Pensó en el comercio, en la industria, en la administración de un establecimiento de campo, en el montaje de un café, que todo le era preferible a la necesidad cómica de hasta entonces.

Cierto día, bien madurados sus planes, resolvió cambiar de vida. Dirigióse a un comerciante amigo y, con toda sinceridad, le expuso sus propósitos regeneradores, pidiéndole, al fin, un puesto en la casa, así fuese el de barredor. Apenas terminó su exposición, el gallego y sus dependientes, que acechaban de lejos el desenlace de la escena, se retorcieron en estruendoso carcajear como si les hiciesen cosquillas.

—¡Esta si que es buena! ¡De primera! ¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá! ¡cuá! ¡cuá! ¿Conque así, no?... ¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá! ¡cuá! ¡Pero hombre de Dios! ¡si me arruinas los hígados! ¡Oye, Pontes, si es por la cuentita de los cigarrillos, vete tranquilo, que me doy por pagado, y bien pagado! ¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá! ¡Este Pontes tiene cada cosa!... ¿Has oído, José, la ocurrencia? ¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá!

Y dependientes, clientes y mirones y hasta la gente que, de paso por la calle, se detuvo en la calzada para "aprovechar" el lance, se desbocaron en un ¡cuá! ¡cuá! ¡cuá! de matraca hasta dolerles los diafragmas.

El miserando, aturdido y grave, intentó deshacer el equívoco:

—Hablo en serio, y no tiene usted el derecho de reirse. Por el amor de Dios, no se burle de un infeliz que pide trabajo y no carcajadas.

El comerciante desabotonó la cintura de sus pantalones.

—¡Habla en serio! ¡Pff! ¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá! Mira, Pontes, tú...

Pontes lo dejó en medio de la frase y marchóse con el alma atenaceada entre la desesperación y la cólera. ¡Era demasiado! ¡La sociedad lo rechazaba, entonces?

Corrió a otros negocios de la ciudad, se explicó como mejor pudo, imploró. Nada. El caso fué juzgado, unánimemente, como una de las mejores bromas del "incoregible", y mucha gente lo comentó con la habitual observación:

—¡Es el mismo de siempre! No se enmienda, el demonio del muchacho! Y eso que ya no es un chiquillo...

Deshauciado en el comercio, se dirigió al campo. Buscó a un viejo "fazendeiro" que acababa de despedir a su capataz y le expuso su situación. El hombre, después de escuchar atentamente su alegato que terminara en la solicitud del puesto de capataz, estalló:

—¡Pontes, capataz! ¡Ih! ¡ih! ¡ih!

—Pero...

—Déjame reir, hombre, porque aquí, en el campo, esto no es moneda corriente. ¡Ih! ¡ih! ¡ih! ¡Estupendo! ¡Yo siempre he dicho: gracia como la de Pontes, ninguna!

Y berreando hacia adentro:

—¡Maruja! ven a escuchar esta nueva ocurrencia de Pontes! ¡Ih! ¡ih! ¡ih!

Aquel día, el infeliz gracioso lloró. Comprendió

que no era posible deshacer, de buenas a primeras, lo que empleó tantos años en cristalizarse. Su reputación de gracioso, estaba construída con muy buena cal y duro cimiento para desmoronarla así no más.

Urgíale, sin embargo, cambiar de vida, y volvió la mirada hacia el estado, patrón fácil y único posible para el caso, porque es abstracto, no sabe reir ni conoce de cerca las células que lo componen. Aquel patrón, solamente él, le tomaría en serio: el camino de la salvación, entoces, estaba allá.

Analizó las posibilidades en la sucursal del correo, en los notariados, en las receptorías y otras canongías del presupuesto. Bien ponderados los pros y los contras, eligió la receptoría federal cuyo titular, el mayor Benítez, por avejentado y cardíaco, era de creer que no durase mucho. Se esperaba que su neurisma reventase de un momento a otro.

La cuña de Pontes era un pariente de Río, sujeto ricacho, en vías de alcanzar influencias en la política. en el caso de que se produjera cierto cambio en el gobierno. Allá corrió, pues, tras él, y tanto hizo en el sentido de interesarlo en su pretensión, que el pariente lo despidió con una formal promesa:

—Vete tranquilo que, apenas las cosas revienten por aquí y tu receptor revienta por allá, nadie más se reirá de ti. Ve, y comunícame la muerte del hombre, sin aguardar a que se enfríe su cuerpo.

Tornó Pontes radiante de esperanza y aguardó pacientemente el desarrollo de los sucesos, con un ojo en la política y el otro en el aneurisma salvador.

La crisis se produjo al fin; cayeron ministros, subieron otros y entre éstos un politiquero trapallón, amigo del pariente, tal como lo esperaba.

Pontes irradió. Medio camino tenía andado. Restaba la segunda parte.

Desgraciadamente, la salud del mayor no daba señales de un declinar rápido. Su aneurisma era, en la opinión de los médicos que mataban por la alopátia, un asunto tan grave que podía estallar al menor esfuerzo. Pero el precavido viejo no tenía prisa alguna para largarse a mejor vida, abandonando una existencia donde los hados le arrellenaron tan blando nido, y allá burlaba al mal con un régimen ultrametódico. Si un esfuerzo violento podía fulminarlo, que se tranquilizasen las gentes, porque no haría tal esfuerzo.

Así Pontes, dueño a medias de aquella sinecura, se impacientaba ante el equilibrio desequilibrador de sus cálculos. ¿Cómo desembarazar el camino de aquel obstáculo? Leyó en un tratado de Chernoviz el capítulo de los aneurismas, aprendióselo de memoria; indagó todo de cuanto se decía o escribía al respecto; llegó a entender la materia más que el doctor Iodureto, médico del lugar, el cual, dicho sea en puridad, no entendía cosa alguna de esta vida.

La manzana de la ciencia, comida de esta suerte, lo indujo a la tentación de matar al sujeto, forzándolo a reventar. ¿Un esfuerzo lo mataría? Pues bien, Souza Pontes lo conduciría a ese esfuerzo.

—La carcajada es un esfuerzo, — filosofaba satá-

nicamente consigo mismo; — la carcajada, por tanto, mata. Y pues yo sé hacer reir...

Largos días pasó ajeno al mundo, en diálogo mental con la serpiente.

—¿Crimen? ¡No! ¿En qué código el hacer reir es un crimen? Si el hombre muriese a consecuencia de ello, la culpa sería de la insuficiencia de su aorta.

La cabeza del pillastre se transformó en palestra, donde el "plan" se batió en duelo contra todas las objeciones lanzadas al encuentro por la conciencia. Servía de juez de la contienda su ambición amarga, y sabe él cuantas veces tal juez prevaricó, movido de escandalosa parcialidad por uno de los contendores, hijo, por otra parte, de sus propias entrañas.

Como era de prever, venció la serpiente y Pontes resurgió para el mundo un tanto más flaco, con ojeras profundas, pero con un brillo extraño de resolución victoriosa en los ojos. Quien lo observase con alguna argucia notaría también en él la nerviosidad de sus modales; pero la argucia no era una virtud militante en sus coterráneos, además de que estados de ánimo como los de Pontes, eran cosas de poca monta, porque Pontes...

—¡Qué Pontes, este!

El futuro funcionario forjó, pues, meticulosos planes de campaña. En primer lugar era menester acercarse al receptor, hombre recogido en sí mismo, poco amigo de chanzas; insinuársele en la intimidad, estudiar sus vetas, manías y excentricidades hasta des-

cubrir en qué zona de cuerpo llevaba él el talón de Aquiles.

Comenzó a frecuentar asiduamente la receptoría, con pretextos diversos, ora por sellos fiscales, ora por informaciones sobre impuestos; que todo era un propósito de charla mañosa, habilísima, calculada, para reducir la rispidez del viejo.

Iba también por asuntos ajenos, a pagar patentes, extraer guías... ¡zarandajas! Se tornó servicial a los amigos que gestionaban negocios con el fisco.

El receptor extrañó tanta asiduidad, y se lo hizo notar; pero Pontes escamoteó su observación a base de una ocurrencia, y perseveró en un bien calculado dar tiempo al tiempo para que fuera desbastando las aristas agresivas del cardíaco.

Al cabo de dos meses ya Benitez se había habituado a aquella "ardilla", como le llamaba, el cual, al fin de cuentas, parecía un buen muchacho, sincero, capaz de un servicio, y, sobre todo, inofensivo. De ahí a poco, cierto día de recargo de labor en el despacho, le pidió un servicio, después otro, y otro más, hasta tenerlo al fin como una especie de agregado a la repartición. Fué un gran paso. Para determinadas comisiones no había otro. ¡Qué solicitud! ¡Qué tacto!

Benitez, regañando cierto día al escribiente, trajo aquella diplomacia como ejemplo.

—¡Gran atolondrado! Aprende de Pontes que tiene habilidad para todo, y encima tiene gracia.

Aquel día lo convidó a comer. Gran exultación en el alma de Pontes; la fortaleza abríale sus puertas.

Aquella comida fué la iniciación de una serie en las que la "ardilla", ya *factotum* indispensable, tuvo campo de primera para sus evoluciones tácticas.

El mayor, mientras tanto, poseía una invulnerabilidad: no reía, limitaba sus expansiones de hilaridad a sonrisas irónicas. Broma que llevaba a otros comensales a levantarse de la mesa ahogando la boca con las servilletas, apenas si encrespaba sus labios. Y si no era la gracia de superfina agudeza, el receptor, mohino, desmoronaba sin piedad al narrador.

—Eso es ya viejo, Pontes. Me parece haberlo leído en un almanaque de Laemmert, de 1850.

Pontes sonreía con aire vencido; pero se consolaba diciéndose para su hígado que, si aquella no pegó, otra pegaría.

Concentraba toda su sagacidad en el descubrimiento del punto flaco del receptor. Cada hombre tiene predilección por un cierto género de humorismo o de chanzas. Este se muere por la broma obscena de frailes mofletudos; aquél se pirra por el chiste bonachón de la chacota alemana; aquel otro dá la vida por la picardía gala. Todos adoran la chanza que pone al descubierto la estúpida necedad de gallegos e isleños: el medio más cómodo que nuestra gente halló para demostrarse, por el contraste, que es un prodigio de inteligencia.

—¿Pero el receptor? ¿Por qué no reía a la inglesa, ni a la alemana, ni a la francesa, ni a la brasileña? ¿Cuál era su género? Un trabajo sistemático de observación y una metódica exclusión de los géneros

probados ya como ineficaces, condujeron a Pontes a descubrir el lado flaco del reacio adversario. El receptor se lamía los dedos por los *casos* de ingleses y de frailes. Era necesario, empero, que estuviesen juntos. Separados no resultaban. Exquisiteces de viejo. En surgiendo ingleses coloradotes, de capacetes de corcho, trajes a cuadros, zapatones formidables y pipas, y a su lado frailes rechonchos enamorados del tonel y amigos de la pulpa femenina, abría el receptor la boca, interrumpía la masticación, como el niño a quien se le enseña un dulce; y cuando el lance cómico llegaba, reía de buen grado, abiertamente, aunque sin la exageración que pudiera trastornarle el equilibrio sanguíneo.

Pontes, con infinita paciencia, se afirmó en ese género, y de allí no salió. Aumentó el repertorio, la gradación de sal y la dosis de malicia, y bombardeó sistemáticamente la aorta del mayor con los productos de su hábil manipulación.

Cuando la anécdota era larga, porque el narrador la floreaba con la intención de esconder el desenlace y realzar el efecto, el viejo se interesaba vivamente, y en las pausas mañosas, solicitaba aclaraciones o continuación.

—“Y el demonio del inglés?” “Y, después?” ¿Mister John no silbó? (28).

(28) Refiérese a cierta anécdota popular en la que un inglés que dormía separadamente de su esposa, cuando la quería a su lado, la silbaba desde su cama.

Y si la carcajada fatal demorase, el futuro receptor no desesperaba, confiado en el apólogo del cántaro que de tanto ir a la fuente allá quedó.

No era desacertado el cálculo. Tenía a su favor la psicología, y tuvo también a su favor la cuaresma.

Cierto día, fenecido el carnaval, el receptor reunió a sus amigos en torno de una mesa para hacer los honores a un fino pescado ricamente condimentado, obsequio del escribiente.

Las fiestas carnavalescas habían desanublado el alma de los comensales y la del anfitrión, que aquel día se hallaba extraordinariamente satisfecho de sí mismo y de la vida.

El olorcillo que venía de la cocina equivalía a todos los aperitivos y ponía en todos los semblantes un enternecimiento estomacal.

Cuando el pescado apareció en la mesa, los ojos de Benitez chispearon. ¡A él que le dieran pescados finos! Los primeros bocados fueron de silenciosa beatitud para la sensación del gastrónomo. La cocina primó en un adobo que excedía los límites de la culinaria y se elevaba al más puro lirismo. ¡Qué pescado! Vatel firmaría aquel plato con la pluma de la impotencia mojada en la tinta de la envidia, dijo el escribiente, sujeto que había leído a Brillat-Savarin y a otros árbitros del paladar.

Entre los tragos de un amable vinillo iba el pescado penetrando en los estómagos con religiosa unción. Nadie se atrevía a romper el silencio.

Pontes presintió oportuno el momento de jugar su

carta. Traía agatillado el caso de un inglés, su mujer y dos frailes franciscanos, anécdota que elaborara a costa de la mejor substancia gris de su cerebro, perfeccionándola constantemente en largas noches de insomnio. Hacía días que la tenía terminada, aguardando siempre un momento en que todo concurriese para obtener de ella el efecto mayor.

Era la postrera esperanza del facineroso, su último cartucho. No diera fuego y, estaba resuelto, a meterse una bala en la sesera.

Consideraba imposible manipular un torpedo más ingenioso; si el aneurisma resistía al embate, es que el aneurisma era una pamplina, la aorta una ficción, el tratado de Chernovitz un palabrerío, la medicina una miseria, el doctor Iodureto una acémila, y él, Pontes, el más acabado simple que jamás alumbró el sol, indigno, por lo tanto, de vivir.

Cavilaba Pontes de esta suerte, haciendo arrumacos con los ojos de la psicología a la pobre víctima, cuando el receptor vino en su auxilio, guiñándole un ojo.

—Es el momento—pensó el bandido, y con infinita naturalidad, cogiendo la botellita de salsa, como al azar, púsose a leer la etiqueta.

—Perrins, Lea and Perrins. ¿Si será pariente de aquel lord Perrins que engañó a los dos frailes franciscanos?

Embriagado con los encantos del pescado y del vinillo, el receptor encendió un ojo concupiscente, golooso de chistes gruesos:

—¡Dos franciscanos y un lord! La pillería habrá sido de P. P. y W. Cuéntalo, bandolero.

Y masticando maquinalmente, se absorbió en el caso fatal.

La anécdota se deslizó capciosa, por los hilos naturales, narrada con arte maestro, segura y firme, en una marcha estratégica donde había genio, hasta las proximidades del desenlace. Por esas inmediaciones, la maraña apresó de tal manera al receptor, que el infeliz cardíaco quedó suspenso, con la boca entreabierta, y una aceituna hincada en el tenedor detenida a mitad de camino. Un aire de risa — risa contenida, risa estopín que precede a la carcajada, — iluminó las caras.

Pontes vaciló, presintió el estallido de la arteria. La conciencia le trabó la lengua. Pero sólo fué un instante. Pontes la escupió fuera y con voz firme desceñó el gatillo. El mayor Antonio Pereira de Silva Benítez blandió la primer carcajada de su vida; franca, estruendosa, carcajada muy semejante a la de aquel personaje de Carlyle, Teufelsdröck, delante de Juan Pablo Richter; su primera y última, sin embargo, porque en mitad de ella sus convidados, atónitos, lo vieron caer de bruces, sobre el plato, al paso que una onda de sangre enrojecía la servilleta.

El asesino se puso de pie alucinado, y aprovechando la confusión, echóse a la calle, como un Caín. Oculóse en su casa, encerróse en su habitación, castañeteó los dientes la noche entera y sudó frío. Los menores ruidos ahitábanlo de terror. ¿Policía?

Fué sólo a cabo de algunos días que comenzó a

declinar aquel trastorno de alma, que todo el mundo siente a cuenta de dolor por la muerte de un amigo. No obstante, Pontes llevaba siempre ante sus ojos la misma visión: el viejo de bruces en el plato, vomitando sangre, mientras en el aire aun vibraban los ecos de su postrera carcajada.

Y fué en ese deplorable estado que recibió la carta de su pariente de Río, quien, entre otras cosas, le decía:

“Como no me informaste a tiempo, como estaba convenido, sólo por los diarios vine a saber de la muerte de Benítez. Ví al ministro, pero era tarde: había sido designado ya el sucesor. Tu demora te hizo perder la mejor oportunidad de la vida. Guarda para tu gobierno este latín: *tarde venientibus ossa*, y sé más vivo en lo futuro”.

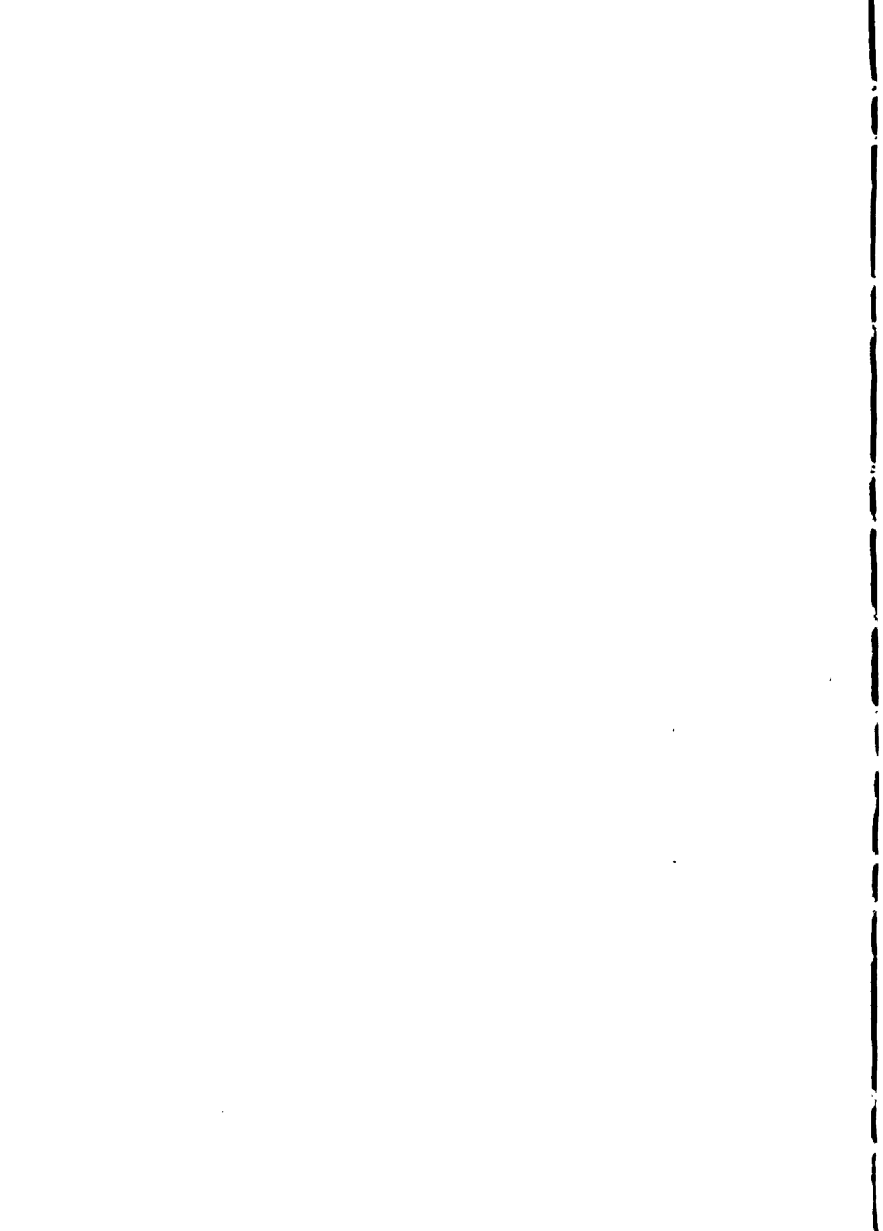
*
* *

Un mes más tarde lo hallaron colgado en su habitación, con la lengua afuera, rígido. Se ahorcó con la pierna de uno de sus calzoncillos.

Cuando la noticia se expandió, todos encontraron gracia a lo ocurrido. El gallego del negocio comentó con sus dependientes:

— ¡Vean qué criatura! ¡Hasta muriendo hizo chanza! ¡Ahorcarse con un calzoncillo! ¡Solamente Pontes!

Y reeditaron en coro media docena de ¡cuá! ¡cuá! ¡cuá! — único epitafio que le otorgó la sociedad.



LA COLCHA DE RETAZOS

¡Upa!

Monto y parto.

La naturaleza, en aquellos días de Marzo, despierta tarde. Asoaman las mañanas envueltas en un ropón de neblinas y es con desperezamiento de mujer holgazana que se despoja de los velos de la cerrazón para su baño de sol. La niebla desmaya el relieve del paisaje, empáñale los colores. Todo parece filtrado como a través de un cristal despulido.

Veó la orla de pastos entumecidos en el filo de los barrancos; veó el rojo-tierra del camino decolorarse hacia adelante; y nada más veó sino, a intervalos, el bulto lavado de algunos árboles marginales.

Ahora, una barrera.

Aquí, la encrucijada del Labriego.

Tomo hacia la derecha, en dirección a la chacra de José Alborada.

Este sujeto vive en situación propicia de extender sus tierras a un rozado del matorral vecino al lugarejo de los Periquitos, tierra feraz que por la bo-

ca de sus yerbas finas clama el arado y la simiente de maíz.

La recolección para los trojes, no es difícil; con cincuenta brazas de sendero colócase la cosecha sobre el camino real.

Tres alqueires (29) en buena tierra. Tal vez cuatro. Me producen noventa alqueires por uno de semilla: nueve veces cuatro, treinta y seis. Trescientos sesenta alqueires de ocho manos (30). Descontados los trechos destruídos por el cerdo, y lo que comen la paca y el ratón... ¿Será aquella la hija de Alborada?

—Buenos días, muchacha. ¿Tu padre está en casa?

Es su única hija. Por el aspecto no lleva más de catorce años. ¡Qué robustez! Recuerda los pies del culandrillo lozaneando en los sombríos lugares. Pero arisca y agria como la piña. ¡Miren cómo se encoge! Con la mirada baja, finge arreglar el rodete (31). Vino por agua a este riacho, y milagro que no se haya esquivado detrás de aquella mata de tacuarís, al divisarme...

—¿Tu padre está allá? — insistí.

Me respondió un "está" turbado, sin levantar la vista del rodete.

¡Cómo asalvaja la vida agreste a estas venaditas!

(29) Medida anticuada, de origen portugués, equivalente a sesenta litros.

(30) Medida equivalente a tantas espigas de maíz.

(31) "Rodete"; trapos arrollados que las mujeres colocan sobre la cabeza para cargar cestas o cántaros de agua.

Adviértase que los Albarada no son campesinos. El viejo cuando compró estos andurriales, venía de la ciudad; recuerdo que hasta entraba en su casa un periódico.

Pero la vida se le hizo difícil en su lucha contra las tierras estériles hostilizadas por las sequías, donde se perdían las cosechas duplicando el trabajo. Fueron raleando las idas a la ciudad y, al cabo, se suprimieron del todo. Luego, les nació la chiquilla, retoño floral en años otoñales, y después que la helada malogró el café nuevo — unos tres mil pies — el hombre, malhumorado, nunca más puso los pies fuera de su chacra.

Si el marido dió, en esa forma, en misantropía, la mujer echó raíces para el resto de su vida. Acostrumbaba a decir: la mujer del campo va a la ciudad tres veces: una para bautizar, otra para casar y otra para enterrar.

Con tales testarudeces en la cabeza de los viejos, la pobrecita Pingo de Agua — María de los Dolores tenía ese apodo familiar — era natural que malograra su desenvoltura al extremo de cobrar miedo a la gente. Fué una vez a la ciudad, a los veinte días de edad, para ser bautizada. Y ahora iba ya para los catorce años sin nunca más haberse asomado por allá.

¿Leer? ¿escribir? ¡Pamplinas! Siempre falta servicio, decía la madre. ¿De qué le valió a ella saber leer y escribir como una maestra, cuando se casó, si desde entonces nunca más tuvo tiempo de abrir un libro? En el campo como en el campo.

Dejé a la chicuela a vueltas con el rodete y me embreñé por un atajo que conduce a la vivienda.

¡Qué ruina...!

De la antigua casa se derribó una ala y el resto, además de la cumbre combada, tenía la pared lateral fuera de plomada.

El viejo pomar, roído por las hormigas, murió de inanición; tres o cuatro naranjos atacados por sus plagas, macilentos, soportando el dosel enredado de la "hierba del pajarito", desabotonaban todavía brotes erizados de espinas, en la ansia de sobrevivir. Fuera de eso, mamoneros, la silvestre guayaba y arasás en promiscuidad con la maleza invasora que solo respetaba el patio apisonado, frontera a la casa. Tapera casi, y amarilleando en ella, lo que aun es más triste, almas humanas en tapera.

Golpeé las manos: ¡Ah! de la casa!

Apareció la mujer.

—¿Está don Pepe?

—Ahorita salió; pero no tarda; fué en busca de una lechigüana. Apéese y entre.

Amarré el caballo a un poste del cerco y entré. Abatida misia Ana Rosa. Toda cubierta de arrugas la cara, y un color...

—Las enfermedades — gimió — estoy en el fin. Es el estómago, es el hígado; un dolor aquí en el pecho que responde con otro de aquí en el costado. Casa vieja ya...

—La mitad es cavilación. — la consolé.

—Yo sé lo que es — me replicó.

Entretanto surgió de la cocina una viejecita de buen aspecto, recta, tiesa, que me saludó, y:

—¿Se asombra del aspecto de Ana? La gente de hoy no sirve. Míreme, yo con setenta a la espalda no me cambio por ella. Crié a mi nieta, todavía lavo, y coso. ¿Se asombra? Coso, sí!...

—Usté se alaba porque nunca padeció enfermedad, ni dolor de muelas!... Pero yo ¡pobre de mi! Me admiro de que aún me vea fuera de la sepultura. Ahí viene Pepe.

Llegaba Alborada. Al verme sonrió.

—¡Vaya! Alabado sea quien se acuerda de los pobres! No le aprieto la mano, porque estoy así! Es miel. Bonito, eh? Estaba difícil en un hueco del árbol, muy alto, sin alcance casi, pero al fin dí con él. No es de abejas, es "miel de palo"... (32).

Depuso el "camuati" sobre un banquillo, se allegó a la ventana a lavarse las manos bajo la espita de agua que la mujer destapaba, y fijando la mirada en el caballo:

—¿Vino en el picaso?... ¡Lindo animal! Siempre lo dije: pingos aquí por estos alrededores son este picaso y la ruana de Izé de Lima. Los demás son caballada de molienda.

En este momento entró la chiquilla, con el pote sobre la cabeza. El padre le señaló la esfera de miel.

—Ahí tienes, hija, el dulce que apostamos. Per-

(32) En ciertas regiones del Brasil, llámase así a la miel de cierta especie de abeja que melifica en el hueco de los árboles secos.

dí, pagué. Los negocios son los negocios. ¿Que fué apuesta? Ah! ah! Broma. La gente, aquí en el campo cuando no tiene trabajo, con cualquier cosa se divierte. Venía pasando una bandada de cotorras. Yo dije: son más de diez. Pingo de Agua negó: no alcanza. Apostamos. Eran nueve; ella ganó el dulce. Dulce del campo, miel ha de ser. Esta tontuela, no es lo que parece, ¿no?

La locuacidad de Alborada no había desmedrado con los contrastes de la vida. En dándosele cuerda, charla como gente de la ciudad.

Le expuse mi negocio. El sujeto frunció el entrecejo y reflexionó un instante asegurándose el mentón. Luego:

—Hoy, con franqueza, no valgo ya nada. Desde que caí en aquella peste del puente, quedé así como abatido por dentro. No aguanto esfuerzo mayor, y para lidiar con los peones en los sembrados no basta tener boca. Sin trabajar, a la par de ellos, la cosa no dá, por cierto ¿Se acuerda del destajo del año pasado? Pues salí perdiendo. El canalla de Mina me rompió un hacha y me robó una hoz. Con esos perjuicios no salvé el salario. Desde entonces, hice cruz al trabajo ajeno. Si todavía insisto en este matórral, es por amor a esa criatura; que si no, largaba todo y me iba a vivir en el monte, como un bicho. Pingo todavía me infunde un poco de coraje...

La viejecita se sentó a la luz de la ventana y, abriendo una canastilla de costura, se puso a coser, con la

ayuda de unas antiparras, cabalgando en la punta de la nariz.

Me aproximé admirado.

—¡Sí, señora! ¡Con setenta años!

Se sonrió, lisonjeada.

—Pues es verdad. ¡Y esto tiene su trajín! Es una colcha de retazos que vengo cosiendo hace catorce años, desde que Pingo de Agua nació. De sus vestiditos voy guardando los retazos que sobran y un día los uno. Vea qué regalo útil.

Y extendió ante mis ojos una tela matizada de cuadritos mayores y menores, todos de tela de algodón, cada uno de un patrón diferente.

—Esta colcha es mi regalo de bodas. El último retazo ha de ser de su vestido de bodas. ¿Verdad, Pingo?

Pingo de Agua no contestó. Metida en la cocina, advertí que me espiaba por el intersticio de la puerta.

Alguna breve prosa más, una jícara de café flojón y:

—Bueno — rematé levantándome de la banqueta de tres patas—como no puede ser, paciencia. A pesar de todo, creo que debe pensarlo un poco. Vea que este año se están pagando los sembrados a razón de ochenta mil reis. Da para ganar. ¿Verdad?

—Que dá, eso lo sé; pero también sé para quién dá. Un achachoso como yo no piensa más en eso; no. Cuando andaba en la buena, muchas tuve a sesenta, y yo no me arrepentí. Pero hoy...

—En ese caso...

*

* *

Transcurrieron dos años sin que yo volviese a los Periquitos. En ese intervalo, misia Ana se fué. Era fatal el dolor que se reflejaba en el costado. Iba ya borrándose de mi memoria la imagen de aquellos "urupés", cuando llegó a mis oídos un rumor corriente en el barrio, sobre una cosa apenas creíble: el hijo de un ocupante vecino, muchacho alocado, raptó a Pingo de Agua, de los Periquitos.

—¿Cómo ha sido eso? Una chiquilla tan apocada!...

—¡Es cosa de ver! Desconfíe de las tontas... Huyó, y allá se largó con ella a la ciudad, y no para casar ni para enterrar. La palomita fué a hacer de querida.

El incidente me aturdió un tanto. Por la noche perdí el sueño reviviendo las escenas de mi visita al paraje, y de allí surgió la idea de volver allá. ¿Para? Confieso que por mera curiosidad, por escuchar los comentarios de la triste viejecita. ¡Qué golpe! De esta hecha se habrá doblegado su tiesura!

Fuí.

Setiembre echaba vástagos tiernos en cada plantita. Ninguna neblina. El paisaje se diseñaba nítido, hasta la cumbre de los morros y las distantes sierras azules. Por amor a la simetría monté el mismo picaso. Traspuse la misma barrera. Tomé por el mismo atajo.

En el barranco, ví con los ojos de la imaginación,

la figura de la chicuela avergonzada, con el botijo descansando en la laja, a vueltas con el rodete. Algunos pasos más y la tapera apareció a mi vista, desierta. Los tres árboles de pomar extinguidos eran ya un ramaje resecado. Sólo los mamoneros subsistían, más crecidos y siempre apiñados de frutos. El resto había empeorado deslizándose hacia lo lúgubre. La pared lateral del rancho se había desmoronado; el patio, como pintarrajeado de motitas de plantas rastreras.

—¡Ah de la casa!

Silencio. Tres veces repetí el llamado. Al fin surgió de los fondos la viejecita, pero encorvada y trémula.

—Buenos días! ¿Está don Pepe?

No me reconoció. Pepe había ido a la ciudad a vender aquello para cambiar de lugar. Me hizo entrar, luego que me dí a conocer, pidiéndome excusas por su mala vista.

—¿Tiene valor para estarse aquí, solita?

—Solita estoy en todas partes. Se me han muerto todos, la hija, la nieta... Siéntese — dijo, señalándome el mismo banquillo de tres patas de dos años atrás.

Me senté con un nudo en la garganta. No sabía qué decir. Por fin:

—Lo que es la vida, señora! Parece que fué ayer que estuve aquí. A pesar de los males iban viviendo felices. Y hoy...

La anciana se enjugó con el revés de la manga una lágrima.

—Vivir setenta y dos años para acabar así... Felizmente, la muerte no tardará. Ya la siento, aquí dentro.

El corazón se me oprimía en aquella soledad donde todo había pasado, la tierra, los árboles, la casa, las vidas, salvo — trémulo espectro sobreviviente como una alma de la tapera — la triste viejecita encanecida cuyos ojos pocas lágrimas destilaban después que tantas había llorado.

—Ahora ¿qué más? — murmuró pausadamente con una voz de quien ya no es de este mundo.—Hasta que ocurrió la *desgracia*, yo no quería morir. Vieja e inútil todavía gustaba de la vida. Murióseme la hija, pero me quedaba la nieta que es dos veces hija, y era mi consuelo. La desencaminaron a la pobrecita... Ahora, qué más? sólo pido a Dios que me llame lo más pronto.

Pasé una mirada por la habitación desolada. La canastilla de costura todavía estaba sobre el arca, en el lugar de siempre. Mis ojos se detuvieron en ella, paralizados.

La anciana adivinó mi pensamiento y, levantándose, la cogió con sus manos trémulas. La abrió. Sacó de dentro la colcha interminada, la contempló largamente, y luego, con temblores en la voz, dijo:

—¡Diez y seis años! Y no pude acabar la colcha... Nadie imagina lo que es para mí este trapo. Cada retazo tiene una historia y me recuerda un vestidito

de Pingo de Agua. Aquí veo su pequeña vida desde que naciera. Este, vea, fué la primera camisita que vistió. ¡Tan graciosa! La estoy viendo en mis brazos, tratando de coger mis anteojos con sus manecitas regordetas. Este azul a rayas, recuerda un vestido que le regaló la madrina cuando cumplió tres años. Ella ya andaba por toda la casa haciendo travesuras, persiguiendo al gato, que un día, por más señas, le clavo las uñas. Me llamaba *óó aquina*. Este colorado, con rositas, fué de cuando festejó los cinco años. Lo llevaba en ocasión de aquella caída sobre la piedra del barranco de donde proviene esa cicatriz que tiene en el carrillo ¿no advirtió? Este de aquí, a cuadritos, fué a los siete años; yo misma se lo hice y se lo hice de saya larga. Quedó tan preciosa hecha una mujercita! María de los Dolores sabía ya sazonar un plato cuando usó este de argollitas rosadas en fondo blanco. Digo ésto porque fué con él que derramó una olla quemándose las manos. Este rosado, la usó cuando tenía diez años y enfermó de sarampión: estuvo muy mal la pobrecita. ¡Los días y las noches que me he pasado junto a ella contándole historias! ¡Cómo le gustaba La Gata Presumida!

La anciana enjugó una lágrima en la colcha, y calló.

—¿Y este retazo? — inquirí, señalando uno color amarillo, a fin de animarla.

Pasó un instante la triste abuela en muda contemplación. Luego:

—Ése es nuevo. Tenía ya quince años cuando lo estrenó, en ocasión de una fiesta en la casa de Labriego.

No lo quiero. Me parece que la desgracia comienza con él. Le resultó un vestido muy ceñido al cuerpo y gracioso; pero, para mí, fué el culpable de la *desgracia* de la pobrecita. Hoy ya sé de eso. En aquel tiempo no sospechaba de nada...

—Este, — dije yo, fingiendo recordar — es el que vestía cuando estuve aquí.

La anciana sonrió.

—Está engañado. Era ¿quiere ver cuál? Era este de pintitas coloradas; mírelo bien.

—Es cierto. Ahora lo recuerdo. Era ese mismo. ¿Y este último?

La pobre criatura meneó la cabeza, y balbució, después de una pausa dolorosa:

—Ese es el de la *desgracia*. Fué el último que le hice. Con él huyó... y me mató.

Calló, lagrimeando, trémula.

Callé también, con una opresión en el alma. ¡Qué cuadro inmensamente triste aquel final de vida torturada por la juventud alocada!...

Y permanecimos ambos así, inmóviles, con los ojos clavados en la colcha. Ella, al fin, rompió el silencio penoso.

—Era mi regalo de bodas. Dios no lo quiso. Ahora será mi mortaja. Ya pedí que me enterrasen con ella.

Y doblándola cuidadosamente la guardó en la canastilla de costura, envolviéndola en un suspiro.

*
* *

Un mes después, moría. Llegué a saber que no cumplieron su última voluntad. ¿Qué importa al mundo la voluntad postrera de una infeliz viejecita del campo?

Ridiculeces...



CHOO! PAN!

La ciudad acaso dude de lo ocurrido. Sin embargo, aquel mortero de maíz de Dito Núñez, en Varjão, fué por espacio de algunos meses el hazmerreir del pago. En el barrio de los Porungas, sobre todo, donde habitaba Pedro Porunga, maestro constructor de morteros, de bien sonada fama, estallaban, a cuenta de las ridiculeces del aparato, risas interminables.

Ambos vecinos, habitantes en tierras propias, vivían separados por el espigón del Nheco, y por una malquerencia procedente de una cacería.

Núñez había levantado una paca, un cierto domingo, pero el animal, doblando el morro, se topa con un hijo de Porunga que, casualmente, hacía leña por esos lugares. ¡Zás! un golpe de hacha sobre el cuarto trasero, y da con el bicho en tierra. Hasta aquí nada. Mas comiéronla, sin siquiera participar un trozo a su legítimo dueño. Aquello fué agravio. Porque, al fin de cuentas, aquella paca era mentada. Astuta como un párroco, solía decir Núñez, no había cachorro que die-

ra con ella. Huía siempre. La gente del otro lado no ignoraba esto. Paca vieja y matrera tiene siempre su biografía en la boca de los cazadores. Y ahora, justamente en el día en que mediante una batida feliz la sorprendieron desprevenida, hacer aquello, Porunguita? ¡Pero si es un muchacho! Sí, pero ¿no lo aprobó el padre? ¿No dijo, entre risotadas, que tome Núñez el olor? Se la habían de pagar.

De allí la malquerencia. El espigón procedía de un período un poco más remoto en que la costra de la tierra endureciera.

Ahondaba la disensión una rivalidad casi de casta.

Núñez pertenecía a la clase de los que decaen a fuerza de mucha *cachaza* en la cabeza y muchas polleras en la casa. Hijo varón sólo tenía a José Benedicto, a quien llamaban Pernambí, un pajarito de esta altura, a pesar de haber entrado en los siete años. El resto era una récua de hijas mujeres: María Benedicta, María de la Concepción, María de la Gracia, María de la Gloria, un rosario de ocho Mariquillas de pollera larga.

Tanta hembra en casa amargaba el ánimo de Núñez, que en los días de *cachaza* amenazaba con ahogar a todas en la laguna como a una nidada de gatos.

Consolábase mimando a Pernambí, quien al menos llegaría a secundarlo en la faena, mientras el mujerío holgaría por allí despiojándose al sol.

Cogía entonces al chicuelo y le daba a beber caña. Con muecas al principio que mucho divertían al padre, el neófito se aficionó pronto al vicio. Bebía y fumaba.

con mucha sorna y aires de quien no es de este mundo. También usaba daga en el cinto.

—Hombre que no bebe, no pita y no lleva daga en el cinto, no es hombre — solía decir Núñez.

Y el chicuelo, consciente de que era hombre, aporreaba a las hermanas, escupía por el colmillo, decía palabrotas a la madre, amén de muchas otras cosas propias de un hombre.

Cierta bulliciosa americana, en viaje de descubrimiento por el Brasil, hizo notar en un libro de impresiones, que los niños en el campo fumaban en cachimbo de barro, usaban largas dagas en la cintura y tenían el continente de pequeños facinerosos, lo que sobremañera la estremecía de horror.

¡Excelente señora!

La observación no pasó sin impugnar. Un fraile español, amigo del país, publicó en Río un folleto, desagraviando la dignidad nacional, el honor de la patria y demás cosas ofendidas por las alevosías de la americana.

¡Excelente amigo!

Yo, por mi parte, permanezco neutral; no juro por la *miss* ni por el reverendo. Sólo afirmo que Pernambí, con siete años de edad, pitaba, usaba cuchillo de monte y bebía caña, invención esta última a que no se atrevió la calumniosa detractora.

Del otro lado todo marchaba a la inversa. Medido en la bebida, Pedro Porunga casó con una mujer juiciosa que le diera seis varones. Con tanta gente, era natural que prosperase. Mediante ello es que

sembraba cada año tres alqueires de maíz, tenía dos morteros, molienda, su sembrado de mandioca, de caña, amén de una yegua preñada y dos chanchas con cría.

Cazaba con escopeta de dos caños, imitación Laporte, buena, de fulminante, como no había mejor.

Vivía en casa nueva, bien techada, de sapé cortado en luna menguante, aplomada con maestría; los puntales y portales eran de madera trabajada y las paredes rebocadas a mano, por dentro cosa muy fina.

Ya Núñez — ¡pobre Núñez! — no sembraba ni un alqueire de simiente.

Tuvo yegua, pero trocóla por un lechón y una espingarda vieja. Comido el lechón restaba del negocio el armatoste de un solo caño y mañero para dar fuego

Su habitación, de puntales bastos y puertas de tablas toscas, rajadas y muy sucias por el humo, anunciaba la próxima tapera.

Cerdo, ninguno. Aves de corral, escasas. A su perro Brinquiño, no le valía ser diestro cazador de pacas; andaba con la barriga pegada al espinazo, lleno de piques. El infeliz hacía diez pasos y, mordido, se detenía, se sentaba sobre sus cuartos traseros tentando inútilmente de trincar el parásito inalcanzable. ¡Que se buscase él la vida! El perro es un animal ladino y el monte está lleno de presas atontadas.

Todo lo demás, en Varjão, se afinaba por la misma tecla.

Fué cuando contaron a Núñez que Pedro Porunga negociaba un animal enjaezado.

¡Animal enjaezado! ¿Porunga? Le dolió aquello en el fondo del alma. Era demasiado trepar.

—¿Qué? ¿Ya roncan así?—bravateó.— ¡Pues he de enseñar a Porunga quién es Juan Núñez Eusebio de los Santos, de Ponte-Alta!

Y entregóse, desde entonces, a grandes atareamientos.

Su mujer, estupefacta por el súbito cambio, dudosa, esperaba.

—¿Durará este entusiasmo? ¡Quién sabe!

Núñez planeaba grandes cosas, sembrado de tres alqueires, refacción de la casa, mortero para maíz... Aquí la mujer, explotó en asombro:

—¿Mortero? ¡Qué esperanza!

El marido, metido en bríos, roncó:

—¡Pongo, mujer; pongo mortero, pongo molienda, pongo hasta molino! He de hacer que los Porungas se muerdan el codo de envidia. ¡Vas a ver!

Con asombro general no quedó en conversación fiada la promesa. Núñez restauró, mal que mal, la casa, destruyó un matorral de ocho años, y en un esfuerzo moruno enterró nueve cuartas de maíz.

Pedro supo luego la bravata de su vecino.

—¡Eh! eh! Aquello es fuego de paja. Entusiasmo de borracho, no dura.

El año se deslizó bien. Cayeron lluvias a tiempo, de manera que en Enero el maíz descubría los cogllos muy medrados de espigas. Núñez no cabía en sí de gozo. Recorría los sembrados, satisfecho de la vida, pinchando los tallos pulposos ya en plena exposición

de la dentadura rojiza y palpando los choclos tiernos enmadejados en una cabellera rubia translúcida. Se acariciaba el mentón, y soñaba grandezas futuras, pesando pros y contras. Los contras ya estaban descartados. Sólo quedaban los pros. Y concluía entrando en la casa, y dirigiéndose a la mujer:

—Este año muelo un maizal.

Urgía, pues, armarse del mortero. Reducido a harina el maíz, doblarían los lucros. ¿No fué la harina la que enriqueció a Porunga? Sin embargo, una resolución de tanto bulto, no se adopta así no más: había que meditarlo, calcularlo. Y Núñez “imaginaba”, “imaginaba”.

El *chóo-pan* (33) del futuro ingenio repercutía en su cerebro como un ritornelo de música celeste.

—He de enseñar a Porunga que él no es el único dueño de molienda. Ajustaré el trabajo con el compadre Teixeiraña, de Ponte-Alta.

La mujer se llevó las manos a la cabeza.

—¡Virgen Santísima! Es cosa de loco! Pero si el compadre ni brazo tiene...

—¡Bééé! — gruñó Núñez fastidiado. — Calla la boca. ¡Las mujeres no entienden de esas cosas!

Y ella, encogiéndose de hombros:

—Tá güeno. Después no te quejes...

—¡Bééé! — remató el marido.

(33) Expresión onomatopéyica que alude al movimiento mecánico del mortero apisonador de maíz. “Chóo” el levantar del brazo de la maza; “pan” el golpe de la maza al quebrantar el grano.

Esta exclamación era el argumento decisivo de Núñez en las relaciones familiares.

En gruñendo un ¡bééé!, mujer, hijas, Pernambí. Brinquño, todos enmudecían. Sabían, por experiencia propia, que después de ello nada había que hacer.

Si la mujer enmudecía, enmudecía con ella la razón, porque el manco Teixeiraña era un chapucero que vivía de pequeños trabajos. Sólo un borrachín como Núñez acogería la idea de poner como morterista a un taravilla como aquél, manco y por añadidura tuer-to. Pero era su compadre, y se acabó.

*

* *

Núñez pasó más de una semana en trabajos de imaginación. Mecía lentamente la cabeza, fumaba enormes charutos, absorto, con la mirada fija en el maizal y el pensamiento en las cosas futuras. Al fin se decidió.

Rumbeó a Ponte-Alta, trayendo de allá al viejo con sus herramientas.

Quedaba por resolver el problema de la madera. En sus tierras no había sino madera blanca. Madera fuerte, apta para armar el "monjolo", sólo podía darla la peroba lindera, viejo árbol muerto que servía de deslinde de ambas propiedades, tácitamente respetado aquí y allá. Núñez vió en él el soñado desquite. La echaría al suelo, sin dar cuenta al otro lado, como le hicieron con la paca. ¡Buen chasco! y gozaba de la

jugarreta, planeando voltearla de noche, de modo que, a la madrugada, cuando los Porunga lo advirtieran, ni San Antonio remediaría el mal.

Dicho y hecho. Dos hachas roncaron en el árbol, alta la noche, y no rayaba aún la mañana cuando la peroba conmovió el suelo, caída en tierra de Núñez.

Los Porungas, advertidos por el ruido, apenas amanecía, salieron a inquirir lo que fuera o no fuera. Dieron con la trampa. Pedro, al frente del pelotón, interpela:

—¿Con qué orden?...

—Con orden de la paca, ¿ha oído? — retrucó Núñez provocativo.

—Pero la paca es paca y esa peroba es la medianera de las tierras; mitad mía, mitad suya.

—Pues yo quiero hacer uso de mi parte; dejo la suya allí — añadió Núñez, señalando las ramas.

Pedro conteníase apenas.

—¡Ah! perro... no sé dónde estoy, que...

—Pues yo sí sé que estoy en mi casa y que hago fuego sobre la primera calabaza (34) que pase el deslinde.

El altercado exasperó los ánimos. Cruzáronse palabras feas. El mujerío intervino con gran desgranamiento de palabrotas.

(34) Porunga, voz regional brasileña, significa en castellano porongo, cucurbitácea de la cual las gentes del campo construyen diversos recipientes.

Y Núñez, radiante, con la espingardita en la mano, berreaba hacia el manco:

—Vaya trabajando, compadre, que yo solito apuntalo a esta *porungada*.

Los Porunga, al fin, abandonaron el campo, “para evitar la efusión de sangre”.

—Usté se queda con el árbol, borrachín; pero deje estar que todavía ha de llorar muchas lágrimas por causa de eso.

—¡Bééé! — gruñó Núñez triunfalmente.

Los Porunga volvieron espaldas refunfuñando, en conciliábulo, seguidos por la mirada victoriosa de Núñez.

—¿Y, compadre? ¿Ha visto qué cochinos? Son puro jarabe de pico, pero cuando hay que hacer la pata ancha... cuándo! El guampudo conoce la ruda por el olor.

Y asombró al viejo con muchos lances heroicos, rompimientos de cara, dispersión de asaltantes, ¡el diablo a cuatro! Y terminó:

—¡Hemos ganado el día! Deje eso, y vamos a mojar la garganta.

La mojadura de la garganta excedió a cuanta borrachera tenían en la memoria.

Núñez, el manco y Pernambí confraternizaron al amor de un pastel remojado, conmemorativo de la victoria, baboseantes, hasta que una sueñera letárgica los desplomó como moles de carne inerte, esparcidas por el suelo.

La mujer, con la más pequeña María colgada al

seno flácido, contemplaba aquello, meneando la cabeza, cavilosa:

—¡Qué mortero irá a salir de esto, madre de los cielos!

Evaporados los humos del alcohol, tornaron a la peroba, al día siguiente, muy camaradas.

La caña cimentó el antiguo compadrazgo, y la construcción del mortero se inició con gran languidez de cuerpos.

Núñez se pasaba los días en la obra, viendo al compadre desbastar la madera con un brazo solo. Se pasaba ante aquello y del auxilio que al brazo perfecto daba el miembro estropeado. Mientras tanto, referíanse historias. El viejo se sabía cosas, y Núñez respondía con otras, tendientes todas a patentizar la ruindad de los Porunga.

Debastado el tronco, tendieron un cordel impregnado en polvo de carbón.

—Tenga esta punta, compadre — decía el viejo. — Ahora, estire. Eso es.

Y cogiendo con la punta de los dedos el centro del cordel, *plaf*, latigüeo la madera, trazando una raya negra.

Núñez demostró una grande vocación para enfriataladros, los cuales se sientan con una nalga al borde de una banqueta y se emboban durante horas ante el enervante recorrido sobre la tabla, atornillando cuñas de madera, o yendo con el formón lentamente abriendo ranuras. Ora cogen una azuela, examinan con aten-

ción el cabo, la lámina y pasan el dedo por el filo; ora hacen jugar una gubia y preguntan: —“¿Es Greaves? — ¿Cuánto costó?”. Y cuando, bandeando la madera sale el taladro caliente por la fricción, cógenlo y se ponen a soplarlo, muy serios, hasta que se enfría.

Mientras tanto, el manco, inhábilmente, iba excavando a fuerza de azuela y hacha, el *cocho*. Luego abrió el agujero del asta y afinó la *mano*. Listas que estuvieron, atacó el *pilón*. Escava que escava, al cabo de tres días lo puso de lado, concluído. Faltaba tan solo preparar la *virgen*.

—¿Conoce, compadre, la historia del palo embrujado?

Núñez no la conocía. Núñez no sabía otra cosa que vaciar una botella y detractar a los Porunga.

El manco, sin interrumpir el escuadreo de la *virgen*, refirió el caso. Aprendió la leyenda de su padre, Teixeira, el Aserrador, maderero de fama.

—“En cada monte, decía él, hay un palo vengativo que castiga la malignidad de los hombres. Viví en el monte toda mi vida, luché con toda suerte de árbol, reduje a tablas desde la *embaúva* vieja hasta el bálsamo, raro aquí. Dormí en los aserraderos de las selvas, qué sé yo cuántas noches. ¡ Hombre! he sido un bicho de monte. Y de tanto luchar con los árboles he llegado a suponer que ellos tienen un alma, como las gentes”.

—Te conjuro! — estornudó Núñez.

—Esto decía mi viejo. Por mi parte no doy opi-

nión. Y tienen alma, decía él, porque sienten el dolor y lloran. ¿No ves cómo gimen unos al caer, y otros cómo lloran tanta lágrima roja que escurre, y con el sol se torna resina? De manera, pues, que tienen alma, porque en este mundo todo es obra de Dios.

—Bueno, eso...

—“Entonces, decía él, hay en cada monte un árbol, que nadie sabe cuál es, destinado para vengar a los demás. Es el árbol embrujado. El infeliz que acierta a hundir el hacha en sus entrañas, puede encomendar el alma al diablo, porque está perdido. O derrengado, o con la cabeza partida por un gajo seco que se desploma, o, más tarde, por arte de la obra hecha con su madera, de ningún modo escapa. De nada le sirve prevenirse; la desgracia voltea lo mismo hoy que mañana a la criatura sentenciada”.

Esto decía el viejo, y yo, por mi parte, tengo visto muchas cosas. En el desmonte del Higuero ¿se recuerda? murió el hijo de Pancho Pires. Estaba cortando un *guamerim* cuando de improviso lanzó un grito. Acude la gente. El mozo estaba con el corazón atravesado hasta la espalda. ¿Cómo fué eso? Nadie pudo comprender. Mi padre dijo: “Es brujería del árbol”.

Y como éste, ¿cuántos otros casos? El mundo está lleno. Sebastiancito, de Ponte-Alta, construía una casa; el palo de la cumbre él mismo lo había cortado en el monte. ¿Pues no sucedió que la cumbre zafó y aplastó la cabeza del muchacho?

Por eso el viejo, sabido como era, antes de empe-

zar un trabajo, indagaba primero si por allí cerca había ocurrido alguna desgracia. Era para saber si el embrujamiento andaba suelto o preso, y prevenirse.

*

* *

Con estas y otras historias iba el manco aderezando las horas de trabajo, mientras daba los últimos retoques a la *virgen*. Estaba listo el mortero. Núñez, jubiloso, veía el primer sueño de las futuras grandezas realizado casi. Faltaba el emplazamiento, que es nada. Y por eso, contento, daba palmadas amistosas a la peroba roja.

—¡ Ah, vieja! Mansita, ¿eh? Ha de llamarse Quitacharla, quita-charla de Porungas, Calabazas y Vasijas, eh! eh!

Abandonaron temprano el trabajo ese día a fin de solemnizar el hecho a costa de un barrilito de caña que vaciaron a medias.

Días después, bien armado, bien plantado, el mortero recibía agua. Destapada la canaleta que conduce el agua, un borbollón se desplomó en la artesilla y la colmó, desbordándose en la poza. El aparato gimió en su eje y levantó el pescuezo. La artesilla vació la aguada, *chóó!* la muñeca batió de firme en el pilón, *pan!*

Núñez saltaba de contento.

—Ahora sabrá la Porungada clueca, quién es Juan Núñez Eusebio, de Ponte-Alta!

Pero no le bastó aquel barullo, ni la grito del mu-

jerío palmoteando, ni los ladridos de Brinquiño que, espantado de la loquera, ladraba encima de un otero, a salvo de puntapiés. Quería más. Corrió en busca de la espingarda, la espoleteó apuntando hacia el "otro lado" e hizo fuego. Pero como el viejo gatillo no compartía la alegría general, estalló la espoleta y enmudeció. Núñez la mantuvo aún levantada algunos segundos, esperando el tiro. Como el fuego tardase demasiado, arrojóla lejos, acompañándola de una palabra feísima.

Recordó tener tres cohetes, sobrantes de un novenario, y los lanzó en dirección a los Porunga.

—¡Huele esa pólvora, cachorro!

Desgraciadamente los cohetes, enmohecidos, tampoco hicieron explosión.

—Todo falla, compadre. Vamos a ver si falla también el barrilito.

No falló. Y la prueba de ello es que roncaron por allí como dos zorras.

Al otro día el manco partió para Ponte-Alta, con gran sentimiento de Núñez, que perdía un camarada.

Y como no hubiera maíz, se fijó la inauguración del mortero para cuando se recogiese la cosecha.

*

* *

Cesaron las primeras lluvias estivales y empezó un verano refrescado y limpio. Las hojas del maizal amarillearon, las espigas pendían maduras,

Dió comienzo la cosecha. Núñez, impaciente, desgranó el primer canasto recogido, y llenó el pilón.

¡Ay! No hay felicidad completa en este mundo. El *asta*, desproporcionada a la *artesilla*, no jugaba correctamente. La *mano*, por demasiado leve o por falsa escuadra de la *virgen*, al batir se inclinaba hacia la izquierda, haciendo desbordar el maíz.

Para mal de pecados, a la primera llovizna el pilón empezó a rezumar agua. Había sido cavado en madera rasgada. No servía.

Núñez, de mal talante, conteniendo la cólera, se puso a corregir tantos defectos. Redujo el peso del *asta*, aumentó el caudal del agua, sujetó aquí, apuntaló allí, calafateó las grietas con tierra gredosa. Invirtió días enteros en una lucha sorda contra las astucias del maíz recalcitrante. Y el mostrenco respondía a cada remiendo con una reincidencia desalentadora.

El infeliz estalló entonces. De la boca brotaron injurias interminables contra la estupidez del manco.

—¡Excomulgado del diablo, lazariento del infierno! Manco de...

Imposible trasladar al papel todas las cuentas del rosario; las pequeñas aún cabrían, pero las mayores no podrían salir del Varjao.

Además de las injurias, las amenazas. Que iría a Ponte-Alta a romperle la cara al compadre, a vaciarle el otro ojo; que...

En uno de estos desahogos, la tonta de su mujer metió su cuchara.

—Yo ya te lo dije, ya te lo previne. Pero burro viejo...

¡Ay! No terminó la frase. Núñez, cogiendo una cachiporra, encarnó en la infeliz al odiado compadre, y la deslomó en una soba de padre y muy señor mío.

—¡Toma, perro del demonio! ¡Toma excomulgado del diablo! ¡Aprende a hacer morteros, so cochino!— y sacudía...

La mujer, bramando, sumióse, dando saltos, monte adentro, seguida por el mujerío menudo transido de pavor; y durante ocho días anduvo ella dándose aplicaciones de salmuera en la pulpa magullada. Pero Núñez mejoró considerablemente con el derivativo. Humanizósele la bilis y se aquietó. Digámoslo todo: el barrilito colaboró a medias en aquella satisfacción de una venganza indirecta.

*

* *

La noticia de tales sucesos cundió a los dominios de Porunga. Pedro, exultante, no pudo contenerse; quería ver por sí mismo aquel armatoste que lo vengaba tan acertadamente. Meditó un pretexto, y un día traspuso el espigón, rumbo a la casa del rival. Cuando volvió, venía explotando risas ahogadas.

—¡Eh! eh! eh! No se imaginan ustedes. Apenitas doblé el cerro, ya oí el ruido, ¡chóó-pan! un barullo de los diablos. Y me dije para mi capote: Como roncar, vaya si ronca! ¡Eh! eh! eh! Fuí llegando. Nú-

ñez, enfurruñado, desgranaba maíz a la puerta. Cuando me vió, medio se paró, como asombrado. — Es de paz, le dije — y me planté delante de él. — Dos padres de familia, y además, vecinos, no pueden vivir así toda la vida, con el hocico torcido uno para el otro. Lo que fué, fué. Se acabó. Choque!

El hombre miró de soslayo hacia el lado de la ronquera, ¡eh! eh! eh! y visiblemente contrariado me tendió la mano sin abrir el pico. “Traiga café”, gritó hacia dentro. Enfilé la vista hacia la casa; estaba “así” el mujerío en la cocina. Y empecé una charla. El iba respondiendo. Una charla sin gracia, pérfida. Al fin indagué:

—¿Y el mortero, vecino, quedó bien?

Núñez amarilleó como esta hoja.

—“Sí... marcha... rinde bastante...”

—“Quisiera verlo, vecino, si no fuese curiosidad...”

—“Pues, véalo — respondió — sin moverse de su sitio.

Fuí. ¡Virgen Santísima! aquello nunca fué mortero ni en la casa del diablo. Sólo se ve ataduras aquí y allá. ¡El *asta* tiene nueve palmos y la *artesa* diez!

—¡Quiá! quiá! quiá! — cacareó el auditorio que en materia de mortero era bastante entendido.

—La *mano* no pesa, no pesa ni arroba y media. La *virgen* está errada; fuera de plomada. Maíz hay, pues está amarilleando en el suelo. La *mano* juega hacia un lado. ¡Virgen Santa, qué matraca!

Los Porunguitas babeaban.

—¿De modo que como roncar, ronca?

—¡Ronca como una tormenta! ¿Pero moler? Ni tres litros por noche...

Los rostros de los Porunga, ensombrecidos desde el incidente de la peroba, irradiaron ahora en saludables sonrisas irónicas de venganza. Las nubes que allí se cernían fueron a oscurecer los cielos del Varjão.

Fué un nunca acabar de chistes y de bromas. Inventaban nuevos trazos cómicos, exagerando las imperfecciones del armatoste. Ataviábanlo como se hace con el mamarracho de San Juan.

Sobre las líneas generales dibujadas por el padre, los Porunguitas añadían las suyas, de manera de volver al mísero mortero en una cosa prodigiosamente cómica. La palabra "ronquera" cobró circulación entre los vecinos, consagrada como término comparativo de todo cuanto es risible y no tiene pies ni cabeza.

A los oídos de Nuñez fueron a dar tales rumores. Su orgullo, muy exaltado en el período de los sueños megalómanos, marchitóse como fruta cogida antes de tiempo. Acabó por agarrar un rencor sordo contra el armatoste, que, rengo, continuaba mayando día y noche, ¡chóó-pan!, pero muy lerdo, muy parco en rendimiento. Y, a fin de calmar la bilis, duplicó las dosis de caña. La mujer arreglaba la casa en medio de un grande desconsuelo, huérfana de estímulo, sin más esperanza de reacción en aquel hombre. Pernambí, siempre acoplado al padre, perezoso, parecía un viejecito idiota. No se le caía de la boca el cachimbo de barro, y cada vez más, sobaba al mujerío menudo.

Brinquiño miraba a uno y a otro, sin saber qué pensar de sus amos.

Así, transcurrieron algunos meses.

*

* *

Al final ocurrió la desgracia. Fuese brujería del árbol o no, el hecho es que el inocente pagó el delito del pecador, como lo exige la justicia bíblica. Pernambí fué el elegido de la venganza.

Cierto día supo Núñez que su compadre José Cuitelo, de Pedra-Branca, puso el nombre de *Roncadora* a una yegua maltrecha.

Esto era demasiado.

—¡Hasta ese perro de Cuitelo! — gimió el infeliz empinando la botella. Glogloteó un trago y: — Pernambí, ven aquí. Bebe con tu padre, hijo.

El muchacho no se hizo repetir: bebió uno, dos, tres tragos haciendo chasquear la lengua. El resto de la botella desapareció en el buche del cobrizo.

Pernambí, atontado por los vapores del alcohol, ambuló unos instantes por allí, desapareciendo luego.

Núñez se estiró al sol, para dormir.

Era un día calmo de agosto. El cielo, entoldado de humo. Sol amarillento, sin brillo, amodorrado, declinaba. Hojitas de samambaya carbonizadas, descendían de lo alto, girando lentamente.

Transcurrida una hora, el ebrio despertó, y mirando estúpidamente en torno suyo:

—¿Qué es de Pernambí?—dijo a las hijas acuclilladas a su alrededor.

Las chicas nada sabían.

—Llamen a Pernambí — masculló el borracho re- cayendo en la modorra.

Una de ellas salió en busca del hermano. Los ojos de Núñez apenas se abrían, su cabeza oscilaba de un lado a otro como si le hubiesen desnucado. De su boca escurriale la baba y, mojadas en ella, salían las palabras vagas y mal hilvanadas.

De súbito, un grito lejano alborotó la casa.

—¡Mamá! ¡Mamá!

La mujer, atolondrada, apareció a la puerta, se orientó y corrió hacia el lugar de donde partía el llamado. Las hijas, asustadas, corrieron detrás, rumbo al mortero.

Núñez aplomó la cabeza, aguzó el oído.

Redoblaron los gritos de dolor y desesperación.

—¡Pobre hijo mío! — gimió lejana la voz de la madre.

Núñez logró ponerse de pie amparado por el marco de la puerta.

—¿Qué pasa?

Da con la mujer que regresaba como una loca, desgreñada, hablando sola.

—¿Qué ha pasado, mujer?

La infeliz madre, encarándose con el marido, lo fustiló en los ojos con una mirada de cólera incoercible.

—¿Qué, qué ha pasado? ¡Es obra tuya, borrachín

del infierno! ¡Es tu aguardiente, bruto, estiércol in-mundo! ¡Ve, ve a ver! ¡Ve a ver, desgraciado!

Núñez, tambaleándose, se encamina hacia allá.

Y tropieza con un espectáculo horrendo.

En medio de las hermanas que chillaban, el cuerpe-cito de Pernambí embrocaba en el pilón. Del lado de afuera pendían dos piernas delgaduchas. Y el mortero, indiferente, subía y descendía, ¡chóó-pan! apiso-nando una pasta roja de harina, sesos y cuero cabe-lludo...

Desvaneciéronse los vapores alcohólicos y Nuñez, medio loco, corrió hacia el hacha, rechinando los dientes, entre rugidos:

—¡Llegó el día, desgraciado!

Fué aquella una escena lúgubre.

El loco arremetía, entre rugidos de cólera, golpes tremendos contra el mortero impasible. Un golpe en la *mano*: “¡Toma, Belcebú!” — otro en el *asta*: “¡Re-vienta, demonio!” — otro en el *pilón*: ¡Estalla, brujo de los diablos!”

Y pam! pam! pam! diez, veinte, cien hachazos como jamás blandiera leñador alguno con tanta seguridad de pulso.

Las astillas saltaban lejos, astillas sangrientas de la peroba asesina. Y pedacitos. Y virutas.

Largo tiempo duró aquel duelo trágico de la demen-cia con la batería bruta.

Al fin, cuando el mortero maldecido no era sino un montón de astillas, el infeliz cobrizo se desplomó

en tierra, exhausto, abrazando el cuerpo inerte de Pernambuco.

Y allí quedó — masa jadeante donde, de tiempo en tiempo, manos trémulas se alzaban y se hundían en el pilón, palpando, en busca de la cabecita que faltaba....

“MI CUENTO DE MAUPASSANT”

Conversaban en el tren dos sujetos. Me aproximé y oí:

—La vida está llena de cuentos de Maupassant; desgraciadamente hay muy pocos Guy...

—¿Por qué de Maupassant y no de Kipling, por ejemplo?

—Porque la vida es amor y muerte y el arte de Maupassant es simplemente eso: un encuadramiento ingenioso del amor y de la muerte.

Se cambian los escenarios, varían los actores, pero la sustancia persiste: el amor bajo la única faz impresionante, la que culmina en una posesión violenta de fauno encendido de lujuria, y la muerte, el extertor de la vida en trance, el quinto acto, el epílogo fisiológico. La muerte, querido, y el amor — ¿entiendes en qué sentido cojo la palabra?... los vocablos andan tan desvirtuados del sentido propio que es menester subrayarlos cuando nos referimos a la significación original — son los dos únicos momentos en que la far-

sa de la vida arranca la máscara y se agita en un delirio trágico.

—?

—No te rías. No compongo frases. Me justifico. En la vida sólo dejamos de ser unos payasos inconscientes que nos imitamos grotescamente los unos a los otros que copiamos gestos de civilizaciones, engañando a la naturaleza, cuando ésta, reaccionando, pone al desnudo el instinto hirsuto, o señala el *basta!* final de la muerte, recogiendo al ruín actor al polvo.

En suma, sólo hay grandeza, y “seriedad”, cuando cesa de actuar el pobre juglar que es el hombre hecho, guiado y dirigido por los códigos, religiones, morales, costumbres, y demás postizos de su invención, y entra en escena la naturaleza bruta.

—Tanta filosofía con este calor de enero...

El convoy corría entre San José y Quiririm. Plena región arrocerera. Los extensos cultivos se hallaban en la faena del corte. Grandes hacinamientos de paja amarilla daban a los campos en siega un aspecto de cabellos rubios cortados a máquina. Puro paisaje europeo, de trigales. A espacios sorprendían nuestros ojos, cuadros de Millet en fuga: lenta, si lejanos; vertiginosa, si próximos. Bultos de mujeres con cestos sobre la cabeza se detenían a mirar pasar el tren. Bultos de hombres ensilando haces de espigas para el trillado del día siguiente. Carretas arrastradas por bueyes, recogiendo el cereal. Y como caía la tarde, y la Mantiqueira era ya una pincelada opaca de índigo

que ponía barras en la impresión evanescente del azul, vimos, en cierto trecho el original del *Angelus*...

—Ya te diré a propósito de qué viene mi filosofía.

Y enfilando la mirada por el ventanillo, calló. Se sucedió una pausa de minutos. De pronto, señalando un viejo *saguaragí* (35) perfilado en el margen de la vía férrea, dijo:

—A propósito de este árbol. Figura él en “mi cuento de Maupassant”.

—Cuéntalo, si es breve.

El primer sujeto no se acomodó en el asiento, ni limpió la ronquera, como es de estilo. Sin transición, comenzó el relato:

—Había un italiano habitante de estos parajes con un boliche junto a la carretera. Tipo mal encarado y perverso. Bebía, jugaba y en varias ocasiones anduvo a vueltas con las autoridades. Cierta día — era yo, entonces, comisario de policía — se me presentaron unos pescadores a denunciarme que en tal parte se encontraba el “cuerpo muerto” de una anciana descuartizada a hachazos.

Organicé la diligencia y los acompañé. “Es allá, junto a aquel *saguaragí*, me dijeron al aproximarnos al árbol que acabamos de ver.

¡Espectáculo repelente! Aún siento en la piel el estremecimiento de horror que corrió por mi cuerpo al tropezar con un cuerpo hinchado y blando. Era la cabeza de la anciana, semioculta bajo las hojas secas.

(35) Arbol originario del Brasil.

Porque el asesino la descepo del cuerpo arrojándola a algunos metros de distancia.

Como por sistema sospechase del italiano, le hice detener. Había indicios vagos. Lo habían visto salir con un hacha a cortar leña, la tarde del crimen. Sin embargo, por falta de pruebas, fuéle restituida la libertad, muy a pesar mío, pues cada vez más me convencía de su culpabilidad. Presentía en aquel sórdido tipo — ¡y luego niéguese valor al presentimiento! — al miserable asesino de la pobre viejecita.

—¿Qué interés tenía él en el crimen?

—Ninguno. Era lo que alegaba. Era como argumentaba la pequeña lógica normal de todas las gente. Sin embargo, no le perdía de vista, seguro de que era el criminal. El bribón no perdió tiempo. Traspasó el negocio y desapareció. Por mi parte, abandoné el cargo y, a poco, del crimen sólo me quedó la nítida sensación de mi tropiezo con la descompuesta cabeza de la vieja.

Años después, el asunto fué removido. La policía obtuvo indicios vehementes contra el italiano que andaba por São Paulo en un grado extremo de decadencia moral, pensionista del calabozo de policía por hurtos y ebriedades. Le detuvieron y lo fletaron para aquí, donde el jurado decidiría de su suerte.

—Tus presentimientos...

El sujeto sonrió maliciosamente y prosiguió:

—No se resistió, no reaccionó, no protestó. Subió al tren en Braz y vino, con la cabeza baja, sin proferir una palabra hasta San José; a partir de aquí —

quien lo refiere es un agente de la escolta — clavaba los ojos en el ventanillo, preocupado en descubrir alguna cosa, hasta enfrentar el saguaragí. En este punto pegó un salto de gato, lanzándose por la ventanilla afuera. Le recogieron muerto, con el cráneo partido y los sesos escurridos cerca del árbol fatal.

—¡El remordimiento!

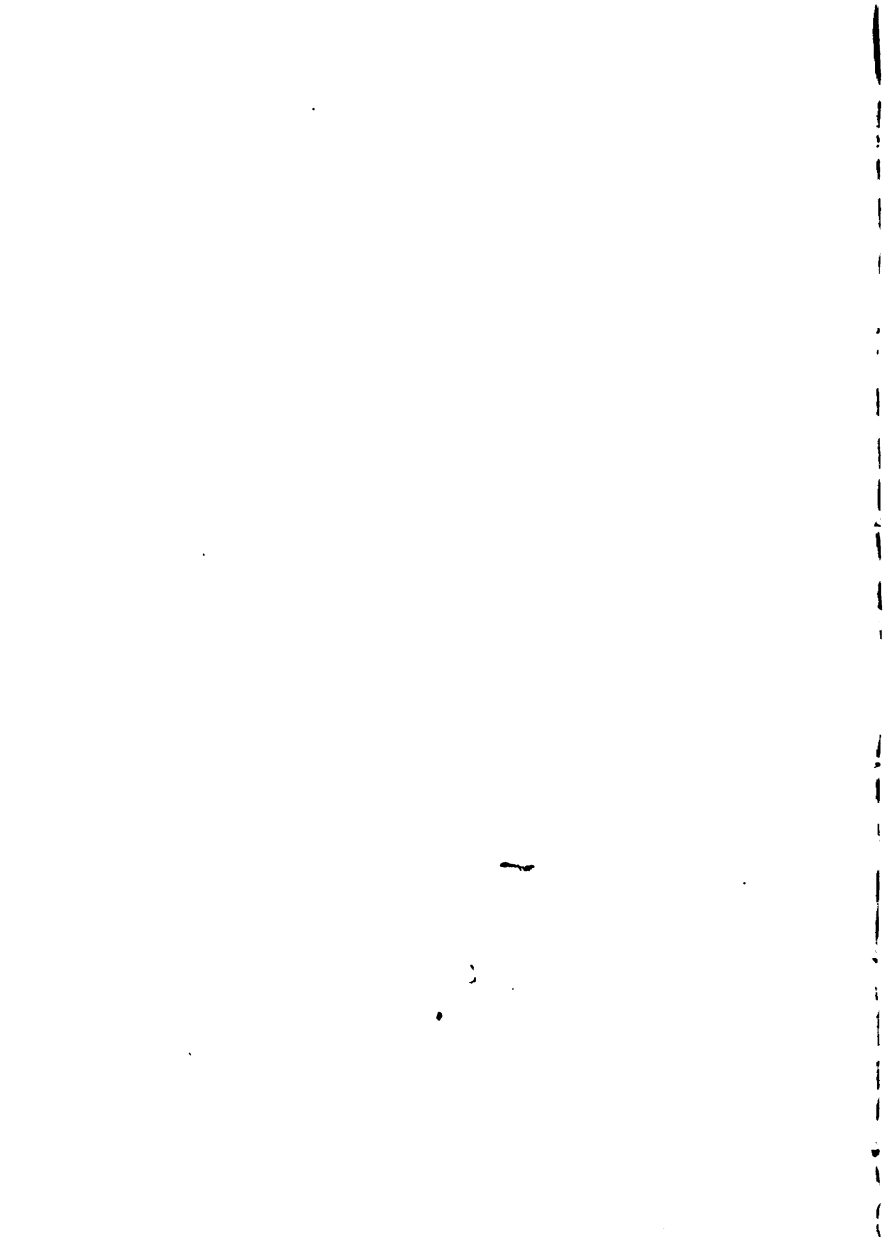
—Aquí está “mi cuento de Maupassant”. Tuve la impresión de él, en las palabras de uno de los agentes que lo escoltaban: “venía con la cabeza baja hasta San José, a partir de allí enfiló la mirada por la ventanilla hasta descubrir el saguaragí. Al enfrentar el árbol se arrojó”. En la progresión ingénuo de la narración leí toda la tragedia íntima de aquel cerebro, sentí todo un drama psicológico que jamás será descrito...

—¡Es curioso! — comentó el otro pensativamente.

—Lo curioso — concluyó el primer sujeto con pausada lentitud, es que más tarde, uno de los pescadores denunciadores del crimen, e hijo de la anciana, detenido por un horrible asesinato con una hoz, *se confesó también culpable del asesinato de la viejecita, su madre...*

— ?

—Querido, aquel infortunado Oscar Fingall O’Flahertie Wills Wilde ha dicho mucho, cuando dijo que la vida sabe mejor imitar al arte que el arte sabe imitar a la vida...



POLLICE VERSO

De los diez y seis hijos del coronel Ignacio Gama, el menor, bien pronto, reveló singulares aptitudes para la medicina. A lo menos, así lo juzgó el padre, porque lo sorprendiera en la huerta, empeñadísimo en destripar a un pajarito agonizante.

—Descubrí la inclinación de Nico — dijo el sutil sujeto a su mujer.— Es un óptimo Esculapio. Hace un momento, allá afuera, estaba disecando, en vida, un pajarito.

Han de dudar los naturalistas de pura cepa que el hombre dijera “disecar”. Un coronel indígena hablar así, con ese rigor de lenguaje, no es cosa admitida por los meticulosos que limitan el género entero a la media docena de pascasios imaginariamente galoneados, de su conocimiento.

Pues lo dijo. Este coronel Gama hacía excepción a la regla; tenía sus luces, leía su diario, devoró de joven a *Rocambole*, las *Memorias de un médico*, y seguía los debates de la cámara con grande admiración hacia Ruy Barbosa, Barbosa Lima, Nilo Peçanha y otros. Veníale

de allí una cierta depuración en el lenguaje, el cual discordaba con el grosero ambiente glósico de la hacienda donde vivía.

La que nada advirtió fué doña Joaquina, a juzgar por el aire de estupidez que dió a su cara.

—Disecando — explicó doctoralmente su marido — quiere decir destripando.

Destripar, dada su bonhomía paternal en descubrir en el niño propensiones quirúrgicas, equivalía a disecar. Tomen nota los diccionaristas que tienen hijos.

—¿Y tú permitiste que cometiera semejante maldad? — exclamó la excelente señora compadecida.

—¡Ya vienes con tus ridiculeces!... Déjalo jugar, que está en la edad. Yo de pequeño las hacía peores, y no por eso me volví un ogro.

(¡Otra vez! ¡Ogro! ¿Qué quieren ustedes? El hombre nació importante. Este ogro debía ser una reminiscencia del Ogro de Córcega, llamado Napoleón. Perdónesele a guisa de compensación a la parsimonia de la esposa, cuyo vocabulario era de los más restringidos).

Doña Joaquina frunció el rostro, y cuando el muchacho volvió de la huerta, pidióle cuentas de la perversidad, ásperamente. El coronel, que en ese momento leía en la hamaca los diarios recién llegados, tuvo a bien interrumpir la ingestión de un discurso flamante sobre el Amapá, para acudir en auxilio de su mimado.

—Una vez que ha de ser médico, no veo mal en que se vaya familiarizando con la anatomía...

—La anatomía está allí — remató colérica la madre,

señalando una vara de membrillo oculta en el desván de la puerta; — que yo sepa que este... *señor* hace herejías a los pobres animalitos, verá como le diseco el lomo con aquella anatomía ¿Ha oído, señor Carnicero?

El muchacho se escurrió; el coronel prosiguió, resignado, el hilo del discurso; y el caso del pajarito quedó en eso.

*

* *

No paró allí la maldad de Nico. Ocultábase ahora. Era a escondidas que cogía las moscas y las “desplumaba”, entretenimiento muy curioso, consistente en arrancarle las patas y las alas, para gozar del sufrimiento de los cuerpecillos inmóviles. A los grillos, les cortaba las patas saltadoras y se divertía al verlos mutilados arrastrarse como cualquier insecto. Los gatos y los perros le olfateaban de lejos. Fué él quien amputara la cola al infeliz Brinquito de la criada, y él quien derrengaba todos los gatos de la hacienda.

Eso de lejos. En casa, un angelito. Y así, angel internamente y demonio extramuros, creció hasta el cambio de voz. Ingresó en este período a un colegio, y de este pasó a Rio, matriculado en medicina.

El empleo que allá diera a los seis años del curso lo supo él, sus amigos y sus amigas. Los padres siempre vivieron engañados, creyendo que el hijo era una águila que empezaba a echar plumaje, futuro Doyen de Itaoca, donde, vendida la hacienda, vivían ahora. En esta ciudad tenían pensado establecer al niño, para des-

banque de los cuatro caducos esculapios locales, unos asnos silvestres, — decía el coronel — cuya veterinaria rebajaba a los itaoquenses a la categoría de caballos.

Por las vacaciones, el doctorando aparecía por allá, cada vez “más otro”, presumido, *con tics* de carioca, *ss* silbantes, trajes caros, y una palabrería técnica que embobaba. Cuando se graduó y regresó al solar nativo, estaba definitivamente formado. No describiremos su cara, porque los retratos por medio de las palabras tienen la propiedad de hacer imaginar facciones a veces opuestas a las descriptas. Diremos tan sólo que era un muchacho alto, entre rubio y castaño, lindo pero antipático — con el mirar de Stuart Holmes, según decían las chicas entendidas en actores cinematográficos. En el mentón traía barba de médico francés, detalle que, a lo que parece, acrecienta la ciencia curativa de su propietario. Enfermos hay que entre un médico barbudo y un rapado, desconocidos los dos, sin titubear optan por el peludo, convencidos de que optan por el mejor.

El doctor Ignacito, mientras tanto, detestaba aquel medio mezquino, “donde no había campo”.

“Esto — escribía a un colega de la metrópoli — es un verdadero destierro. Clínica escasa y mal remunerada, sin margen para lances mayores, y aún así, repartida entre cuatro curanderos que se dicen médicos, perfectas vacas de Hipócrates, corruptores del negocio con sus consultitas de cinco mil reis (36). El cirujano

(36) Tres pesos moneda argentina, poco más o menos.

del lugar es un Doyen de 60 años, benemérito extractor de *piques* (*pulex penetrans*), y extirpador de berrugas con hilo de seda. Prescribe ioduro a todo el mundo y tiene la imbecilidad de jactarse de escéptico, diciendo que lo que cura es la Naturaleza. Estos rábulas son los que malogran el negocio, etc., etc.”

Negocio, grandes lances, aquí está la psicología del joven médico. Quería paño verde para las grandes boladas...

“Además de esto — continuaba — se me hace insoportable la ausencia de Ivonne y la de ustedes. Aquí no hay mujeres, ni gentes con quienes se pueda conversar. ¡Una pocilga! ¡Las bellas calaveradas de nuestro tiempo, eh?”

Y aquí asoman, la Ivonne, los amigos y las calaveradas que constituyeron lo mejor del curso. Con mano diurna y nocturna manoseó a esos tratadistas de la anatomía, de la fisiología, de la holgazanería, y ahora se siente roído por la añoranza.

Ivonne había regresado a su país, dejando por aquí una media docena de amantes, después de haberlos desplumado, muriéndose de nostalgias de sus encantos. Antes de irse dió a cada uno una estrellita del cielo para que, a cierta hora, se encontrasen en ella las amorosas miradas. Los seis idiotas todas las noches clavaban la mirada: uno en *Taureau* (ella distribuyó las constelaciones en francés), otro en *Ecrevisse*, otro en *Chevelure de Berenice*, el cuarto en *Bélier*, el quinto en *Antarés* y el último en *Epi de la Vierge*. La taimada se moría de

risa, en los brazos de un apache, relatándole la cómica historia de los seis tilingos, y de las seis estrellas respectivas. Juntos leían las seis cartas recibidas por cada correo, en las cuales las protestas amorosas en temperatura de ebullición, excusaban la ingramaticalidad del francés antártico. Y respondían en colaboración, en carta circular, donde sólo variaban el nombre de la estrella y la dirección. Listos todos los ejemplares, el apache abría el cuaderno y dictaba:

—Mr. Gómez, *le Taureau*; Mr. Silva, *l'Epi de la Vierge*; Mr. Souza, *le Béliér*...

E Ivonne, en medio de risotadas, iba colocando las estrellas. Esa circular era de lo más tierna. Quejábase la muchacha de saudades — “esa palabra tan poética que aprendiera en el Brasil, el bello país de las palmeras, del cielo azul y del amor...” Los acusaba de ingratos, enredados ya en otros amores, mientras ella, la pobrecilla, solitaria y triste “como la torcaz”, en la humilde casa de los padres viejos consumía los días rememorando el dulce pasado, y las noches largas contemplando la estrella...

He aquí explicada la razón por la cual, en noches límpidas, el doctor Ignacito permanecía asomado a la ventana, pensativo, con la mirada puesta en la *Chevelure de Bérenice*. Y también se explica el secreto de unas cartas que le entregaba el correo, selladas en Francia bajo la figurita de la Sembradora.

El sueño dorado del joven era enriquecer rápidamente, para reanudar el deleite del idilio interrumpido.

—¡París!... — balbuceaba a media voz en los mo-

mentos de devaneo, entornando los ojos en el gozo anticipado del paraíso.

Soñábase allá, enriquecido, con Ivonne del brazo, solazándose en el Bois, tal como en las novelas; y la realización de este sueño era el blanco de todos sus pasos. Juró a la amiga ir a reunirse allá, apenas la prosperidad le abasteciera de medios.

Mientras tanto el tiempo corría, y ningún cliente rico caía en sus redes. Tardaba la bolada...

En un francés senegalés, Ignacio lloriqueó epistolariamente en el pecho de la diva:

“No se enferma aquí ningún rico: no hay margen para grandes lances; mi padre está viejo, pero fuerte aún, y además somos 16 herederos! No sé cuándo podré estrecharte entre mis brazos, ¡oh, mi...!

Aquí venían tres o cuatro comparaciones a cual más poética, recordativas del estro de Salomón cuando cantaba a la Sulamita.

*

* *

Entre los médicos antiguos de Itaoca, el “doctor Ignacito” gozaba de un pésimo renombre, si un renombre pésimo es cosa susceptible de gozo.

—Es una bestiecita — decía uno de ellos. — Me asombra que puedan salir de la Facultad cabalgaduras semejantes. Es médico en el diploma, en la barbita y en el anillo del dedo. Fuera de allí, ¡qué caballo!

—¡ Y qué tupé! — añadía otro. — Presumido, petulante, como no hay dos. No dice humores o sífilis; sino mal luético ¡qué pedante! ¡Quisiera pillarlo en una consulta!...

Su padre, viudo ya por esa época, babeaba de orgullo. Hijo médico y por añadidura despejado y bien hablado como aquel... Era para morir de envidia los más. Le embelesaba, sobre todo, su manera elevada de expresarse. Reveíase en su hijo, el coronel...

—La terminología entera de la ciencia alópata, cosas en griego y en latín, circunvoluciona en aquella cabecita, — dijo cierta vez al párroco, que miró torcidamente por encima de sus anteojos, aquel mirífico “circunvoluciona”.

Y así se deslizaba el tiempo, entre diatribas de las dos ciencias, la joven y la vieja, con interpolaciones de lindos vocablos que el coronel jamás dejaba de embreñar entre sus frases.

*

* *

Entre tanto, enfermó el mayor Mendaña, capitalista retirado con trescientos contos (37) en títulos de renta pública: el Rockefeller de Itaoca. Acometióle de súbito una angustia, una fatiga y la mujer se alarmó.

—No es nada. Esto pasará.

(37) Aproximadamente unos doscientos mil pesos argentinos.

—Pasará o no; es mejor llamar a un médico.

—¡Qué médico! Esto no es nada.

No debía ser tan nada, como el enfermo pretendía. Durante la noche el malestar agravó y el viejo cedió a las instancias de su mujer.

—Llamar ¿a cuál de ellos?

—Pues, a Moura — dijo la mujer para quien Moura era su médico de confianza.

—¡Dios me libre! — retrucó el marido. — Aquel es un hombre de mala suerte. ¿No fué acaso él quien asistió a Zeca, a Peixoto y a Jerónimo? Y todos ellos estiraron la pata.

—Entonces al doctor Fortunato...

—¡Fortunato! ¿Te has olvidado ya de lo que me hizo ese estúpido en ocasión del jury? ¡Cobrar cincuenta mil reis (38) por un testimonio falso! ¡No me sacará un cobre más ese bandido!

Del doctor Elesban no se habló: era un adversario político.

—Y si llamáramos a Galeno...

—¡Es tan burro, Galeno!...—gimió el enfermo con cara desconsolada. Durante algunos años atendió a Faria, el del Hotel, como diabético, y lo daba ya por muerto, cuando un curandero del campo lo dejó sanísimo, con un coco de Bahía comido en ayunas. La diabetes del enfermo eran solitarias... Nada. Sólo si viene el hijo de Ignacio.

Aquí fué la mujer quien discrepó.

(38) Aproximadamente unos treinta pesos argentinos.

—Pues, yo, a decir verdad, prefiero al burro de Galeno, la mala pata de Moura y hasta a Elesban...

—Ese, ¡nunca! — interrumpió el viejo dejando asomar su rencor político.

—...que al antipático doctorcito. Los otros, por lo menos, tienen la experiencia de la vida, al paso que éste...

—Este ¿qué?

—Este, Mendaña, es un mocito bien que lo único que quiere es dinero y parranda. ¿Tú no lo ves?

—¡Bah! — berreó el testarudo. — Siempre ha de saber un poco más que los viejos. Ha aprendido cosas nuevas. ¿No la sanó, acaso, en un santiamén a la mujer de Leandro?

—También ¡vaya una enfermedad!... Opresión del vientre...

—Sea opresión o flojedad, el caso es que curó. Manda llamar al muchacho.

—¡Mira, mira! ¡Después no te arrepientas!...

—Manda, manda a llamarlo, y ya mismo, porque no me estoy sintiendo bien.

*

* *

Ignacito vino. Interrogó detenidamente al paciente, le tomó el pulso, le auscultó con semblante cargado, y dijo después de una larga pausa:

—No diagnostico por el momento, porque no soy ligero como algunos que andan por ahí. Sin auscultar-

ción estetoscópica nada puedo decir. Volveré más tarde.

—¿Has visto? — dijo Mendaña a su mujer apenas desapareció el médico. — Hubiera sido Moura, o cualquiera de los otros, y ya desde la puerta estaría be-rreando esto o aquello. Este es concienzudo. Quiere hacer una auscultación... ¿qué?

—Estereoscópica, parece.

—Sea lo que fuera, quiere hacer las cosas por sus cabales. Eso.

El joven volvió más tarde y con gran ceremonial aplicó el instrumento sobre el pecho enjuto del enfermo. Frunció de nuevo el rostro, y concluyó con imponente solemnidad:

—Se trata de una pericarditis aguda, complicada con una flegmasia hepático-renal.

El enfermo abrió desmesuradamente los ojos. Nunca imaginó siquiera que dentro de sí mismo existieran enfermedades tan bonitas aunque incomprensibles.

—¿Y eso es grave, doctor? — interrogó la mujer, aprensiva.

—Es y no es — respondió el esculapio. — Sería grave si, modestia a un lado, en lugar de llamáreme a mí, hubieran llamado a uno de esos matasanos que charlan por ahí. Para mí no lo es. Tuve en Río, en la clínica hospitalaria, numerosos casos más graves, y ninguno perdí. Tranquilítese, pues dejaré a su esposo completamente sano dentro de un mes.

—¡Dios lo oiga! — remató ella, reconciliada ya con la "antipatía", acompañándolo hasta la puerta.

—¿Y? — preguntóla el enfermo. — ¿Hice o no hice bien en llamarlo?

—Parece... Quiera Dios que hayamos acertado, porque esto de médicos, es suerte.

—No tanto así, mujer — objetó el viejo. — A aquellos que saben se les reconoce en media docena de palabras, y este mozo, o mucho me engaño, o sabe lo que dice. Fuera Fortunato...

Y rió, imaginando las dolencias caseras que Fortunato hubiera diagnosticado en él.

*

* *

La enfermedad del mayor Mendaña nadie supo cuál era. El bello diagnóstico del doctor Ignacito no pasaba de una mera sonoridad pretenciosa. Barruntaba el mozo que el viejo Mendaña tenía el corazón débil y una cierta irregularidad en el hígado. Pálpito. Esto, porque le dolía aquí en el "vacío"; aquello, por ser natural de un organismo gastado por la edad. Confesarlo con esta llaneza, sin embargo, sería hacer clínica a la manera del doctor Fortunato, y desmoralizarse. Además ¿quién sabe si no estaría allí el soñado lance? Prolongar la enfermedad... Engordar la maquila...

Ignacio no distinguía en Mendaña al enfermo, sino a una "bolada" mayor o menor, conforme a la habilidad de su juego.

La salud de su cliente le importaba tanto como las estrellas del cielo, excepción hecha, claro está, de la

Cabellera de Berenice. Como detestara la medicina, no viendo en ella más que un medio rápido de enriquecerse, ni siquiera le interesaba el “caso clínico” en sí, como a muchos. Quería dinero, porque el dinero le daría París, con Ivonne de postre. Y bien, el mayor tenía trescientos títulos de la renta pública... Dependía, entonces, de su artimaña malabarear aquel hígado, aquel corazón, aquellas palabras griegas y, en un prestidigitar amañado, reducir todo a unos cuantos contos de reis, bien sonantes.

La carta de ese mes decía a Ivonne:

“Los negocios mejoran. Estoy metido en una empresa que se me figura productiva. Saliéndome todo a pedir de boca, tengo la esperanza, este año, de besarte, bajo la tierna luz confluyente de nuestras miradas...”

*

* *

El viejo Mendaña empeoró con el tratamiento. Inyecciones hipodérmicas, cápsulas, píldoras, pociones, no hubo terapéutica que no se experimentase en él, desastrosamente.

—Es más grave el caso de lo que me suponía — dijo el médico a la esposa — y los escrúpulos de mi sacerdocio me aconsejan solicitar una consulta médica. Los colegas del lugar son lo que la señora sabe. Sin embargo, me resigno a escucharlos, si la familia así lo dispone...

—No, doctor. Mendaña no quiere oír hablar de sus colegas; sólo tiene fe en usted.

—En ese caso...

Ignacito regresó a su casa restregándose las manos. Estaba sólo en el campo y con todos los vientos favorables. París corríale al encuentro.

Malgrado suyo, en la semana siguiente, imprevistamente, el enfermo presentó mejoría. ¡Curaba, el tonto! Ignacio palpitó que unos quince días más que la reacción se mantuviera, Mendaña se pondría de pie. Echó cuentas: treinta visitas, treinta inyecciones y tal y tal: tres contos. ¡Una miseria! Si muriese, ya el asunto variaba de aspecto; podría exigir veinte o treinta contos.

Una costumbre de aquellos tiempos, de los médicos astutos, era hacerse herederos de los clientes. Servicios pagados con centenas de mil reis en caso de cura, en caso de muerte se reputaban por contos. Si resistían el pago los interesados, la cuestión se ventilaba en los tribunales a la base de arbitraje. Los árbitros, oficiales del mismo oficio, sostenían la pretensión, por compañerismo, arguyendo en latín: *Hodie mihi, cras tibi*, cuya traducción facultativa es: disponte a hacer lo mismo que yo también tengo en vista mi jugada.

Ignacio ponderó todo esto. Midió pros y contras. Consultó acuerdos. Y tan absorbido le tuvo el problema que por la noche, en la ventana, se dejaba estar hasta altas horas, sumergido en cavilaciones, sin alzar los ojos hacia la Berenice estelar.

*
* *

Lo que su cerebro pensó nadie lo sabrá jamás. Las ideas tienen, para esconderlas, la caja craneana, el cuero cabelludo, las greñas; eso por arriba; por el frente, tiene la mentira de la mirada y la hipocresía de los labios. Así atrincheradas, ellas, ya de suyo inmateriales, son inexpugnables a la argucia ajena. Y va en ello la poca felicidad existente en este mundo sub-lunar. A ser posible leer en los cerebros, como se lee en el papel, la humanidad se crisparía de horror ante sí misma...

Positivo como era Ignacito, suponemos que pusiera en ecuación el problema de las dos vidas.

Primera hipótesis:

Cura del mayor = 3 contos.

Tres contos = Itaóca, estagnación, etc.

Segunda hipótesis:

Muerte del mayor = 30 contos.

Treinta contos = París, Ivonne, Bois...

Después de esta sólida matemática, esta contundente filosofía: la muerte es un preconcepto. No hay muerte. Todo es vida. Morir es una transición de un estado a otro. Quien muere se transforma. Continúa viviendo.

inorgánicamente, transmutado en gases y sales, u orgánicamente, hecho luciérnagas, necróforas y una centena de otras viditas revoloteantes. ¿Qué importa a la armonía universal de las cosas, esta o aquella forma? Todo es vida. La vida nace de la muerte... Yo necesito, *quiero* vivir mi vida. ¿Hay obstáculos en el camino? ¡Los hago a un lado! Es tan sencillo...

Quedemos por aquí. Estos soliloquios mentales son espantosos cuando se los descarna de la bendita pulpa de la hipocresía.

¡Hipocresía! ¡Qué costra preciosa eres! ¡Y cómo te injurian... los hipócritas!

Quedemos por aquí.

No hay tiempo que malbaratar con el amoralismo, porque el mayor Mendaña empeoró súbitamente y allá agoniza. Murió. El certificado de defunción bautizó la *causa-mortis* de flegmatitis aguda con nefritis elipsoida. Podía haberla bautizado de embolia siderúrgica, flegmatitis neuroasnatintética, estupor granuloso peristáltico, o cualquiera otro de los cien mil modos de morir en griego. Murió, y está dicho todo.

Murió y el doctor Ignacito presentó un cuentón que alcanzaba a treinta y cinco contos (39).

Los herederos resistieron el pago. Muévase el carricoche desgonzado que llaman Justicia, con mayúscula, (aún no se ha descubierto por qué). Se agita el palabrerío notarial. Salen de los estantes apolillados los juristas romanos.

(39) Aproximadamente unos veinte mil pesos argentinos.

Se procede al arbitraje.

Los árbitros son Fortunato y Moura, quienes se dijeron entre sí:

—¡Qué bellaco! ¡Mata al enfermo y encima quiere heredarle! La asistencia, cara y mala, no vale cien mil reis (40). Pongamos doscientos. Pongamos un conto, o tres. Pero treinta y cinco, ¡es ser ladrón!

En su laudo, empero, encontraron que la cuenta era relativamente módica, sin decir relativa a qué.

La Justicia se engulló aquel papel, uniolo con otros ingredientes de práctica y al cabo parió un pequeño monstruo llamado sentencia, el cual ordenaba a la herencia aliviarse de treinta y cinco contos en provecho del médico, con más las costas del bodrio forense.

Ignacito embolsó los cuartos, y reconcilióse con sus dos colegas que, después de todo, no eran las acémilas que suponía.

—Colegas, lo pasado, pasado; ahora, en la vida y en la muerte.

—Pues está visto — respondió Fortunato. — Tontera suya fué romper lanzas contra quienes le ayudan en el negocio. El compañerismo: ¡he ahí nuestra gran fuerza!...

—Tiene usted razón. Niñería mía, ilusiones, vanidades que la edad cura.

(40) Sesenta pesos.

*

* * *

¿Qué más? ¿Que alzó el vuelo hacia París? Pues está claro. Voló, y allá está, bajo el palio de la greña astral, paseando con Ivonne por el *Bois*.

A su padre escribió:

“¡Esto sí que es vida! ¡Qué ciudad! ¡Qué pueblo! ¡Qué civilización! Concurro cotidianamente a la Sorbona a escuchar las lecciones del gran Doyen, y opero en tres hospitales. No sé cuándo volveré. Quedaré aquí durante los treinta y cinco contos o más, si mi padre creyera conveniente auxiliarme en este perfeccionamiento profesional”.

¡La Sorbona! La Sorbona es, quizá, algún “paraíso” de Montmartre, donde comparte con el *apache* de Ivonne el día de la muchacha.

¿Y los tres hospitales? ¡Vamos! Los tres *cabarets* más en boga.

No obstante, el padre caviló en ello ahito de orgullo, aunque pesaroso: “¡qué pena que no viviera su Joaquina para que contemplara las alturas en que se cernía su Nico, el Nico de los pajaritos destripados...! ¡En París!... ¡En la Sorbona!... ¡Discípulo del célebre Doyen, el grande, el inmenso Doyen!...”

Enseñó la carta a los médicos reconciliados.

—Esto de hospitales — gimió el envidioso Fortunato — es una mina. Dá renombre... Para poner en los anuncios, es de primera.

—¿Y Doyen, eh? — murmuró baboso el embebecido padre. — No hay como apropiarse a las celebridades...

—Así es — concluyó Moura lanzando una mirada a Fortunato en un comentario mudo a aquel mirífico “apropiarse”.

Y ambos vaciaron, a un mismo tiempo, las copas de cerveza conmemorativa, mandadas servir por el bienaventurado coronel.

*

* *

—¿Y la conciencia? — preguntará con indignación algún megaterio, lector de Hugo y de Sué, contemporáneo del remordimiento, del dedo de Dios y otras antiguallas fósiles.

—Duerme el sueño del arcaísmo en el fondo de los diccionarios, responde con su risa metálica nuestro apreciado amigo Mefistófeles, desde dentro de un Fausto de cualquier edición.



BUCOLICA

¡Tanta lluvia ayer...! ¡el viejo cedro del potrero tronchado! ¡Y hoy, qué mañana!

La naturaleza rociada tiene la frescura de una criaturita que acabara de salir del baño.

Todavía vagan rollos de cerrazón en los barrancos. El sol, asomado ya, y ella con tanta pereza para recoger las telas de neblina...

La vegetación, toda exudando rocío, irisada de gotas que caen, al temblor de las hojas, sonrío como en éxtasis.

Hay en cada renuevo hojitas de esmeralda tiernas, brotadas durante la noche. La mano del viandante no resiste: las coge al paso porque es un placer mordiscar su pulpa suave.

¡Dios mío, cuántos arañoses en el césped! En los tallitos de la gramilla, en la hoja de pasto, grandes y pequeñitos, todos delicados de dibujo, como tejidos con hilo de seda...

La noche se complace en agrumar en ellos millones de diamantitos que la luz de la mañana irisa,

Margaritas amarillas por todas partes. Y blancas.
Y tanta flor sin nombre...

Son, pobrecitas, la plebe humildísima.

La nobleza floral habita en los jardines, esplendiendo colores de danza serpentina en lujuriosas formas de odaliscas.

La duquesa Dalia, su majestad la Rosa, el samurai Crisantemo... ¡Cuánta hidalguía!

Bien lejos están de esta azulcita, poco más grande que una cuenta de rosario.

Sin embargo, en ésta advierto más alma.

Leo mil cosas en su modestia.

Luchó sin treguas con la tierra tramada de raíces concurrentes, con las heladas, con las langostas, con los animales hervívoros.

¡Qué tenacidad, qué prodigio de economía no representan esas pequeñeces de pétalos, y el perfume agreste que las oloriza, y el color — tentativa de azul — con que se atavían, las presumidas!

Recuerdan arrapiezas andrajosas, de saya exigüa y pies descalzos — flacas de hambre y rostros colorados por el fustigar del frío.

Sin embargo, tienen la belleza rústica de las cosas que jamás sufrieron la domesticación del hombre.

Las del jardín: esclavas de harén ¡pobrecitas!

Abono abundante, tierra suelta, tutores para el tallo, mil cuidados, cuidados del hombre para con la res que ceba...

Las del campo tienen el consuelo de morir libres en el tallo materno, al paso que las hidalgas, guillo-

tinadas por las tijeras, van a marchitarse en vasos o en ojales.

La fábula del lobo y del perro...

¡Qué aire! La gente de las ciudades, afecta a sorber un indecoroso gas hecho de lodo en suspensión en una mezcla de mal ozono y peor oxígeno, no conoce el placer saludable que es sentir los pulmones borbollantes de este fluido vital en estado de virginidad.

El oxígeno fresquito: elaborado en aquel momento por la vegetación lozana.

Rerpirarlo es sorber vida en el manantial.

Allí el río.

Ingás (41) desgajados desdoblán sobre él sus ramas, cuyas puntas rayan el espejo de las aguas.

Caen en la corriente flores muertas.

El río, hecho un esquife movedizo, las conduce amorosamente hasta el salto próximo; allí, irritado, las agita, las estruja, y ellas se tornan lodo.

Margina el río el camino, ora de ocre amarillo, ora violáceo; aquí un tunel bajo la verdura picada en lo alto de nesgas de luz; allí, descampado.

En los barrancos hay tronchos de raíces decepadas por el azadón, y cuevas de hormigas donde las golondrinas arman su nido.

(41) Leguminosa de espeso follaje que crece en los terrenos húmedos. Su fruta en forma de vaina es dulce y comestible.

Asoman habitaciones campesinas,

Allá, en el arroyo, lava ropa una mujer.

Rumor en el matorral: sale de allí, con leña en el hombro, una obrera.

—¡Buen día, misia Ana! ¿Qué es de Luis?

—En la chacra, el pobre.

—¿Sanó, entonces?

—¡Qué esperanza! Mejorcito. El panadizo es una fiesta!...

—Malva, misia Ana; malva cocida.

Bandadas de "baitacas", bulliciosas, sumiéndose entre el raizal de un macizo de árboles.

Mariposas amarillas en las pozas, fingen, dibujado en el agua, un ramo de ipé.

Un preá corta el camino. — ¡Agárralo, Vinagre!

Otro rancho allá lejos.

Habita en este Urunduva, un obrero palúdico.

Este demonio tiene en sus tierras la cosa más bella de la zona: la Painera Grande.

Me dirijo hacia allá.

Un sendero entre sembrados, un puentecillo, un vallado que saltar...

¡Héla ahí!

¡Qué maravilla!

Cubierta de flores color rosa parece una sola inmensa rosa crespada.

Picaflores como aquí, nadie viera tantos.

Millares, no digo; pero centenas, una centena por lo menos, zumban por allí,

Vienen de lejos todas las mañanas, mientras dura la fiesta floral de la painera madre.

Vuelan rápidos como el pensamiento, ora librados al aire sorbiendo una corola, ora trazando curvas veloces en escarceos de amor.

¡Qué lindo amor: alado, rutilante de pedrerías!...

Respiro un aire oloroso, endulzado, y permanezco embelesado viendo las flores que caen, remolineando.

Si sopla más fuerte la brisa, se desprenden en bandadas y recaman el suelo.

¿Urunduva?

Es él mismo. Amarillo, hinchado, arrastrando las piernas...

—¿Y, viejo? ¿Lo mismo?

—Mejorcito. La quinina es remedio.

—Así es: quinina, quinina.

—Es, pero... está cara, patrón. Un frasquito así: tres cruzados. Me parece que voy a tener que vender la painera.

—?

—Pancho Sebastián dá diez y ocho mil reis y un caponcito. Como este año carga buenas arrobas de paina, quiere aprovechar. La derriba y...

—¡La derriba!

—La derriba y...

—¿Por qué no coje la vara?

—No vé que es más fácil derribarla...

—¡La derriba!

Huyo de allí, con ese horrible són aturdiéndome la cabeza.

Aquella palúdica ambulante es “dueña” del árbol.

Ese Urundava está clasificado en el género “hombre”.

Goza de derechos.

Es el rey de la creación, y dicen que fué hecho a semejanza de Dios.

—¡La derriba!

Sembrados de maíz.

La tierra calcinada, con las cenizas escurridas por el aguacero de la víspera, muestra un énjambre de trozos carbonizados. y árboles sin hojas ennegrecidos hasta la mitad del tronco, y maderámen en carbón.

En medio, hondonadas de maíz despuntando ya en hojas tiernas.

Más allá, porotos. El terreno despejado, color de sepia, puntillado por el verde de las plantitas recién brotadas, recuerda el percal de las viejas: las viejas acostumbran a vestir percales oscuros con pintas verdes.

Estas son las tierras de María Veva.

Tiene mala fama esta mujer cotuda. Mala, hasta allí; dicen.

Su marido ¡pobre! un tonto que anda del cabresto: Pedro Espinazo.

Se ganó este apelativo desde una mentada fiesta en que su mujer lo zurró con el espinazo de un cerdo.

Allá viene él, con su vieja carabina.

—¿Vá de caza?

—¡Ojalá! Voy a tratar el entierro.

—¿Entierro?

—Pues, se murió la pequeña, Anita.

—¡Pobrecita! ¿De qué?

—¡Qué sabe uno! Murió de... muerte.

¡Estúpido!

Sin querer rumbéo hacia su vivienda. No me gusta la Veva. Es horrorosa: labios hundidos, mirar oblicuo, sucia, y ¡aquel coto!

—¿De modo, misia Veva, que murió la pequeña? Lo acabo de saber por Pedro...

—Murió.

¡Qué sequedad!

—¿Y de qué murió?

—Sabe Dios de qué.

¡Peste! ¡Y con qué dureza me mira la muy atrevida!

Me siento mal en su presencia.

—¡Adiós, Sycorax!

Para algo ha de servir la literatura.

Enfilo el camino, entristecido.

La mañana ha avanzado; cruda ya de luz.

El sol estúpido, el azul irritante.

¿Qué es de los arañoses?

Se sumieron con el rocío que los hace visibles.

Invisibles ahora atrapan los incautos insectos que misia Veva Araña devora.

El paisaje ha perdido el encanto de la frescura y de la bruma.

Es un lugar común.

No veo flores ni pájaros.

El exceso de luz diluye las flores, el calor oculta las aves.

Sólo un carancho resiste al recalmán sobre la rama de una peroba, acechando a los pichones de Urunduba, el rapiñante.

Un bulto.

Es una mujer.

¿Será la Ignacia?

Trae un lío sobre la cabeza.

Es ella, la negra agregada al rancho de los Espinazo.

—¿Y, muchacha?

—¡Ah, niño! Me han echado. Alguno se compadecerá de la vieja. En casa de aquella peste cotuda ¡ni un día más! Prefiero morirme de hambre.

—¿Qué pasó?

—¿No sabe que se murió la pequeña? Pues, 'eso; murió. Murió la pobre, sólo porque ayer, esta negra, fué a la chacra de Liborio y la lluvia me agarró allá. Si hubiera podido adivinar...

—¿Pero, de qué murió la pequeña, hija de Dios?

—¿Sabe de qué murió? Murió... ¡de sed! Murió, sí! Lo juro; me mate un rayo si la pobrecita no murió...

Y los sollozos le cortaron la voz.

—... de sed! ¡Dios del cielo, lo que la gente no vé en este mundo!

La pequeña era lisiada y la madre mala como una yará.

Solía decir a menudo: ¡Mala peste! ¿por qué no te mueres? Boca inútil, que no hace más que tragar, ¡estira la pata, de una vez!

Eso decía la madre. ¡Madre, eh!

La negra Ignacia, mientras tanto, vivía allá para cuidar de la pequeña. Ella era quien la vestía, aseaba y amañaba algún platito para aquel pajarito enfermo.

Siete años así.

¡Excelente negra!

—Hace cosa de tres días, la agarró un mal, dolor de cabeza, calentura, calentura. Le dí té de manzanilla, nada; le dí cedrón, nada. Siempre la calentura de la fiebre. Entonces me dije: el compadre Liborio es buen curandero. Voy allá y traigo un remedio. Fui — es lejitos, como tres cuartos de legua — fui, me dió el remedio, ¿pero quién dijo de volver? ¡Un aguacero...! Dormí en lo de Liborio. Hoy, de mañana, me vine...

Entré contenta, pensando: la pobrecita ha de sanar. Apenitas puse el pié en el cuarto, doy con la pequeña estirada sobre la estera, fría. ¡Anita! Cuando ví bien que estaba muerta, ¡ah! niño, berreé como nunca lo hice en mi vida.

—“Ña Veva, cómo murió Anita, cuente!

Ña Veva quieta, torcía la boca. Una piedra. No dijo nada. Caí sobre la pequeña, la besé, lloré. En esto sentí un codeo: era Zico, aquel negrito ¿sabe? Lo miré; me hizo un gesto de querer hablarme afuera, lejos de aquella... iguana. Allá me contó todo. La pequeña, desde que me fuí empeoró, pero quietita siempre. Allá a la media noche gemía...

—“¡Calla la boca, peste — gritó desde el otro cuarto la madre”. ¡Madre! ¡Vea usted!

—“¡Quiero agua, madre!”

—“¡Calle la boca, peste!”

La pequeña calló. Más tarde gimió otra vez, bajito.

—“¡Quiero agua! ¡Quiero agua!”

Nadie se movió.

—¿Y tú, negrito canalla, por qué no socorriste a la chica? — “¡No vé! Yo conozco a misia Veva”. No Pedro, aquel inútil, estaba con la borrachera de todos los días. Nadie, en la casa, para socorrer a la enfermita. Ella... un llantito todavía, después, nada más. Por la mañana....

Las lágrimas se deslizaban en hilo por el rostro de la Ignacia, y sollozos de dolor entrecortábanle las palabras.

—Por la mañana hallaron a la pequeña muerta, en la cocina, junto al pote de agua. Se arrastró hasta allá, el angelito, que ni moverse podía en su cama, ¡y murió de sed junto al agua!...

—¡Quién sabe si...!

—¡No bebió, no! El pote estaba sobre el cajón; quedaba muy alto, y el cucharón de coco estaba, tal cual, en el sitio de costumbre. ¡No bebió, no! ¡Murió de... sed, el angelito!

Se enjugó las lágrimas en la manga.

—Ahora me voy a lo de Liborio. Si él quiere, me quedo. Si no, soy muy capaz de tirarme en ese río. Este mundo no vale la pena...

El sol a pique.

Desanimo, lasitud infinita...



EL ARBOL MATADOR

Copas de árboles por arriba y quebradas por abajo, la sierra del Palmital oscurece por el bosque virgen, sombrío y húmedo, tramado de lianas, atestado de tacuaras, con grandes árboles viejos en cuyos troncos y ramas trepa el *cipó*, escurre la "barba de árbol" y el musgo se adhiere.

Quien suba del valle, traspuestos los matorrales de la base, al emboscarse de pronto en el frío túnel vegetal que allí es el camino, inevitablemente estornuda. Y si es hombre de ciudad, desafecto a los aspectos bravios del desierto, después del estornudo abre la boca estupefacto ante la arboleda. Se extasía ante la copa graciosa de los "samambaiussús", semejantes a las palmeras, ante las mariposas azules, ante las orquídeas, los líquenes, todo.

Sofrena el animal sin sentirlo; pero no se detiene. Va a parar más adelante, en Volta Fría, donde un chorro de agua hleada, fluyente por entre piedras limosas, lo invita a beber un trago recogido en una hoja de *caheté*. Bebida el agua, y expresado que en

las ciudades no hay como aquella, apresa su mirada el soberbio "mata-árbol" que limita el socavón de la barranca.

—¿Qué demonios de árbol es éste? — inquiriere del guía, asombrado una vez más.

Y razón tiene para detenerse, admirar e inquirir, porque es dudoso que exista en aquellas lejanías un ejemplar más truculento de *gamelleiro*.

De mí sé decir que hice las tres cosas.

El guía me respondió a la tercera:

—¿No vé que es un "mata-árbol?"

—¿Y qué viene a ser el "mata-arbol"?

—¿No vé que es un árbol que mata a otro árbol? Empieza ¿quiere ver cómo? — dijo escudriñando la fronda con mirada aguda en busca de un ejemplar típico.

—¡Allí hay uno!

—¿Dónde?

—Aquella insignificante planta, allí, en la horqueta del jacarandá—prosiguió el cicerone, señalando con el dedo el extremo de una parásita humilde, pegada en la horquilla de una rama, con dos filamentos pendientes, oscilantes a la brisa. — Empieza así, chiquitito, media docena de hojitas; echa hacia abajo ese hilo de braman-te con el propósito de tocar en tierra. Y va yendo, siempre en aquello, ni más ni menos, hasta que el hilo toca el suelo. Entonces el hilo envuelve la raíz y chupa la sustancia de la tierra. La parásita toma aliento, y crece vertiginosamente. El hilito engrosa cada día, se hace cordel, se hace cuerda, se hace árbol, y acaba en-

volviendo el tronco y matando a la madre, como este *guampudo* — terminó golpeando el árbol parásito con el cabo del rebenque.

—¡ En efecto! — exclamé. — ¿ Y el árbol lo deja? ...

—¿ Y qué es lo que ha de hacer? El muy bobo no desconfía. Cuando vé en su rama una cosita así de cuatro hojitas, se imagina que es una orquídea y no se percata. Del hilo, piensa que es *cipó*. Cuando la malvada cobra aliento y empieza a engrosar, es cuando el árbol siente el dolor de las apreturas en la corteza. Pero es tarde ya. De ahí para adelante, el poderoso es el mata-arbol. El arbol muere y deja su madera podrida dentro del otro.

Era eso mismo. La madera gruesa y robusta de la planta facinerosa, envolvía un tronco muerto, deshaciéndose en carcoma. Véíase por encima de su corteza, intervalados, los terribles cordones estranguladores: hoy inútiles, desempeñada ya su misión constrictora, esos anillos yacían flojos y atrofiados.

Imaginación envenenada por la literatura, pensé de pronto en las serpientes de Laocoonte, en la víbora calentada en el seno del hombre de la fábula, en las hijas del rey Lear, en todas las figuras clásicas de la ingratitud. Pensé y callé, tan simple era mi compañero, puro de los vicios mentales que inoculan los libros. Montamos de nuevo y partimos.

No lejos de allí la sierra derivaba en llanura y decrecía el monte en matorrales nuevos. En medio de él, en un terreno pelado, muéstrase una tapera. Reverdece una trepadora sobre el cercado en ruina de la

quinta, donde algunos naranjos languidecían apestados, y una que otra planta doméstica agonizaba, atormentada por el yuyal sofocante.

—La vieja vivienda de Elesbón, de Queixo d'Anta — me explicó el vaqueano.

—¿Abandonada? — pregunté.

—¡Qué años hace! Desde que lo asesinaron, está así.

Presentí una historia interesante.

—¿Lo asesinaron? Cuento cómo ha sido eso.

El guía relató el suceso que a continuación traslado con la mayor fidelidad. Lo mejor de él evaporóse: la frescura, la sencillez, la ingenuidad de un hecho narrado por quien nunca aprendió los pronombres y que por ello narra mejor que cuantos por ahí maman literaturas enteras y gramáticas, en el ansia de adquirir estilo.

Grandes folletinistas andan perdidos por ese mundo de Cristo, entre la gente del campo, ingramaticalísima si se quiere, pero pintoresca en el decir como ninguna.

*

* *

Elesbón vivía con su padre en Queixo d'Anta, donde nació. Cuando hubo engrosado su voz, dijo al padre:

—Padre, quiero casarme.

El padre miró a su hijo pensativamente y luego habló:

—El pajarito cría las plumas para volar. Si te consideras ya un hombre, cástate.

El muchacho le pidió que pusiera a prueba su hombría.

Su padre reflexionó, y dijo:

—Bien. Derrumba, sin tomar aliento, el *yatahy* de la barranca.

Elesbón afiló el hacha, se arremangó e hirió el árbol. En tono acompasado, batió de firme la mañana entera. A la hora del almuerzo el “pam, pam” continuaba sin desmayo.

Solamente cuando el sol aplomó sus rayos, el árbol gimió el primer crujido.

—Está tumbado — dijo el padre que se había aproximado al hijo, exhausto, pero victorioso. — Puedes casarte. Eres hombre.

*

* *

Elesbón tenía los ojos puestos en una muchacha de los alrededores, hija de un constructor de canastas de mimbre, Juan Poca: Rosita, una flacuchita llena de purulencias en los párpados, feucha como una espiga de maíz malograda.

—Padre, yo quiero a Rosita Poca.

—Cástate. Pero escucha lo que te voy a decir: los Pocas no son buena gente. Los machos todavía pueden pasar: Juan es un infeliz, José no es mala carta; pero las polleras nunca valieron nada. La madre de

Rosa ha dado que hablar. El naranjo agrio no da naranja dulce. Piénsalo.

—Padre, el futuro es de Dios. Quiero casarme con Rosita.

—Pues, cástate.

Resuelto firmemente, Elesbón trató de establecerse. Arrendó el terereno de la tapera, sembró, desmontó, quemó, plantó, armó una choza. Una vez rebocadas las paredes, pidió a la muchacha, y se casaron.

Rosa sólo lo era de nombre. Era su cuerpo simple botón invernizo de esos que detienen su desarrollo a los fríos extemporáneos de mayo. Ojos enrojecidos, nariz remangada, como la de la madre. Fea, pero de una fealdad que el tiempo a veces compone. Tal vez fiara en ello el novio.

Elesbón, firme en el trabajo, prosperó. Al cabo de tres años de labor, era ya ocupante de la finca con moliendas de maíz, trapiche de caña y rallador de mandioca, con dos peones, además.

Hijos, hasta entonces, ninguno, y eso entristecía la casa. Se resignaban ya al vacío de la esterilidad, cuando, cierta noche, oyeron los gemidos de una criatura en el patio. No es para contado el terror de ambos, que aquello era ciertamente el alma en pena de un niño muerto sin cristianar. Como el alma en pena continuase berreando con pulmones muy de la tierra, y cada vez más, Elesbón dudó del brujerío, encendió una brazada de paja y echóla afuera por la ventana. El patio clareó un buen rato, y ellos, a través de los barrotes,

vieron a corta distancia, una criatura gateando y que berreaba con la desesperación de quien es de este mundo.

—¡Pues es una criatura de verdad! — exclamó él saliendo de un asombro y entrando en otro. — ¿Y ahora?

—Hay que recogerla — dijo Rosita, cuyo instinto de mujer sólo veía en el hecho un pobre ser abandonado al relente, que reclamaba amparo.

Lo recogió Elesbón, deponiendo al llorón en los brazos de su mujer, que lo estrechó a su seno, calmándolo, de paso que “tranquilizaba” al marido proponiéndole:

—Si la madre no apareciera, criaremos al niño. Hace tanta falta un lloriqueo en la casa...

Al día siguiente batieron la vecindad en indagaciones, sin lograr la menor explicación del caso extraño. Consultado el padre de Elesbón, repuso:

—No es bueno criar hijo ajeno.

Pero como el consultante pusiera cara de vacilación, enmendó filosóficamente:

—Tampoco es caridad abandonar a un abandonado. Y quedó en eso.

Rosa conservó al pequeño criándolo con leche de cabra y sopitas. El niño, empero, a medida que crecía, iba poniendo al desnudo la mala índole congenital. No prometía nada bueno.

—Bien lo previne — dijo el viejo un día que Elesbón se quejaba de la ruín casta del recogido.

—Padre, también dijiste que no era caridad abandonar a un desamparado...

—Verdad es — confirmó el filósofo campesino, callándose.

*

* *

Manuel Hallado era el nombre del muchachuelo. Como tuviera ojos gateados y cabellos rubios como el pelo del choclo, denunciadores de su origen extranjero, pusieronle los vecinos el apodo de Ruso. Ganó fama de holgazán y era refinado, enemigo del arado y el hacha, afecto tan sólo a trapacerías de todas las. Amado por Rosa como hijo, hurtábalo a la saña del marido, ocultando sus bellaquerías, pues Elesbón amenazaba siempre con enderezarlo a fuerza de *rabo de tatú*. Nada pudo, sin embargo, corregirlo. A los diez y ocho años el Ruso era la peste del lugar, hostilizador de las gentes pacíficas y traicionero con los valientes.

—Es un perverso completo! — decían de él en el pueblo.

Por aquellos tiempos frisaba Rosa los treinta años. Como no la destruyeran los hijos, ni ella se destruyó en groseras labores de chacra, valía mucho más que cuando chiquilla. El tiempo le curó la conjuntivas y la buena vida le dió carnes. Se compuso de tal manera que todo el mundo celebraba su mejoramiento.

—Nadie pierda la esperanza. Miren a la mujer de

Elesbón, aquella Rosita arruinada, cómo está de graciosa!

Su belleza fincaba en la salud de sus ojos y en su gordura. En el campo, gordura es sinónimo de belleza; gordura y ojos azules "como cuenta de collar"... Además de eso, Rosa cuidaba de sí misma. Se tornó graciosa. Siempre aseada, vestida con buenas ropas, cabellos bien alisados hacia atrás, trenzados en un rodete lustroso merced a cierta pomada de lima, no había en los contornos guapetona así, ni mocita de hacienda con padre coronel.

Sus relaciones con el Ruso, maternas hasta entonces, comenzaron a cambiar de rumbo, como quiera que empezaba a espigar en hombre el muchacho. Al fin degeneraron en amores, medroso al comienzo, descarado al fin. La mala ralea de los Pocas, desmentida en el decurso de la primavera, se reafirmaba al fin en plena sazón calmosa.

¡El verano de los Pocas! ¡Qué estación!

Todo trasciende. Trascendió a los contornos el feo asunto de aquellos amores. Buenas y malas lenguas, murmuraban el cuasi incesto.

El que de nada jamás sospechó fué el honradísimo Elesbón, y como a la puerta de sus oídos se detenían los rumores del mundo, la vida de las tres criaturas deslizábase en el tono manso a que se da el nombre de felicidad.

Fué cuando cayó en cama el padre de Elesbón, enfermo de vejez. Hizo llamar a su hijo, y díjole con voz de quien está con un pie en la sepultura:

—Hijo mío, abre los ojos con tu mujer.

—¿Por qué hablas así, padre?

El anciano oyó el rum-rum de la vida mala; vacilaba, sin embargo, en abrir los ojos al infeliz ridiculizado. Paseó la mano trémula por la cabeza del hijo, acariciándola, y murió sin añadir una palabra más. Siempre fué amigo de las reticencias, el buen viejo...

Elesbón regresó a su casa con aquella advertencia barrenándole los sesos. Pasó días pensando en ello, levantando hipótesis, con la cara contraída.

Viendo a su marido así cambiado, ríspido de afable que era, Rosa se puso en guardia. Llamó aparte al Ruso y le dijo:

—Desde que el padre murió, Elesbón anda como víbora que ha perdido el veneno. Pero no es de pena. ¡Desconfía!... A veces me echa unas miradas que me *yela* el corazón!

Manuel cogióse el mentón y reflexionó. Continuar en aquella vida era arriesgado. Irse, peor; nada suyo tenía, y trabajar para otro, no rezaba con él. Si Elesbón... muriese...

No se sabe si hubo arreglo entre los amantes. Pero Elesbón murió. ¡Y de qué manera! Un día que fué a la villa próxima, al regresar, así como al oscurecer, cayó de bruces en el paraje de Volta Fría, bárbaramente degollado. Descubrieron su cadáver por la mañana, junto al mata-árbol. La justicia, ¡pobrecita! tanteó aquí y allá, en una gran ceguera... Se desconfió del Ruso; pero ¿qué pruebas? El Ruso era,

más listo que el comisario, que el fiscal, que el juez, hasta que el párroco de la villa, un Padre que gozaba fama de ver a través de las paredes.

La viuda lloró como palo gomero, fuese de sentimiento, de remordimiento, o para engañar a las gentes. Quizás sin cálculo ninguno, por los tres motivos.

Manuel permaneció en la casa. Vivían como madre e hijo, decía ella; como marido y mujer, murmuraba el pueblo.

La finca, en tanto, empezó a desmedrar. Comían de lo sembrado, sin recordar de poner en la tierra nuevas simientes. El joven ambicionaba vender los bienes para meterse en el Oeste; y, como Rosa se resistiera, dió en maltratarla. Estos amores tardíos, sin embargo, son como la vid: cuanto más la atormentan, mejor reviven. A las brutalidades del Ruso respondía la viuda con redoblados cariños. Su corazón maduro, donde el verano en decadencia anunciaba el próximo invierno, llameaba en fuego bravío, de esos que hacen estallar los tacuarales intrincados. Eso vengaba a Elesbón, ese amor sin suerte, sin medida, dos veces criminal sobre sacrílego, y, lo que era peor, repudiado por el facineroso ya harto.

—¡Vieja carcasa! ¡Traste de difunto! ¡Argana de burro!

No había insulto, con la gota de veneno en la nota de la vejez, que no le descerrajese el ingrato.

Rosa desmereció al galope. ¡Adiós gordura! ¡Gra-

cia otoñal, adiós! Sayas lindas y almidonadas, rodete lustroso trascendiendo a lima, todo se fué!

Los vecinos comentaban:

—El Ruso acaba con ella, como acabó con el marido. ¡Bien hecho!

Voz del pueblo... Un día el Ruso amenazó con abandonarla si no vendía todo, inmediatamente, y la pobre mujer dió al bandido esa postrera prueba de su amor. Vendió por una bicoca lo que quedaba de lo acumulado por el trabajo del finado, las molindas, el cañaveral, la casa... Y convinieron para el día siguiente la emigración hacia la tierra roja.

Aquella noche, a altas horas, Rosa despertó sofocada por la humareda. La casa ardía. Salta como una loca del jergón y clama por el Ruso. Nadie responde. Corre a la puerta y la encuentra cerrada por fuera. El instinto le hace coger el hacha y derrumbar las débiles tablas. Rueda al patio con las ropas incendiadas, se precipita en el estanque y, libertada de las llamas, cae inerte hacia un lado, justamente donde, veinte años atrás, viera al abandonado llorando al re-lente...

Cuando, de mañana, unos caminantes la recogieron, estaba con los ojos hinchados y muda. Fué con-diadas, se precipita en el estanque y, libertada de las quemaduras; pero nunca más de la razón. Fué feliz, Rosa. Enloqueció en el momento preciso en que se le tornaba la vida un verdadero infierno.

El Ruso... El Ruso se alzó con el dinero. Dicen

unos que recorre el Oeste como ladrón de caballos. Otros aseguran que está establecido y que prospera. Yo estoy con esta opinión, y todavía he de verlo coronel, consejero municipal, ¿quién sabe? ; Me parece un sujeto llamado a altos destinos!

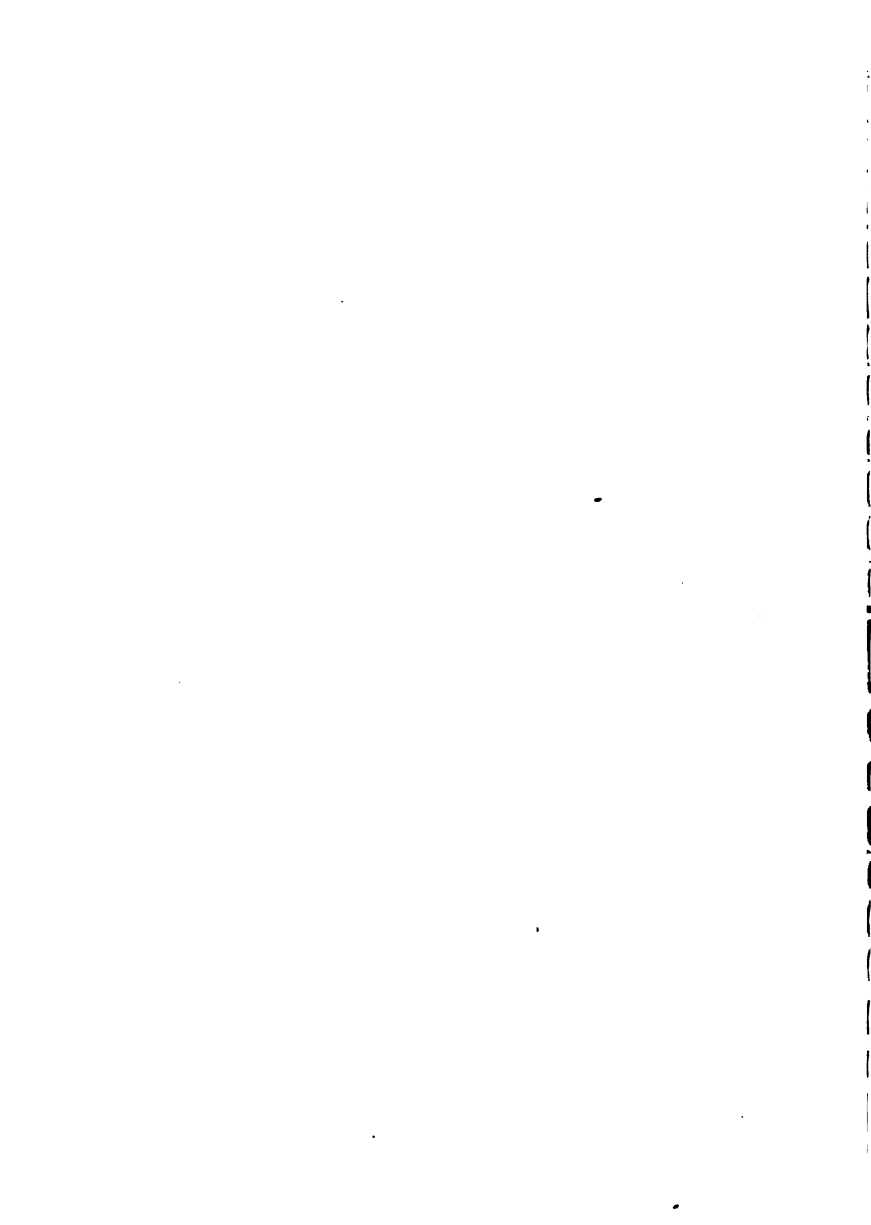
Aquí terminaba la historia de Elesbón, tal como la sabía mi baqueano. Un crimen vulgar como los hay en la campaña por decenas, si el recuerdo del mata-árbol no lo colorease con tintas de símbolo.

—¿No es sólo en el monte que hay mata-árboles!...
—dije filosóficamente a guisa de comentario.

El guía medio se detuvo un momento como quien no entiende. Luego aclaró el semblante con aire de quien ha entendido y saboreado.

—No es por alabarlo; pero usted acaba de decir una palabra que merece ser escrita. ¡Es tal cual!

Y calló, con la mirada fija, pensativo...



BOCA-TUERTA

Los fidelísimos portugueses del siglo XV y adyacencias, legaron a los mundos descubiertos el hábito de atribuir a los santos una tarea onomástica algo discordante con las funciones hagiológicas de la corte celestial.

En un comienzo fueron las tierras recién holladas y con ellas las islas, los golfos, las playas, las montañas y todo lo demás que se relaciona con el relieve geográfico, que recibían nombres extraídos de lo alto.

Luego las ciudades incipientes se bautizaron en las mismas aguas, y las calles, y los callejones infectos, las panaderías, tiendas y otros lugares donde se hurta en el peso.

No paró allí la manía. Descendió a las menudencias domésticas hasta dar en la cachiporra de "guatambú", chamuscado al fuego, el cual se tornó en San Benito, y el arzón de las sillas de montar que todavía hoy se llama San Antonio.

Esto, en el fondo, quizá, conmueva de lágrimas al

calendario; pero no deja bien parados a los santos varones. No valió la pena, al primero, padecer tormentos beatificadores para descender a la tierra transformado en un leño, y andar por allí, en los disturbios, levantando "chichones" en el mate de los apaleados. Ni al segundo, obrar el milagro de los peces para acabar, al fin, en amparo y sostén de malos cabalgadores en trances de corcovos.

Las viejas haciendas no escaparon a la práctica. Rara es la que toma nombre de algún estigma peculiar topográfico, escapando de esa manera a la santificación. Las hay, sin embargo, y entre éstas la hacienda del Atolladero, propiedad del mayor Juan Lucas.

A un cuarto de legua del arrabal del mismo nombre, sus quinientos alqueires de buena tierra vienen a morir a espaldas del poblado, junto al pequeño cementerio tapialado.

Entre éste y un trecho de monte virgen dormita, panza arriba, el atolladero que hizo burla a los santos. Abismo de traicionera arcilla negra flanqueado por monte de nudosos árboles pantaneros y esbeltas plantas acuáticas de lozano follaje erectil como dagas verdes que las brisas entrechocan. Por la inflorescencia, largos tallos se levantan a plomo, sosteniendo en el ápice un cartucho color rosado que, madurado, se deshace en paina revoloteante. Entre sus tallos salta la *canastita* (42) arisca, de largo pico, y a saltitos por las flores

(42) Especie de ánade.

la *corruira do brejo*, cuyo nido panzudo se eriza, atestado de agujones, en los espinillos marginales.

Fuera de eso, ranas, escuerzos pensativos y, coleando velocísima en las pozas verdosas de algas, la *tarrarira* (43), el voraz tiburoncito del lodo. Un brezal, en fin, como cien otros.

Lo caracteriza, sin embargo, la profundidad. Nadie, al verlo tan calmo, se imagina el abismo traicionero oculto en su verdura. Dos, tres varaes de bambú, añadidos que intenten alcanzar su fondo, se hundan en su lodo sin hacer pié.

Aparte de algunos animales sumidos en él, se refiere el hecho trágico del portugués que, en el afán de salvar un borrico atascado allí, se vió tragado lentamente por el lodo maldito. A partir de entonces quedó el atolladero grabado en la imaginación popular como una de las bocas del mismo infierno.

Traspuesto el abismo la vegetación toma cuerpo hasta constituir el monte, en cuyo seno serpentea el camino real de la hacienda.

En la mañana de aquel día pasó por allí el tiburón del mayor, de regreso de la ciudad.

Además del viejo, de su mujer doña Ana y de Cristina su hija única, vino, de paseo, el bachiller Eduardo, primo lejano y novio de la joven. Y en aquella hora, escuchaban en la galería, de boca del capataz Vargas, la noticia de lo ocurrido durante su ausencia.

(43) Pez que vive a flor de agua en los riachos y lagunas de aguas quietas.

Ya se había referido Vargas a los cultivos de café, a la recolección del maíz y abordaba la crianza de los animales.

—Chanchos, algunos se han perdido. Una chancha rabona y un caponcito manchado de los *polanchán* (44) hacen dos semanas que faltan. Para mí, nadie me lo quita de la cabeza, el ladrón ha sido el negro, tanto más que esos animales acostumbraban a alejarse hacia los brezos. Siempre digo que es necesario echar de allí a ese demonio de *lasariento*. Aquello ¡Dios me perdone! es un bicho perverso. Pero no *quierén* creerme...

El mayor sonrió. Vargas sustentaba una vieja ojoriza hacia el mísero Bocatuerta, y no despreciaba oportunidades de atribuirle maleficios y de estimular al patrón a correrlo de las tierras, porque aquello, ¡Virgen Santísima! ¡hasta embrujaba a la hacienda!

Eduardo indagó acerca del extraño personaje.

—Boca-tuerta es la mayor curiosidad de la hacienda. Hijo de una esclava de mi padre, nació el infeliz deforme y horrible, como no hay otro ejemplar en el mundo. Un monstruo. De tan feo que era huyó del mundo y hace años vive solitario, metido en el monte, de donde raras veces sale y sólo de noche. Las gentes cuentan horrores de él: que se devora a los niños, que es brujo, que tiene pactos con el demonio. Todas las desgracias ocurridas en el lugar corren de su cuenta. Para mí, no es sino un pobre diablo cuyo único

(44) Poland-Chine.

crimen es ser feo por demás. Perdió la medida, y está purgando un crimen que no ha cometido.

Vargas intervino, escupiendo con cara de asco:

—¡Si el niño le viera!... ¡qué bicho! ¡Es la cosa más asquerosa de este mundo!

—¿Feo como Cuasimodo? — preguntó el joven.

—A ese no le conozco, niño; pero juraría que el negro deja muy atrás a... ¿cómo es?

Eduardo se interesó en el asunto.

—Pero, Vargas, ¿feo, cómo? ¿Por qué, feo? Explíqueme esa fealdad.

Vargas, gran hablador cuando le daban cuerda, dijo, después de una corta pausa:

—¿Quiere usted saber cómo es el negro? Venga acá. Agarre un Judas de barro, defórmelo; cávele los bu-racos de los ojos, ponga al fondo de ellos dos brasas encendidas; meta el cuchillo entre los labios y vuél-quelos hacia afuera; arránquele los dientes dejando algunos trozos; tuérzale la boca de través a la cara; haga un cosa deforme ¡que Dios me perdone! Después, como dice el otro, vaya atormentando, vaya tor-ciendo las piernas, separando los pies. Cuando se canse, descanse. Corra el mundo buscando fealdades y aplique a este aborto las que encuentre. Cuando haya concluído agarre el judas y póngalo frente a Boca-tuerta. ¿Sabe lo que pasará? ¡El judas resultará bo-nito!

Eduardo soltó una carcajada.

—¡Exageras, Vargas; el demonio no es tan feo!

—¿Quiére usted saber? Contándolo no se cree. Aquello es una fealdad que, solamente viéndolo...

—En ese caso, quisiera verla. Un horror de esa marca bien se merece la caminata.

En esto apareció Cristina en la puerta, anunciando que el café estaba servido.

—¿Sabes? — la dijo el novio. — Tenemos un bello paseo en perspectiva: vamos a visitar a un gorila que, según Vargas, es el bicho más feo del mundo.

—¿Boca-tuerta? — exclamó Cristina con un resplandor de enojo en el rostro. — ¡Ni se hable de eso! Sólo el nombre de esa criatura pone escalofríos en el cuerpo.

Y refirió lo que ella sabía. Boca-tuerta había desempeñado un papel saliente en su imaginación. De pequeña, la amendrentaban las criadas con un cuco, y el cuco era el negro. Más tarde, de oír a los lugareños las historias de sus brujerías, cobró un inexplicable horror al noctámbulo. En el colegio, hubo épocas en que, noches y noches, la misma pesadilla la acometió: Bocatuerta la perseguía, y ella, en peligro, huía. Gritaba auxilio, pero su voz moría estrangulada en la garganta. Despertaba jadeante, exhausta, bañada en sudor frío. La curó el tiempo, pero la obsesión dejó vestigios en su alma.

¿Ir a verlo, ahora? ¿No sería eso provocar el retorno de las pesadillas a cuyo simple recuerdo se estremecía de terror?

Eduardo insistía.

—Pues es el medio de que te cures de una vez.

Nada hay como el aspecto crudo de la realidad para destruir los excesos de la imaginación. Iremos todos, en banda, y te aseguro que la piedad te hará ver en el espantajo, en lugar del monstruo, un mero desgraciado digno de tu compasión.

Cristina reflexionó unos instantes y:

—Es posible — dijo — Tal vez vaya; pero no lo prometo. En su hora, veremos... si hay valor.

La madurez del espíritu de Cristina marchitó la vivacidad neurótica de los terrores infantiles. Aún así mismo vacilaba. Renacía el antiguo terror, como revive la arrugada rosa de Jericó al contacto de una humilde gota de agua. Fastidiada de aparecer a los ojos del novio tan infantilmente medrosa, resolvió que iría; pero a partir de ese momento una imperceptible sombra anubló sus ojos.

Durante la comida se habló de las novedades del lugar, eternas novedades de aldea: Fulano que murió, Zutano que se casó. Se casó el boticario, y murió una niña de catorce años muy vinculada a la familia del mayor. Condolida particularmente doña Ana, no la sacaban de la idea.

—¡Pobre Luisita! Me parece estar viéndola, tan amable, cuando solía venir, en tiempo de jaboticabas (45), allí en esa puerta: “—Permiso, doña Ana?” —tan llena de vida, colorada por el sol... ¡Quién diría!...

(45) Fruta del árbol llamado jaboticabera.

—Y todavía, por añadidura, esa historia del cementerio... — intervino Cristina — ¿Ya supiste, papá?

Corrían por el lugar rumores macabros. El sepultorero, al siguiente día del entierro, halló la sepultura removida como si la hubiesen violado durante la noche, y notó en la tierra fresca huellas misteriosas de una "cosa" que ni era animal ni era gente de este mundo.

Ya en otra ocasión había sucedido una cosa semejante con motivo de la muerte de Luisita Esteves, pero todos dudaron de la integridad de los pobres sesos del seepulturero atolondrado.

Aquellos incrédulos no se mofaban ahora del visionario, porque el padre y otras personas de buen sentido llamadas a dar fe del hecho, lo habían confirmado.

Eduardo, imbuído del escepticismo bachilleresco de los jóvenes metropolitanos, se puso a reír a mandíbula batiente.

—La gente del campo, a una rama de árbol colgada en un barranco, transforma fácilmente por lo menos en un lobo-hombre o en una *mula sin cabeza* (46). Ese caso del cementerio: un perro vagabundo entró allá y rascó la tierra. ¡Ahí está todo el gran misterio!

Cristina objetó:

—¿Y los rastros?

—Los rastros! Apostaría que tales rastros son ras-

(46) Ser sobrenatural creado por la superstición campesina de ciertas regiones brasileñas.

tros del mismo sepulturero. Su terror le impidió reconocer las señales de sus propios cascos...

—¿Y el padre Lisandro? — acudió doña Ana, para quien un testimonio tonsurado era documento de mucho peso.

Eduardo carraqueó una risotada anticlerical y, trincando un rabanito, expectoró:

—¡Ahora el padre Lisandro! Pero, por el amor de Dios, doña Ana! El padre Lisandro es el mismo sepulturero de sotana y tonsura! A propósito...

Y refirió a propósito varios casos de aquel jaéz, los cuales con el correr del tiempo se explicaron, con gran estupefacción de los sepultureros y Lisandros respectivos.

Cristina escuchó, con el espíritu absorto en cavilaciones, la bella demostración geométrica. Doña Ana convino, de labios afuera, por amabilidad. Pero el mayor, ese no dijo ni sí, ni no. La experiencia de la vida le había enseñado a no afirmar con convicción ni negar con "¡Bah!"

—Hay muchas rarezas en el mundo... — decía, traduciendo involuntariamente la sobada réplica del príncipe indeciso al testarudo de Horacio.

Agitóse el tiempo, cuando a la tarde el cortejo hizo rumbo hacia el escondrijo de Boca-tuerta.

Soplaba el viento.

Masas rodantes de nubes pardas absorbían las últimas nesgas de azul.

Los novios se distanciaron algo de los viejos que.

con pasos tardíos, continuaban comentando la gallarda compostura del futuro matrimonio.

No había en ello exageración paternal. Eduardo, aunque vulgar, tenía la esbeltez necesaria para oír sin favor, el encomio de gallardo, y Cristina era un ramillete completo de las gracias que los diez y ocho años saben componer.

Donaire, elegancia, distinción... ¿pintan los vocablos manoseados por el uso, ese puñado de "quéés" particularísimos cuya suma la palabra "linda" totaliza?

Labios de cereza, la magnolia de la piel encendida en rosas en el rostro, ojos sombríos como la noche, dientes de perla... las viejas tintas de uso en retratos femeninos, desde la Sulamita, no pintan mejor que el "¡linda!" dicho sin más adorno que el signo de admiración.

Verla mordiscando un tallo de heno rojo, cogido a la vera del camino, ora risueña ora seria, el calor de las mejillas mordidas por el viento frío, guedejas rubias jugándole sobre las sienes; verla así hermosa en el cuadro agreste de una tarde de junio, era comprender la expresión de los camperos: "linda que ni una santa!"

Ojos, sobre todo, teníalos Cristina de una excelsa belleza. En aquella tarde, sin embargo, las sombras de su alma filtraban en ellos penumbras de extraña melancolía. Melancolía e inquietud. El amante arrobo de Eduardo entibiábase a menudo, ante sus repentinas fugas. El la percibía alejada de sí, o por lo menos,

introspectiva en exceso — reticencia que el amor no vé de buena cara. Y a medida que caminaban recrudecía aquella rareza. Un como intáctil murciélagos diabólicos rozábale el alma con revuelos présagos. Ni el estimulante de las brisas ásperas, ni la ternura del prometido, ni el “olor de la naturaleza” emanado de la tierra bastaban para desgarrar la misteriosa bruma de allá adentro.

Eduardo la interpeló al fin:

—¿Qué tienes hoy, Cristina? Tan sombría...

Y ella, con una sonrisa triste:

—Nada... ¿Por qué?

Nada... Siempre es nada cuando cualquier cosa que sea transparenta anuncios vagos en la obscuridad de lo subconciente, como los zig-zags sutilísimos del sismógrafo en prenuncios de remota conmoción telúrica. Y esos nada son todo!...

—A la izquierda!

La voz del mayor llamólos a la realidad. Un sendero de carreta, mal hollado en la maciega, serpenteaba hasta el borde de un barranco. Allí todos se reunieron de nuevo.

El mayor se puso al frente y los guió monte adentro por las sinuosidades de una vieja picada.

Era aquel el monte siniestro donde se escondían Boca-tuerta y su perro sarnoso: Merimbico, nombre que olía a satanismo al olfato del vulgo, sin que se supiese por qué. Los viernes, según la voz corriente en el lugar, Merimbico se tornaba lobo-hombre, rondaba el

cementerio con muchos aullidos a la luna y arremetidas a las pobres almas en pena.

Lo sombrío del monte ennocheció a la vez el alma de Cristina.

—Al fin, a dónde vamos, papá? A hundirnos en el atolladero como Simas? ¿Ya hiciste testamento papá?

—Ya, hija — chanceó el mayor — y te lego a Boca-tuerta.

Cristina enmudeció. Penetrábala en dosis creciente el miedo de otrora y fué con un estremecimiento de escalofrío que oyó el ladrido cercano de un perro.

—Es Merimbico — dijo el viejo. — Estamos cerca.

Cien pasos más y el monte se rasgaba en una abra en la cual Cristina vió de pronto la pocilga del negro.

Encogióse toda y agarróse a la madre oprimiéndole nerviosamente las manos.

—¡Tontita! ¿Todo eso es miedo?

—Es peor que miedo, es... no sé decir!

No tenía forma de morada humana el cubil del monstruo. En vez de paredes, palos a pique mal unidos, entremezclados de ramaje seco. Por techo, sujetas con piedras chatas, haces de paja carcomidos. En derredor, un patiecito obstruído por latas herrumbradas, trapos y trastos viejos. El ingreso era un agujero por el que apenas podría pasar un hombre agachado.

—¡Hola! ¡Escarabajo! ¡Sal de la cueva que aquí tienes visitas! — gritó el mayor.

Un gruñido profundo respondió dentro. Al escuchar tan desagradable sonido, Cristina sintió correr por su piel el calofrío de sus viejas pesadillas y en un incoer-

cible movimiento de horror apretóse más aún a la madre.

El negro salió de la cueva casi a rastras con la lentitud de un gusano monstruoso. Al principio apareció una cabeza desgredada, luego el tronco y los brazos y la trapería inmundada que le cubría el cuerpo, entremostrando, en sus rasgones, la negrura de su piel costrosa.

Cristina ocultó el rostro en el hombro de doña Ana: no quería, no podía ver.

Bocatuerta excedía a toda pintura. La horridez se personificó en él, hiperbolizándose, sobre todo, en la monstruosa deformación de la boca. No tenía labios y las encías anchas, violáceas, con raros muñones de dientes bestiales, se mostraban crudas, como enorme llaga viva. Y torcida, puesta de través en la cara, en una mueca diabólica, resumía lo que la teratogénesis puede componer de horripilante. Aún cuando se imprimiera en la boca cuanto fuese preciso para dar a aquel ser la culminación de la asquerosidad, la naturaleza malvada fué más lejos aún, dándole piernas cambadas y unos pies deformados que ni remotamente recordaban la forma del pie humano. Y ojos vivísimos, que saltaban de las órbitas hinchadas, veteados de sangre en la esclerótica amarilla. Y piel grumosa, escamada por escaras grises... Todo en él quebrantaba el equilibrio normal del cuerpo humano, como si la teratología se hubiese encaprichado en crear su obra maestra.

En la puerta del cubil, Merimbico, perro vulgar, to-

do él huesos, piel y sarna, gruñía contra los importunos que venían a turbarlos.

Doña Ana y su hija se retiraron asqueadas. Sólo los hombres resistían a la nauseante visión de los dos seres proscritos de la armonía por un mismo hado.

Eduardo sentíase presa de una emoción jamás experimentada, mezcla de asco, piedad y horror. Aquel cuadro de suprema repulsión, nuevo para sus nervios, desorientaba sus ideas. Atónito, como frente a la Gorgona, no le acudía palabra alguna.

El mayor, mientras tanto, cambiaba palabras con el monstruo que, en cierto punto, a una alegre pregunta del viejo, alforzó en la cara una sonrisa. Eduardo, ante aquella risa, en aquella cara que excedía a su capacidad de horripilación, no pudo más y volvió el rostro fastidiado yendo a reunirse a las mujeres, murmurando:

—¡Esto es demasiado! Haría mal a nervios de acero.

Sus ojos se encontraron con los de Cristina y vieron en ellos la expresión del pavor de la avecilla sujeta en las garras del suindá: el pavor de la muerte.

Cuando salían del monte, moría la tarde bajo los varazos de un viento precursor de lluvia. Doña Ana se inquietó por la hija.

—Ha sido una imprudencia, Cristina, haberte venido sin un chal siquiera para la cabeza. ¡Quiera Dios...!

La joven no respondió una palabra. Con la vista

baja, transida, aspiraba en amplios tragos el aire helado para desahogo de una sofocación del corazón nunca sentida fuera de sus pesadillas.

El silencio se hizo general. Solamente el mayor intentaba borrar la impresión penosa, chanceándose, ya con el terror de la joven, ya con el asco de Eduardo; pero a poco, calló, ganado también por el malestar común.

¡Triste anoecer el de aquel día, agitado, de tiempo en tiempo, por el revuelo sordo de las aves nocturnas...!

El viento zumbaba, y en una racha trajo del monte el gruñido plañidero de Merimbo. Al oirlo un comentario único escapó de los labios del mayor:

—¡Demonio!

La noche cerró y cayeron las primeras gotas de lluvia, apenas pisaron el portal del caserón. Cristina sentía en ese instante un calofrío único sacudirle el cuerpo todo como si lo convulsionase una corriente eléctrica.

Al día siguiente amaneció con fiebre, con ardores en el pecho y temblores frecuentes. Tenía el rostro enrojecido y la respiración opresa.

Fué grande la agitación en la casa.

Eduardo, mordido por remordimientos, compulsaba con mano nerviosa un viejo Chernovitz (47), tratando de descubrir el malestar de Cristina; pero se perdía desorientado en el bártro de las enfermedades.

(47) Popular tratado de medicina.

Interín, doña Ana agotaba el arsenal de la anodina medicación casera. El mal, mientras tanto, recalcitraba las tisanas caseras y sudoríficos.

Se llamó al boticario del pueblo, quien diagnosticó pneumonia.

¿Quién no ha asistido nunca a una de esas desgracias que de súbito se abaten, como pajarraco de presa, sobre un hogar feliz, y despedaza todo cuanto significa en él alegría, esperanza, porvenir? Las noches en vela, los días morosos, las ventanas cerradas, los cuchicheos en los rincones, el rumor de los pasos sofocados...

Y el enfermo empeorando... El médico de la familia, aprensivo, con pliegues en la frente... El duelo contra la enfermedad incoercible... La desesperanza final, lo irremediable que se imagina inminente, la muerte presentida rondando el cuarto...

Al octavo día Cristina fué desahuciada y al décimo la campana de la iglesia lugareña tañía su fin prematuro.

—¡ Muerta!...

Eduardo ocultaba sus lágrimas entre las almohadas de la cama repitiendo cien veces la misma palabra:

—¡ Muerta!...

Alcanzábale ahora su tremendo significado, y, sin embargo, cuántas veces la oyera como un son desprovisto de sentido!

La imagen de Cristina muerta, hirviendo en la diso-

lución bajo la tierra helada, se contraponía a las visiones de Cristina viva, toda delicadeza de alma y cuerpo, radiosa mañana humana de cuya luz su alma se había impregnado.

Cerrando los ojos reveálala a su lado, durante el paseo funesto, envuelta en las brumas misteriosas de un vago presentimiento. Recordaba sus palabras indecisas, su vacilación, y se mesaba los cabellos por no haberla comprendido, ni adivinado en la repulsión de la joven los anuncios informes de un algo misterioso que tenazmente la protegía. Tales pensamientos revoloteaban en torno a la carne viva de su dolor filtrando en ella venenos crueles.

Afuera, el sol doraba crudamente la vida.

¡Brutalidad!

Moría Cristina y no se desdoblaban crespones en el cielo, ni se marchitaban las hojas de los árboles, ni se cubría de cenizas la tierra!...

Rebelado contra la indiferencia de las cosas, se encerró en sí mismo, torvo y dolorido, sintiéndose aplastar bajo la pata cruel del destino.

Pasaron las horas.

Alta ya la noche, asaltóle la idea de correr al cementerio para besar en un último adiós la tumba de la novia.

Sobre la naturaleza adormecida fluctuaba la palidez cinérea de la luna menguante. Raras estrellas en el cielo, y en la tierra ningún otro rumor que el lejano ladrido de un perro — acaso Merimbico — ritmando

el concierto de los sapos que croaban en las aguadas.

Eduardo llegó al cementerio, cuyo portón estaba encadenado.

Apoyó la frente en los fríos barrotes de hierro y hundió los ojos, quemados de lágrimas, por entre los humildes sepulcros en busca del que le escondía a Cristina.

En el aire, un silencio de eternidad. A espacios, la brisa expandía el perfume acre de las florecillas que crecían en el triste cementerio de aldea.

Su mirada deambulaba de cruz en cruz intentando dar con el sitio donde ella dormía el gran sueño, cuando un rumor sospechoso hirió sus oídos. Diríase un arañar de tierra, en raspones cautelosos a los que se unía el respirar jadeante de un ser vivo. Latió con violencia su corazón. Erizáronsele sus cabellos.

¿Alucinación? ¿Pesadilla?

Aguzó los sentidos: el rumor extraño continuaba llegando procedente de un punto sombreado de cipreses. Afirmó la mirada: un bulto inclinado hacia el suelo, se movía.

De pronto, en una claridad, fulguró en su memoria la escena de la mesa, el caso de Luisita, las palabras de Cristina. Presa de pánico, en desvarío casi, el joven echó a correr en dirección a la hacienda, en cuyo caserón entró de golpe, sin aliento, jadeante, bañado en sudores fríos, despertando con sobresalto a la familia dormida.

Con gritos de espanto que el cansancio y el castañetear de los dientes entrecortaban, exclamó:

—Están desenterrando a Cristina!.. He visto un bulto desenterrando a Cristina!..

El mayor acudió atolondrado:

—¿Qué locura es ésta, muchacho?

—Yo ví... — proseguía Eduardo con los ojos desmesuradamente abiertos. — He visto un bulto desenterrando a Cristina!..

El mayor apretó la cabeza entre las manos. Así permaneció inmóvil, un instante. Luego, en un movimiento resuelto, y terriblemente calmo, murmuró entre dientes, como respondiéndose a sí mismo:

¿Será posible, Dios santo?

Vistióse rápidamente, púsose el revólver en el bolsillo y dirigiendo tres palabras enigmáticas a doña Ana, estupefacta, gritó a Eduardo con inflexión de acero en la voz:

—¡Vamos!

El joven, magnetizado por la energía del viejo, lo siguió como un sonámbulo.

En el patio despertaron al capataz.

—Venga con nosotros. La "cosa" es en el cementerio.

Vargas se aprestó echando mano de una hacha.

—Verá usted, como es él, patrón. ¡Lo juraría!

El mayor no respondió, y los tres hombres partieron a la carrera campo afuera.

A mitad del camino Eduardo, exhausto por tantas emociones, retrasóse. Sus músculos resistíanse a obedecerle. Al enfrentar el atolladero las piernas le flaquearon y cayó jadeante.

En tanto, el mayor y su capataz llegaron al cementerio, escalaron el muro, aproximándose a gatas a la tumba de Cristina.

Un cuadro horrible se les presentó de golpe: un cuerpo blanco, desnudo e inerte, yacía en el suelo y abrazado a él un bulto vivo, negro como un pulpo.

El padre de Cristina lanzó un rugido de fiera mal herida y se arrojó precipitadamente sobre el monstruo. La hiena, malgrado la sorpresa, esquivó el golpe y huyó. Y rengueando, medio desnudo, tropezando en las cruces, saltando sepulcros con una agilidad inconcebible en semejante ser, Bocatuerta escaló el muro y huyó, seguido de cerca por la sombra chillante de Merimbico.

Eduardo concentraba todas sus fuerzas para percatarse del desenlace del drama, cuando vió pasar cerca de sí el bulto asqueroso del necrófilo y luego desaparecer en la masa de la arboleda.

Pisándole los talones vió luego pasar las siluetas de los perseguidores.

Hubo un silencio en que sólo se advertía el rumor de la carrera.

Después, gritos de cólera envueltos en unos gruñidos semejantes a los del carpincho acorralado, mezclándose todo en el barullo de una lucha en la que el ladrido intermitente de Merimbico dominaba lúgubramente.

El joven pasó la mano por la frente helada: ¿estaría, acaso, bajo las garras de una pesadilla? No;

no era sueño. Se lo dijo la voz alterada del capataz esbozando el epílogo de la tragedia.

—¡No tire! ¡No vale la pena! ¿Para qué está el barro?

Y luego, después, sintió recrudecer la lucha, entre imprecaciones de cólera y los gruñidos cada vez más lastimeros del monstruo.

Y oyó crugir el matorral como si arrastraran por él un cuerpo maniatado debatiéndose en convulsiones violentas.

Y oyó un rugir de suprema desesperación.

Y después, el golpe sordo de un fardo que se hunde en el lodo.

Un vértigo oscureció la vista de Eduardo, sus oídos cesaron de oír, su pensamiento se adormeció...

*

* *

Cuando volvió en sí dos hombres rociábanle el rostro con agua helada. En pleno marasmo los miró. Afirmándose con dificultad se puso de pié, apoyado en uno de ellos. Y reconoció la voz del mayor que le decía entre jadeos:

—Sea hombre, joven. Cristina ya está en el seno de la tierra, y el negro...

—... está ahora besando el barro — concluyó Vargas.

Al rayar el día, Merimbico todavía estaba allá sentado sobre las patas traseras, ladrando, con la

mirada fija en el lugar donde siempre se sumió su compañero.

Nada más recordaba la tragedia nocturna, ni denunciaba el t́mulo de lodo, amordazador de la boca horrible que babeara en los labios de Cristina el único beso de su vida...

EL COMPRADOR DE HACIENDAS

Peor hacienda que la del Espigón, ninguna. Ya había arruinado a tres propietarios, lo que hacía decir a las malas lenguas: Aquello sí que es una espiga!

Su último detentador, un cierto David Moreira de Souza, la había adquirido en plaza, convencido de haber hecho un gran negocio. Pero allá andaba, también él, descalabrado por las deudas, meneando la cabeza, desanimado...

Los cafetales raídos, año sí, año no, batidos por el granizo o malogrados por las heladas, nunca alcanzaron a llenar el troje.

Los pastos, invadidos por yuyos y plagas, eran como campamentos de hormigueros, entremezclados de maciegas moribundas, hormigueantes de garrapatas: animal que entrara allí, ponía a poco las costillas de muestra, encarozado de gusanos, triste y dolorido hasta dar pena.

Los matorrales, sustitutos de los montes nativos, revelaban, por la indiscreción de los bambúes, la más

cansada de las tierras secas. En tal suelo la mandioca braceaba débiles varillas nudosas, la caña de azúcar adquiría aspecto de cañitas y éstas eran tan magras que pasaban incólumes por entre los cilindros moledores.

Piojaban las cabalgaduras. Los cerdos escapados a la peste competían con la flacura faraónica de las vacas egipcias.

Por todos los rincones imperaba soberano el aguijón de las hormigas, día y noche entregadas a la siega de los pastos para que, en Octubre, se toldara el cielo de nubes de hormigones alados, en escarceos amorosos.

Caminos por hacer, cercos en el suelo, ranchos de peones, llenos de goteras, de cumbreras deterioradas, anunciando feas taperas. Hasta en la residencia señorial insinuábase la ruina en el desprendimiento de grandes zonas de reboque, en la carcoma de los pisos, en las ventanas sin vidrios, en el moblaje desvencijado, en las paredes agrietadas... Intacto, ¿qué es lo que allí había?

Dentro de esa descantillada moldura, el hacendado, avejentado a fuerza de sucesivas decepciones, y, además, roído por el cáncer voraz de los vencimientos, sin esperanza y sin arreglo, meneaba cien veces al día el remolino capilar completamente gris.

Su mujer — ¡la pobre doña Isaura! — perdido el vigor de otoño, acumulaba en la cara cuanta peca y pata de gallos inventa la edad de manos con la trabajosa vida.

Zico, el hijo mayor, les salió un inútil, amigo de levantarse a las diez, untarse cosmético hasta las once, y consumir el resto del día en amoríos impróperos.

Además de este haragán tenían a Silda, que frisaba en los diez y siete años, chiquilla agradable, pero sentimental más de lo que manda la razón y pide el sociego de los padres. ¡Era un leer a Eschich y un levantar castillos en el aire...!

En tal situación sólo había una salida: vender la hacienda malhadada y respirar a salvo de deudas. Era difícil, sin embargo, en cuadra de café de cinco mil reis, poner uñas en un tonto de las dimensiones requeridas. Ya conducidos por anuncios mañosos, varios interesados fueron a dar al Espigón; pero fruncían todos la nariz y volvían las espaldas renegando de la costeadada, sin hacer oferta.

—De balde sería caro—decían para sí mismos.

El remolino de Moreira, al cabo de tantos meneos, le sugirió un ardid: entremezclar plantas propias de las tierras ricas, transplantadas de los alrededores, en la fimbria de los matorrales, y a una y otra entrada accesible a los visitantes. Hizolo, el avieso, y más aún, abonó los cafetos marginales del sendero, lo suficiente como para encubrir los achaques de los demás. Donde un rayo de sol denunciaba con mayor viveza un vicio de la tierra, allí nuestro hombre... tapaba el sol con un harnero.

Cierto día recibió una carta de su agente de negocios, anunciándole un nuevo interesado: "usted tem-

ple al hombre — le aconsejaba — y sepa maniobrar los patrones, porque éste cae. Se llama Pedro Troncoso, es muy rico, muy joven, muy conversador y quiere hacienda para recreo. Todo depende de que usted lo sepa engañar con arte de tratante ladino”.

Se aprestó Moreira a la empresa. Advirtió primero a sus agregados para que se encontrasen en sus puestos, afilados de lengua. Aleccionados por el amo estos hombres sabían responder con maña consumada a las preguntas de los visitantes, de manera de presentar como maravillas las ruindades locales. Los interesados, como les suele ser sospechosa la información del propietario, acostumbran a interrogar a escondidas, a la servidumbre.

Allí, si eso ocurría, y ocurría siempre porque era Moreira en persona el maquinista del acaso, se producían diálogos de este jaéz:

—¿Híela por aquí?

—Alguna cosa, y eso sólo en años malos.

—¿El poroto dá bien?

—¡Virgen santa! Todavía este año sembré cinco cuartas y recogí cincuenta alqueires. ¡Y qué porotos!

—¿“Lombricea” el ganado?

—¡Qué esperanza! Uno que otro... Para criar no hay nada mejor. ¡Ni pastos venenosos! Diga que el patrón no tiene fuerzas y recursos que, sino, esto se volvía una gran hacienda.

Advertidos los comparsas, se discutió durante la noche los preparativos del hospedaje, alegres todos, con el reverdecir de las esperanzas marchitas.

—Tengo el pálpito que de esta hecha, la “cosa” va a resultar — dijo el hijo badulaque, y declaró que necesitaba para sí tres contos de reis, a fin de establecerse.

—¿Establecerte con qué? — interrogó sorprendido el padre.

—Con un almacén, en Volta Redonda.

—¿En Volta Redonda? Ya me estaba espantando una idea sensata en esa cabeza llena de viento! ¿Para vender de fiado a la gente de Tundiña?

El muchacho sino enrojeció, calló. Había razones para ello.

Su mujer quería casa en la ciudad: hace tiempo que tenía en vista una, de puerta y ventana en cierta calle... Casa barata, de gente burguesa.

Silda, un piano y cajones, y más cajones de Escrich.

Durmieron felices esa noche y al día siguiente mandaron temprano a la villa a buscar golosinas para el huésped: manteca, queso, bizcochos. Para la manteca hubo vacilaciones.

—No vale la pena — rezongó la mujer — siempre son tres mil reis. Mejor me compraran con ese dinero la pieza de algodón que tanta falta me hace.

—Es necesario, hija; a veces una cosa de nada, predispone a un hombre y facilita un negocio. Manteca es grasa y la grasa engrasa.

Triunfó la manteca.

Mientras venían los ingredientes, puso doña Isaura manos a la casa, barriendo, sacudiendo, arreglando la pieza de huéspedes. Mató el menos flaco de los po-

llos y una lechoncita renga. Aderezó la masa del pastel y la horneaba cuando:

—¡Ahí viene! — gritó Moreira desde la ventana donde se pusiera, desde temprano, nervioso, indagando el camino con un viejo antejo, y sin abandonar el puesto de observación, fué transmitiendo a la atareadísima consorte los pormenores divisados.

—Es joven... Bien vestido... Sombrero panamá... Se parece a Pancho Cañambora...

Llegó al fin el huésped, se apeó, dijo su nombre: Pedro Troncoso de Carvalhaes Fagundes. Buen aspecto. Porte de hombre adinerado. Mocetón y bien hablado, más que cuantos hasta entonces se apearon allí.

Relató una porción de cosas, con el desembarazo de quien en el mundo anda de pijama, como en casa propia: el viaje, los incidentes, un mico que viera suspendido en una rama. Entrados en la salita de espera, Zico, incontinente, pegó el oído al agujero de la cerradura, desde donde soplab a las mujeres, atareadas en el arreglo de la mesa, cuanto pescaba de la conversación. De pronto, chilló a la hermana haciendo una mueca sugestiva:

—¡Es soltero, Silda!

La muchacha abandonó disimuladamente los cubiertos y desapareció. Media hora después reapareció, trayendo su mejor vestido y en el rostro dos redondeles de carmín. Quien a esa hora hubiera penetrado en el oratorio de la hacienda notaría en las bermejas rosas de papel de seda que adornaban a San Antonio,

la ausencia de varios pétalos y a los pies de la imagen una velita encendida.

En aquellos campos el *rouge* y el matrimonio salen del oratorio...

Troncoso disertaba sobre diversos temas agrícolas.

—¿El cerdo criollo? Pff! Raza tardía, demasiado agreste. Soy partidario del Poland Chine. Tampoco es malo el Large Black. ¡Pero el Poland! ¡qué precocidad! ¡Qué raza!

Moreira lego en la materia, conocedor tan sólo de cerdos de piel colgante, famélicos, sin nombre ni raza, que le gruñían alrededor de la casa, abría insensiblemente la boca, estupefacto.

—Como en materia de pecuaria bovina — continuaba Troncoso — tengo para mí que andan todos, desde Barreto hasta Prado, equivocadísimos. Ni selección, ni cruzamiento. Quiero la adopción directa de las razas más finas, el Polled Angus, el Red Lincoln. ¿Que no tenemos pastos? Hagámoslos. Sembraremos alfalfa. Refinemos el campo. Ensilemos. Assis Brasil (48), me decía una vez...

¡Assis Brasil! Aquel hombre se codeaba con los más altos exponentes de la agricultura! Era íntimo de todos ellos, de Prado, de Barreto, de Cotrim... ¡Y de ministros! “Yo discutí ya sobre eso con Bezerre...” (49).

(48) Distinguido sabio brasileño.

(49) Ex ministro de Agricultura del Brasil.

Nunca se honró la hacienda con caballero más distinguido, tan bien vinculado y viajado.

Hablaba de la Argentina y de Chicago como quien acababa de regresar de aquellos países. ¡Maravilloso!

La boca de Moreira se abría, se abría, y denunciaba el grado máximo de abertura permitida a los ángulos maxilares, cuando una vocecita femenina anunció el almuerzo.

Presentaciones. Mereció Silda alabanzas jamás soñadas que hicieron sobresaltar su corazón. También los mereció el guisado de gallina, el "tútu" con torreznos (50), el pastel y hasta el agua de la tinaja.

—En la ciudad, señor Moreira, una agua así, pura, cristalina, absolutamente potable, vale lo que el vino mejor. Felices los que puedan beberla.

La familia miróse de soslayo: nunca imaginaron poseer en casa semejante preciosidad, y cada uno insensiblemente se sorbió un trago como si en aquel instante trabaran conocimiento con el precioso néctar. Zico hasta llegó a chasquear la lengua.

La que no cabía en sí de gozo era doña Isaura. Los elogios a su culinaria pusieron a la buena mujer rendida; con la mitad de aquello se daba por compensada del tragín.

—Aprende, Zico—cuchicheaba a su hijo—lo que es la buena educación. ¡Esto es ser gente!

Después del café, saludado con un — ¡Delicioso!

(50) Plato tradicional brasileño: habichuelas con fariña y torreznos.

—invitó Moreira al joven a realizar una jira a caballo.

—¡Imposible, mi querido señor! No monto en seguida de las comidas. Me da cefalalgia.

Silda se ruborizó. Silda se ruborizaba siempre que no entendía una palabra.

—A la tarde saldremos, no tengo prisa. Prefiero ahora un paseíto pedestre por el pomar para bien de la digestión.

Mientras los dos hombres, en pausado andar, se dirigían hacia la huerta, Silda y Zico corrieron al diccionario.

—No es con S — dijo el muchacho.

—Busca en la C — arbitró la chica.

Con algún trabajo hallaron la palabreja.

—¡Dolor de cabeza! ¡Vaya! ¡Una cosa tan simple!...

Por la tarde, durante el paseo a caballo, Troncoso admiró y alabó todo cuanto sus ojos descubrían, con grande admiración del propietario que, por primera vez, escuchaba alabanzas a sus cosas.

Los interesados, en general, maldecían de todo, con los ojos puestos solamente en los defectos; frente a una barranca se abrían en exclamaciones sobre el peligro de las tierras flojas; hallaban malas y pocas las aguas; si veían un buey no quitaban la mirada de las garrapatas. Troncoso, por el contrario. ¡Alababa! Cuando Moreira, en los sitios mistificados, señaló los patrones, el joven se embobó.

—¡Caramba! ¡Esto si que es raro!

Frente a las varillas de ajo, culminó su asombro.

—¡Es maravilloso lo que veo! Nunca supuse encontrar en esta zona vestigios siquiera de semejante planta! — dijo poniendo en la cartera una hoja, como recuerdo. .

En la casa se explayó con doña Isaura.

—Pues, señora, la calidad de estas tierras, excede en mucho a mi expectativa. Hasta palo de ajo! Esto es realmente asombroso!

Doña Isaura bajó la vista.

La escena pasaba en la galería. Era noche. Noche trinada de grillos, croada por sapos, con muchas estrellas en el cielo y mucha paz en la tierra. Troncoso arrellenado en una mecedora, transformó el sopor de la digestión en un desfallecimiento poético.

—Este cri-cri de los grillos, qué encantador! Adoro las noches estrelladas, el bucólico vivir campesino, tan sano y feliz!...

—Pero es muy triste — aventuró Silda.

—¿Cree usted? Le gusta más el canto estridente de la cigarra en pleno sol? — dijo él amelazando la voz—. Es que en su corazoncito sombrea alguna nubecilla.

Viendo Moreira atizado así el sentimentalismo, y de esta hecha pasible de consecuencias matrimoniales, tuvo a bien golpearse la cabeza y berrear: "¡Diablo!, pues me olvidaba de..." No dijo de qué, ni era necesario. Salió precipitadamente, dejándolos solos.

Prosiguió el diálogo con más miel y más rosas.

—¡Es poeta, usted! — exclamó Silda a un regorjeo de los más capitosos.

—¿Quién no lo es, debajo de las estrellas del cielo y al lado de una estrella de la tierra?

—Pobrecita de mí! — suspiró la niña palpitante.

También del pecho de Troncoso subió un suspiro. Su mirada alcanzó a un cirrus que hacía en el cielo las veces de Vía-Láctea, y sus labios murmuraron en soliloquio una de esas expresiones que rinden a las chicas:

—El amor!... La vía láctea de la vida!... El perfume de las rosas, la gasa de la aurora!... Amar, escuchar a las estrellas... Amad, pues sólo los que aman comprenden cuanto ellas dicen! .

Era zurrapa de contrabando. No obstante, al paladar inexperto de la chiquilla, supo a Lágrima-Cristi. Ella sintió subírsele a la cabeza un vapor. Intentó retribuir. Urgó los ramilletes retóricos de su memoria en busca de la flor más bella. Sólo encontró un jazmín marchito.

—¡Lindo pensamiento para una tarjeta postal! — dijo.

Detuviéronse en el jazmín, y el café con bollitos fritos vino a interrumpir el idilio naciente.

¡Qué noche aquella! Diríase que el ángel de la felicidad extendiera sus alas consteladas sobre la casa triste. Silda veía realizarse todo su Escrich deglutido. Doña Isaura gozaba en la posibilidad de casarla rica. Moreira soñaba levantamientos de deudas con pingües superávits tintineando en sus bolsillos. Y Zico, transformado imaginativamente en comerciante, fió, la no-

che entera, en sueños, a la gente de Tundiña que, al final, rendida de tanta gentileza, le concedía la hija.

Sólo Troncoso durmió el sueño de las piedras, sin sueños ni pesadillas. ¡Qué lindo es ser rico!

En el día siguiente visitó el resto de la hacienda, cafetales y pastales, examinó el criadero y los trabajos de mejoramiento. Y como el gentil mancebo prosi-guiera en el arrobamiento, Moreira, que la víspera había deliberado pedir cuarenta contos por la “espi-ga”, juzgó de buen aviso elevar el precio. Des-pués de la escena del palo de ajo fijó mentalmente en cuarenta y cinco; terminada la inspección del ganado lo alzó a cincuenta; de regreso del cafetal ascendió a sesenta. Y así, cuando fué abordada la magna cues-tión, el viejo exclamó valerosamente, con la voz fir-me de un *alea jacta*:

—Seseenta y cinco contos — y aguardó, de pié, junto al ventanal.

Troncoso, en tanto, halló razonable el precio.

—Pues, no es caro — dijo. — Es un precio más moderado de lo que yo supuse.

El viejo se mordió los labios y trató de enmendar la plana.

—Sesenta y cinco, sí; pero... aparte el ganado...

—Es justo — respondió Troncoso.

—... y aparte, también, los cerdos...

—Perfectamente.

—... y el mobiliario.

—Es natural.

El hacendado se atarascó: no tenía ya más que excluir. Se confesó, entre sí, que era un caballo: ¿por qué no había pedido de una vez ochenta?

Informada del caso su mujer, lo llamó estúpido.

—¡Pero, mujer, si por cuarenta era ya un negociación!

—Por ochenta lo sería doblemente. No te excuses. Nunca he visto un Moreira que no fuese un papanatas. Está en la sangre... Tú no tienes la culpa.

Hubo un instante de malhumor; pero el ansia de levantar castillos con el imprevisto dineral barrió las nubes inmediatamente.

Zico aprovechó la bonanza para insistir en los tres contos para establecerse, y los obtuvo.

Doña Isaura desistió de la casita. Recordaba ahora otra mejor, más grande, en calle donde acostumbraban pasar las procesiones religiosas, la casa de Eusebio Leite.

—Pero esa cuesta doce contos! — advirtió el marido.

—Pero también es otra casa diferente de aquella casucha. Bien repartida. Lo único que no me gusta es el dormitorio tan pegado al techo: es un poco obscuro...

—Se abre una claraboya.

—También necesita arreglos la huerta. En lugar de cerco de las gallinas...

Hasta altas horas de la noche, mientras el sueño no acudía, fueron restaurando la casa, pintándola, transformándola en la más deliciosa de las residencias de la ciudad. Hallábase el matrimonio en los úl-

timos retoques, entre si duermes o no duermes, cuando Zico llamó a la puerta.

—Tres contos no son suficientes, papá. Se necesitan cinco. Están los almacenes de los que no me había recordado y los impuestos, y el alquiler de la casa y otras pequeñeces más...

El padre, generosamente, concedió seis contos, entre dos bostezos.

¿Y Silda? Ella navegaba en la alta mar de un cuento de hadas.

Dejémosla navegar...

Llegó, finalmente, el momento de la partida del amable interesado. Troncoso se despidió. Sentía mucho no poder prolongar la deliciosa estada, pero intereses de importancia lo reclamaban en la ciudad. La vida del capitalista no es tan holgada como parece... En cuanto al negocio lo consideraba casi realizado; daría la palabra definitiva al cabo de una semana.

Partió Troncoso, llevando un paquete de huevos — le había gustado muchísimo la raza de gallinas criada allí, y un saquito de “carás” (51) de la que era muy amante.

Llevóse, también, un lindo recuerdo: el rosillo de Moreira, el mejor caballo de la hacienda. Tanto alabó el animal durante los paseos que el hacendado

(51) Planta originaria del Brasil.

se creyó en la obligación de rehusar un trueque propuesto y dársele de regalo.

—Oigan, ustedes — dijo Moreira, resumiendo la opinión general: — Joven, riquísimo, recto, instruído como un doctor, y, mientras tanto, amable, gentil, incapaz de una bribonada como los indecentes que han estado viniendo. ¡Lo que es ser gente!

A la vieja le encantaba, sobre todo, aquella su familiaridad. ¡Llevarse huevos y “carás”! ¡Vaya un regalo! Todos concordaron, elogiándolo cada uno a su manera. Y así, aún ausente, el amable ricacho preocupó a los habitantes de la casa, durante la semana.

Pero transcurrió la semana sin que llegase la suspirada respuesta. Y otra más. Y otra, todavía. Escribióle Moreira, aprehensivo ya. Nada. Acordóse de un amigo, residente en la misma ciudad, y le dirigió una carta pidiéndole que recabase del capitalista la solución definitiva; en cuanto al precio, rebajaba un poco, se desprendía de la hacienda por cincuenta y cinco, por cincuenta, y hasta por cuarenta, con animales y muebles.

El amigo le respondió sin demora. Al rasgar el sobre los cuatro corazones de la Espiga, latieron violentamente: aquel papel encerraba el destino de los cuatro.

Decía la carta:

“Querido Moreira. O mucho me engaño o estás ilusionado. No hay por aquí ningún capitalista Troncoso Carvalhoes. Hay Troncosito, hijo de misia Veva,

vulgarmente llamado Sacatrapos. Es un lince que vive de pichuleos y sabe engañar a quienes no le conocen. Ultimamente recorrió las haciendas del estado de Minas, con varios pretextos. Se hace pasar, a veces, por comprador; vive una semana en casa del hacendado, en paseos por los cultivos, en examen de herencias, come y bebe de lo bueno, enamora a las criadas o a la hija, o a quien encuentra a mano, y en lo mejor de la fiesta, se hace *perdiz*. Ha hecho esto más de cien veces, cambiando siempre de zona. Le gusta variar de mesa, al bribonzuelo. Como aquí no hay más Troncoso que éste, omito hacerle presente tu proposición. Porque ¡Sacatrapo comprar hacienda!...”

Moreira se desplomó sobre una silla, anonadado, con la carta en la mano. Luego la sangre enrojeció sus mejillas y los ojos le llamearon.

—¡Perro!

Las cuatro esperanzas de la casa se derrumbaron con fragor, entre lágrimas de la chica, la rabia de la vieja y la cólera de los hombres. Zico propuso partir incontinenti en busca del pillastre para “romperle la cara”.

—Déjate estar, muchacho. El mundo da vueltas. Un día me cruzo con el ladrón y le ajusto las cuentas.

¡Pobres castillos! Nada más triste que estos desmoronamientos repentinos de ilusiones! Los hermosos castillos de naipes levantados durante un mes, a costa de la mirífica dinerada, se convirtieron en taperas sombrías. Doña Isaura lloró los bollitos, la manteca y los pollos. En cuanto a Silda el desastre obró

como golpe de viento en painera florida. Cayó en cama, febriciente. Ahuecósele el rostro.

Todos los pasajes trágicos de las novelas leídas desfilaron en su memoria, viéndose en la víctima de todas ellas. Hubo días en que pensó en el suicidio. Por fin se habituó con la idea y continuó viviendo. Tuvo oportunidad de verificar que eso de morir de amores solo ocurría en los libros de Eschrich.

Aquí termina la historia para la platea; para las galerías sigue aún algún trecho. La platea acostumbra hartarse con unas cuantas finuras de buen gusto y tono muy de reir; entra en el teatro después de empezada la obra y se retira apenas amenaza el epílogo. Las galerías, por el contrario, quieren las cosas completas, de manera de aprovechar bien el dinero hasta el último real. En las novelas y cuentos exigen el desmenuzamiento absoluto de la trama, y si el autor, llevado por fórmulas de escuela, las termina por encima, en lo mejor de la fiesta, con la colita reticente a la que llaman nota impresionista, fruncen la nariz. Quieren saber, y hacen muy bien, si Fulano murió, si la niña se casó y fué feliz, si el sujeto, al fin, vendió la hacienda, a quién y por cuánto.

¡Sana, humana y respetabilísima curiosidad!

—¿Vendió la hacienda el pobre Moreira?

Me apena tener que confesar que no! Y no la vendió por arte del más extraño, absurdo, inconcebible y fantástico de cuantos *quid-pro-quo*s ha armado en este mundo el diablo. Sí; porque, aparte el réprobo

¿quién es capaz de enredar los hilos de la madeja con lazos y nudos ciegos, justamente cuando va hacia su feliz remate el *crochet*?

El azar dió a Troncoso una suerte de cincuenta contos en la lotería. No rían ustedes. ¿Por qué motivo no habría, Troncoso, de ser escogido, si la fortuna es ciega y él tenía en el bolsillo un billete? Ganó los cincuenta contos, dinero que para un pobrete de aquella laya, importa una gran riqueza.

En posesión de aquellos haberes, después de días de atontamiento, deliberó afincarse. Quería tapan la boca al mundo, realizando algo que jamás pasara por su imaginación: comprar una hacienda.

Pasó revista de cuantas había visitado en sus años de malandanzas, determinándose al fin por la Espiga. Iba en ello, sobre todo, el recuerdo de la chiquilla, de los bollitos de la vieja, y la idea de poner al frente de la administración al suegro, de modo que viviese holgado en una vida cómoda, mecido por el amor de Zilda y los refinamientos culinarios de la suegra.

Escribió, entonces, a Moreira anunciándole su regreso, a fin de cerrar el negocio.

¡Ay! Cuando semejante carta llegó a la Espiga, hubo rugidos de cólera mezclados con bufidos de venganza.

— ¡Es el momento! — dijo el viejo. — El muy ladrón saboreó el festín y quiere repetir la dosis; pero de esta hecha le curo la maña. ¡Vaya, si no! — concluyó restregándose las manos, pregustando la venganza.

En el marchito corazón de la pálida Silda latió un relámpago de esperanza; en la noche de su alma alboreó el claro de luna de un “¿quién sabe?” No se atrevió, empero, a arrostrar la cólera del padre y del hermano, complotados ambos en un terrible ajuste de cuentas. Confió en el milagro. Encendió otra velilla a San Antonio.

El gran día llegó. Troncoso irrumpió en la hacienda, haciendo escarcear el Rosillo. Apareció Moreira para esperarlo abajo, con las manos a la espalda. Antes de abandonar las riendas, el amable “comprador de haciendas”, se abrió en exclamaciones:

—¡Mi querido Moreira! Llegó, al fin, el día del negocio! De esta hecha le compro la hacienda.

Moreira temblaba. Esperó que el pillastre se apeara, y apenas Troncoso largó las riendas y se dirigió con los brazos abiertos y risueño, el viejo extrajo de entre sus ropas un rabo de tatú y cayó sobre él, con ímpetu salvaje:

—Con que quieres hacienda, grandísimo bribón? Toma hacienda! Toma! Ladrón! Ladrón! — y zás, tráz! sacudióle rebencazos, colérico.

El infeliz, atontado por lo imprevisto de la agresión, corrió al caballo montándolo a ciegas, al tiempo que Zico, adelantándose con un arreador, le sacudió en los lomos una serie de golpes de agraviadísimo exañado.

Doña Isaura le azuzó los perros:

—Muerde, Brinquiño! Muerde, Joli!

El desgraciado "comprador de haciendas", acorralado como raposa en un patio, espoleó y huyó a todo lo que daba, bajo una lluvia de insultos y de piedras. Al cruzar la tranquera todavía tuvo oídos para distinguir entre la grito los insultos chillones de la vieja:

—¡Comedor de bollitos! ¡Traga-manteca! ¡Toma, que en otra no te has de ver, ladrón de huevos y "carás"!

¿Y Silda?

Tras los cristales del ventanal, con los ojos ardientes de tanto lloro, la triste criatura veía desaparecer para siempre, envuelto en nubes de polvo, al caballero gentil de sus dorados sueños.

Moreira, el desventurado, perdía de esta manera, en aquel día, el único negocio bueno que durante su vida le deparara la Fortuna: su doble descarte, de la hija y de la Espiga...

UN SUPPLICIO MODERNO

Todos aquellos suplicios de que echara mano la Santa Inquisición para reducir a los herejes, las torturas refinadas del "interrogatorio" medioeval, el empalamiento turco, el suplicio chino de los "mil pedazos", el plomo en fusión deslizado por un embudo garganta adentro, subsisten aún ocultos bajo hábiles disfraces. La humanidad es siempre la misma cruel torturadora de sí misma, así en los siglos anteriores como en los posteriores a Cristo. Cambian de forma las cosas; la esencia no varía.

Como prueba se denuncia aquí el avatar moderno de las viejas torturas: el "estafetamiento".

Este suplicio vale lo que el torniquete, la hoguera, el garrote, la polea, el toro de bronce, el empalamiento, la rueda hidráulica de dar azotes; la diferencia consiste en que éstos mataban con relativa rapidez, al paso que el estafetamiento prolonga años la agonía del paciente.

Se "estafetea" a un hombre de la siguiente manera: el gobierno, por malévola indicación de un cau-

dillo regional, moderno sucedáneo del "familiar" del Santo Oficio, designa a un ciudadano estafetero de los correos entre dos ciudades convecinas, no servidas por ninguna vía férrea.

El ingénuo ve en ello honra y provecho; es honra penetrar en la falange gorda de las sanguijuelas presupuestívoras que pacientemente succionan al país; es provecho percibir, al cabo de cada mes, un sueldo fijo y derecho para revolcarse en el futuro en la cama blanda de la jubilación.

Aquí conviene advertir la diferencia entre los ominosos tiempos medioevales y los sobreexcelentes de la democracia de hoy.

El absolutismo cogía brutalmente a la víctima, y sin decir ¡agua va! ni *habeas-corporis*, lo degollaba. La democracia obra con mañas de tartufo, arma trampas, pone dentro rodajas de naranja y aguarda alevosamente que, *sponte-sua*, caiga en ella el pajarillo famélico. Quiere víctimas al acaso, no escoje. Llámase a esto el arte por el arte.

Designado que haya sido el sujeto, al principio no advierte, el tonto, su desgracia. Es, de ordinario, al cabo de un mes, o de dos, que empieza a recelar; desconfianza que gradualmente se va convirtiendo en certeza, certeza horrible de que lo empalaron sobre el duro dorso del peor matungo del lugar, teniendo ante sus ojos, cinco, seis, siete leguas de tortura que tragar cotidianamente, con las valijas a la grupa. ¡Son las púas de aparato de tormento aquellas leguas! Para el común de los mortales una legua es una legua: es

la medida de una distancia que comienza aquí y acaba allá. El que viaja, una vez hecho el recorrido, llega y es feliz. Las leguas del estafetero apenas acaban vuelven *da capo*, como en las músicas. Vencidas las seis (supongamos que sean solamente seis) renacen ellas a su frente, de vuelta. Es hacerlas y deshacerlas. Tela de Penélope, roca de Sísifo, hay de por medio entre el ir y el venir la mala digestión de la comida recalentada y la noche mal dormida. Y así un mes, un año, dos, tres, cinco, mientras a él le quedan nalgas y lomos al rocín.

Cuando se cruza con un viandante que viaja, le muerde la envidia; aquel pronto *llegará*, al paso que para el estafetero tal verbo es una ironía. Mal se apea, descaderado, con las asentaderas en fuego, al cabo de los treinta y seis mil metros de caminata, comido el mal guisado de porotos, dormida la mala soñera, la aurora del día siguiente dilátale a su frente, a la manera de "buenos días", los mismos maldecidos treinta y seis mil metros de la víspera, enfilados ahora a la inversa...

Pronto el animal, de suyo raído, flaquea. Ya los tropiezos dan con el ginete al suelo. No posee medios para adquirir otro, porque aún debe aquél. El sueldo se le consume en maíz y pasto para la bestia, agua de sal y demás remedios para las contusiones de ambos, caballero y cabalgadura. No sobra siquiera para ropas.

Le da el estado — igual que costea gordas sanguijuelas burocráticas y papagayos parlamentarios — le da el generoso y nababesco estado... cien mil

reis mensuales. Esto es: *un real* por cada nueve brazas de tormento. Con un *vinten* le paga trescientos treinta metros de suplicio. Viene a salir un kilómetro de martirio por cada sesenta reis. No es caro.

El "estafetero" entra, pues, a sucumbir de cansancio y hambre. Las carnes se le van, las mejillas se le hundén, las piernas tórnanseles paréntesis dentro de los cuales vive el vientre del rocín desventurado.

Además de las calamidades fisiológicas, económicas y sociales, le llueven encima las meteorológicas.

La inclemencia del tiempo no le ahorra tormentos. En verano no se duele el sol de asarlo, como se asan, al horno, los pollos; si llueve, de ninguna gota se libra; hacia fines de mayo, al apuntar el frío, es transido, como un súbdito del zar exilado en la Siberia, que devora las leguas infernales. En el día de San Bartolomé, agarrado de uñas a las crines de la magra yegua, es de milagro que no los despida a ambos, barranca abajo, el endemoniado viento.

El patrón-gobierno presupone que él es de hierro y sus nalgas de acero cromatado; que los caminos son unas calles de asfalto tapizadas de terciopelo; que el tiempo es un imperturbable cielo azul con brisas acariciadoras atareadas en soplar sobre los caminantes los olores suaves de la "balsamina en flor".

Presupone, aún, que los cien mil reis de sueldo son una paga real de lamerse los dedos. Y en estas angelicales presuposiciones, cuando hay crisis financiera y le recuerdan economías, resta sus cinco, sus diez mil reis al pingüe salario para que se produzcan so-

brantes que permitan ir a Europa a algún paniaguado, en comisión de estudio sobre “la influencia zigomática del perihelio solar en el régimen zaratóstrico de las democracias latinas”.

Y así el ejército de estafetas, año viene, año va, día a día más descarnado, acribillado de deudas, plagado de contusiones, trota que trota sin cesar, cerro arriba, cerro abajo, al sol de diciembre, a la garúa penetrante de junio, por atolladeros y arenales, zanjones y quebradas, sacudido por la miseranda cabalgadura que, de tanto padecer, la infeliz, ya ni forma de caballo le queda. Su lomo es todo una llaga, las costillas una reja. Caricatura contristadora del noble *Equus*, el mejor día revienta exhausta de hambre a mitad del viaje.

El estafetero echa sobre sus hombros los arreos, las valijas, y termina la caminata a pie. Como, a pesar de ello, ese día llega a su destino fuera de horario, el agente de correo pasa oficio a la oficina central sobre la “irregularidad”. La oficina central se mueve; hace circular una papelería a través de varias oficinas, donde, cómodamente repantigada en poltronas, la burocracia mayor charla acerca de espías alemanes, hasta llegar al despacho de la secretaría, donde cabecea, humeando un cigarro, un sujeto de buenas carnes y óptimos colores.

Este percibe ochocientos mil reis al mes, es hijo de alguien, es cuñado, suegro o yerno de alguien, entra a las once y sale a las tres con un descanso para el chocolate en el café de la esquina. El ventrudo pasea la

mirada, amortiguada por la pereza, sobre el papel, y gruñe:

—Estos estafeteros! ¡Vayan unos holgazanes!

Y firma la cesantía de aquél, en bien del público servicio.

El supliciado, puesto de esta manera en la calle, sin salud, sin caballo, sin nalgas, cubierto de deudas, con el hígado y demás vísceras fuera de su lugar, a causa del mucho zangoloteo, se ve de inmediato circundado por la multitud de los acreedores, ávidos como cuervos de saladero. Como está desnudo, más desnudo que Job, no puede pagar a nadie. Gana así fama de caloteador.

—¡Parecía una persona seria, y sin embargo, me ha robado cinco alqueires de maíz — dice el ventero, calabrés panzudo, enriquecido en pasar monedas falsas.

—Me pidió prestados cien mil reis para comprar un caballo, con interés de amigo (3 % al mes), y ya van cinco años, y por mucho favor me pagó el interés y me dió los arreos a cuenta. ¡Qué ladrón! — dijo el usurero, socio del otro en la moneda falsa.

La tienda de confecciones se lamenta de unos pantalones de algodón que le fiara hacía algún tiempo. La farmacia un kilo de sal-inglesa falsificada. Y el mártir, acribillado de insultos, sólo ve una salida: poner el pié en la calle y huir... huir a una tierra cualquiera donde no le conozcan y le dejen morir en paz.

De modo, que el moderno suplicio del estafetamien-

to, además de charquear las carnes de una criatura humana limpia de crímenes, le da de yapa una bella muertecita moral.

Todo esto a fin de que no falte a los deletreadores de tales y cuales lugarejos privados de vías férreas el pábulo cotidiano del betún negro en el fondo del blanco, por medio del cual se imprimen, en mal idioma, las puñaladas que repartiera el *Pata chueca* en el *Camisa negra*, el queso que hurtó el *Bahianito* al ventero Manuel, el "habeas-corpus" a Cayetano, la novela traducida de Jorge Onhet, la salvación de la patria por la alta volatería nacional, el palabrerío grueso de las "ligas" de esto y de aquello, el descubrimiento de espías donde nada hay que espiar, la policultura, el zebú, el analfabetismo, el aliadismo, la germanofilia, los "canards" de Havas, y cuanta paparruchada germina en los esteros y tierras rojas de este país de las arabias.

La política del coronel Evandro, en Itaoca, dió con el rabo en la cerca, desde que en tal pleito su competidor Fidencio, coronel también, detentó la mayoría de los electores calificados, a razón de quinientos mil reis, y los de la *chusma* a un par de trajes y un sombrero. El primer acto del vencedor fué "colgar la galleta" a todo cuanto hubiera de "galletable" en materia de puestos públicos. Entre los arrasados estaban las gentes del correo, inclusive el estafetero, para cuya substitución fué propuesto al gobierno Izé Biriba.

Era este Biriba un cangrejo humano, tardo de maneras y atolondrado de ideas, con dos tremendas preocupaciones en la vida: la política y el mechón de pelo sobre la frente. Este era un haz de greña que pertinazmente le caía sobre la cara, y tan insistentemente, que invertía la mitad del tiempo alzando la mano izquierda a la altura de la frente para, en un movimiento maquinal, arrojar hacia atrás la crin rebelde. La política, excusado está decir lo que es.

Coaligados, mechón y política, le devoraban totalmente el tiempo, de modo que no sobraba a Biriba holganza alguna para el arreglo de su chacra que, al fin, roída par la maleza de la hipoteca, fué a parar a manos de un pícaro calabrés.

Instaló luego un boliche, pero falló a poco. En cuanto se trezaba con el mechón, los parroquianos le birlaban el "mata-bicho" (52), y en las charlas politiqueras, los correligionarios, al tiempo que expelían diatribas contra los ases de arriba, sorbían el beberaje restaurador y engullían los buñuelos de pescado a cuenta de la victoria futura.

Además del mechón, tenía Biriba la manía del "sí, señor", alzado a las funciones de coma, punto y coma, dos puntos y punto final de todas las tonterías emitidas por el interlocutor, y, a veces, por hábito, cuando el parroquiano, dejando de hablar, entraba a comer, continuaba Biriba acompasando con "sí señores" la masticación del buñuelo birlado.

(52) Una copita de caña.

En ocasión de la caída del otro y de la exaltación de su gente, se encontraba reducido a la conspicua posición de fósforo electoral.

En la lucha trabajó como ninguno. Le dieron sus jefes las más árduas comisiones, como la de “desenterrar” electores, campesinos ocultos en los sacavones de las sierras, traficantes la conciencia, discutirles el precio del voto, trocarlos por yeguas apestadas y demostrar a los recelosos, con argumentos deslizados al oído, que “el gobierno estaba con ellos”.

Después de la victoria, Biriba sintió, por la primera vez en su vida, un gozo integral de corazón, cabeza y estómago.

¡Vencer! ¡Oh néctar! ¡Oh ambrosía! Biriba regaló sus vísceras con el manjar de los dioses. Hasta que las negruras de su vida miserable alborearon en aurora. Comer hasta hartarse, aserrar desde arriba... ¡Delicias!

¿Qué iría a darle el jefe?

En el anteojo del presente inminente, vivió revolcándose en lecho de rosas, hasta que reventó su nombramiento para el cargo de estafetero. Sin condiciones para aquello, quiso rechazar, pedir más; mientras tanto, en la conferencia que tuviera con el jefe, las objeciones que le llegaban a los labios trasmutábanse en el habitual “sí, señor” de modo de convencer al coronel de que realizaba un ideal.

—¿Has visto, Biriba, lo que vale la fidelidad? ¡Lo-graste una canongía! Va Regino para el puesto de agente y tú para el de estafetero!

Lo que más pudo alegar es que no tenía cabalgadura.

—Eso se arregla — resolvió de pronto el coronel.— Tengo allá una yegua mora, de buen trote, legítima, que vale doscientos mil reis. Por tratarse de tí, te la doy en la mitad. ¿El dinero? Es lo de menos! Lo tomas prestado de Leandrito. Todo se arregla.

Y el arreglo fué adquirir la yegua trotona por el doble de su valor, con dinero tomado en préstamo al tres por ciento de interés mensual, del mencionado Leandro, que no era otra cosa que un testafarro del mismo Fidencio. De esta suerte, caramboleando, el cacique político hacía devengar intereses a la peor acémila de su hacienda, amén de conservar por el carbresto de la gratitud al idiota estafetado.

Inició Biriba, de plano, el servicio: seis leguas diarias a hacer hoy y a deshacer mañana, sin otro descanso que los días treinta y uno de los meses impares.

Menos mal si fuera devorar las leguas en la sola compañía de la seca valija postal. Pero no le salió tan tranquila la empresa. Como Itaóca no pasara de un mezquino lugarejo, empollado en el espinazo de la sierra y desprovisto de todo, no transcurría día sin que amigos políticos lo buscasen para encarguitos en la ciudad. A la hora de salida aparecían aprovechadores con listitas en la mano, de menudencias, o negritos con recados.

—La patrona dice que le compre tres carreteles de hilo número cincuenta, un paquete de agujas, una pieza de cinta de hilera, cinco paquetitos de broches chi-

cos y, si sobra un cobre, un caramelo largo para el niño Junquinho.

Muchas veces todas aquellas zarandajas existían en Itaóca, aunque un poquito más caras; adquirirlas afuera propendía tan solo a la economía del cobre para el caramelo.

—Sí, señor; sí, señor.

No salía de sus labios otra palabra, así le exasperase la continuada repetición del abuso. Además de los pequeños encargos, poco trabajosos, surgían otros de mayor monta, como conducir un caballo enjaezado al señor Fulano, que debía venir tal día; acompañar a la mujer de Zutano, y etc. Tiburcia, la cocinera negra del receptor, cada vez que iba de ferias a descansar a la ciudad, Biriba era el encargado de conducirla.

Fué como lo conocí, guardando espaldas a las amazonas. De viaje para Itaóca, a mitad de camino, me topo con un sujeto a horcajadas sobre tan ruin yegua como jamás vieron mis ojos. A la grupa iban valijas de correo y varias alforjas; sobre la cruz del animal más alforjas, y una escoba nueva. Se había detenido en actitud idiotizada, asegurando de un cabresto un pequeño caballo con montura de mujer. Lo abordé pidiéndole fuego. Encendido el cigarrillo, inquirí a quién pertenecía la cabalgadura sin jinete.

—¿No ve que acompaño a doña Engracia, que es partera en Itaóca?... Ella se apeó un poquito más allá y...

Oí rumores detrás de mí: salía del matorral una mujerona rubicunda, con las sayas almidonadas, lle-

vando en la cabeza un sombrero coetáneo de S. M. Fidelísima (53). Para no avergonzarla, me puse en camino, no sin volver la cara de soslayo y recrearme con los apuros del estafetero para ubicar sobre el animalejo las siete arrobas de la partera aliviada.

Y denuestos...

—Señor Biriba, no fué hilo cuarenta que le pedí. Usted parece bobo!

—¿No ha visto que la cinta se deshila?

Le dolía, sobre todo, traer cosas para la execrable gente de la oposición. El coronel adversario no desperdiciaba, por intromisión de tercero — neutro u opositor solapado — de abusar de la buena fe del mártir.

Recordábase Biriba, con dolor de alma, de un bode de raza que le diera grandes trabajos en el camino y varias cabezadas de postre; al fin, llegando al destino, verificó que venía el caprino destinado al adversario. Todo el mundo celebró el caso entre estallidos de risa y chacota.

—Es un *pax-vobis* este Biriba! Mire que traerse una cabra de la oposición! ¡Quiá! quiá! quiá!

Estas y otras cosas fueron agriando los hígados y demás vísceras circunvecinas del sujeto. Enflaqueció, amarilleó.

La yegua, infeliz, perdió su aspecto caballar. Su

dorso hendióse en media luna, de manera que por poco no rascaban el suelo los pies del jinete. Montado, Biriba se hundía. Su cabeza apenas si sobresalía el nivel de una línea tirada del anca a las orejas. Horriblemente traqueteada la miseranda bestia traía en los ojos permanentemente lágrimas de dolor; pero tanto achaque, en lugar de mover a piedad el corazón de los itaoquenses, regodeábalos, y eran chungas interminables y chanzas estúpidas acerca del "Estafetero de la Triste Figura y su *Bucéfala*", como los bautizó un gracioso del lugar.

Apestados como ellos, solamente Cunegondes. Este Cunegondes era un cachorro sin amo, cubierto de sarna, que deambulaba a tontas y a locas por la ciudad, huyendo de las moscas y de los puntapiés. ¿Pues no trocaron el nombre de Cunegondes por el de Biribiña?

No tardó el gobierno en dar su vueltita al torniquete, amputando diez mil reis en el sueldo, para escapar, en cierta ocasión, de apuros financieros. Y se salvó, esto es lo cierto.

La ropa, en hilachas. A la entrada de las lluvias una alma caritativa facilitó a Biriba una vieja capa de goma; pero al primer chubasco verificó el obsequiado que tal capa colaba como harnero, en forma de empeorar su situación con la sobrecarga de una trapería absorbidora de varios litros de agua.

Perdida la paciencia, Biriba murmuró.

¡Ay! Súpolo el cacique y le llamó a cuentas.

—¿De manera, que andas renegando del empleo que te dimos? ¿Querías, acaso, ser elegido senador o

vicepresidente? Un pedazo de cochino que andaba por ahí lamiendo la miseria, muere que muere de hambre, pasa por nuestra generosidad a ocupar un cargo público con derecho a jubilación, sueldo relativamente bueno... (aquí Biriba tosió un "sí, señor"), encuentra toda clase de facilidades, le damos un buen animal, ¿y todavía se queja? ¿Qué es lo que, entonces, desea Su Excelencia?

Biriba se infló de valor y declaró que solo quería una cosa: renunciar. Estaba enfermo, zurradísimo, amenazado de perder la yegua y las nalgas de un momento a otro. Quería cambiar de vida.

—¿Se cambia, acaso, de buenas a primeras? ¿Quieres abandonar a los amigos? ¿Y la disciplina partidaria, dónde queda, mi querido tonto?

No convenía a nadie la salida de Biriba.

¿Quién más servicial?

Recordábase de los estafeteros anteriores, malcriados, incapaces de traer un paquete de agujas, fuese para quien fuese. No saldría. Itaóca le imponía el sacrificio.

Pero la tortura del cotidiano sacudimiento de las vísceras de Biriba, acabó por desconyuntar en él el cimiento de la lealtad política. El mártir abrió los ojos. Recordó con añoranza los ominosos tiempos del coronel Evandro, las delicias del boliche y hasta el calamitoso período en que era "fósforo electoral". No había duda: empeoró después de la victoria.

Este libre examen de conciencia — créaseme — fué el punto inicial de la caída del coronel Fidencio. Bi-

riba, el firme puntal, pudriase por su base. Veníase abajo y, con él, la cumbrera de la casucha política.

En su alma sacudida, la víbora de la traición armó nido.

Ocurrió así el caso: la nueva campaña estaba en puerta, como Catilina. Una nueva victoria sería para el estafetero nuevo trienio de martirio. Biriba decidió, a solas con la yegua, que la salvación de ambos estaba en la derrota. Lo echarían y él, veterano y mártir del *fidencismo*, continuaría con derecho al apoyo del partido sin padecer por las vías coxijeanas el contacto odioso de las siete horas diarias con la montura. Resolvió traicionar.

En la víspera de la elección le encargó Fidencio de traer de la ciudad un documento importantísimo para el “tribofe” de las urnas. ¡Qué sé yo lo que era! Un “papel”. La palabra “papel”, enunciada así en tono de misterio, trae en el vientre “cosas”!...

No entiendo de elecciones. No sé, positivamente, si un “papel” que no sea el mikado tendrá fuerza para decidir en esas patrañas sociales. Sé que todo dependía del “papel”, y tanto, que la misión de Biriba era secreta. Fidencio puntualizó la gravedad de la misión, como la mayor prueba de confianza jamás prestada por él a un auxiliar electoral.

—¡ Vé lo que haces! Nuestra suerte está en tus manos. Ya ves qué confianza! ¿Eh?

Partió Biriba; recibió en la ciudad el “papel” y volvió grupas. A mitad del camino, sin embargo, tomó

cierto atajo y fué a dar al rancho de un viejo negro, en pleno monte; soltó la yegua y se trenzó de charla con el gorila. Cerró la noche, y Biriba continuó dejándose estar. Alboreó al día siguiente, y Biriba quieto. Diez días transcurrieron así. Al cabo, alistó la yegua, montó, y enfiló hacia Itaóca como si nada hubiera ocurrido.

Fué un estupor su aparición. Fracasadas las tentativas para dar con él el día de la elección y en los posteriores, diéronle todos como devorado por las onzas él, yegua, valija postal y "papel". Verlo ahora aparecer sanito y tranquilo, fué un abrir de boca y un pasmo en la villa entera. ¿Qué fué? ¿Qué no fué?

Biriba, a todas las preguntas, ponía en su cara la suprema expresión de la idiotez. Nada explicaba. Nada sabía. ¿Sueño cataléptico? ¿Brujería? No comprendía lo ocurrido. Figurábase haber partido la vispera y estar de vuelta el día emplazado.

Todos permanecieron maravillados, stupidizados. Fidencio deliraba de fiebre cerebral en la cama. Perdió, redondamente, la elección. "Derrota maloliente", se jactaban los de Evandro, atronando el aire con cohetes.

En consecuencia del inexplicable eclipse del estafetero, enseñoreóse del bastón de mando el ex-ominoso Evandro. Comenzaron las cesantías. La calle recibió en su seno cuanto olía a *fidencismo*. La escoba de la dimisión, sin embargo, no llegó a... Biriba. El nuevo cacique se le aproximó diciéndole:

—Exoneré a toda la canalla, Biriba, menos a tí. Tú

eres el único de la cuadrilla de Fidencio que se salva. Queda tranquilo, que de tu puestito nadie te arrancará, ni que del cielo lluevan tenazas!

Biriba, por la última vez en Itaóca, balbuceó el "sí, señor". Por la noche besó el hocico de la yegua y salió de su casa lentamente. Ganó la carretera y se perdió.

Y nunca más, nadie le puso la vista encima...

EL ESTIGMA

Fuí un día a Itaóca guiado por una simple indicación del sujeto que me alquiló la cabalgadura:

—“No tiene cómo errar. No hay más que ir andando. En caso de duda, agarre la huella de los carros, que irá seguro.

Así hice, y allá llegué sin novedad.

Al regreso, sin embargo, llovió por la noche, como sólo llueve por aquellos parajes, y en la primer encrucijada me detuve desorientado. El barrial borró las huellas de las carretas. Allí permanecí un momento, hecho el asno de Buridán, a la espera de algún caminante que me abriese los ojos. No apareció una alma viviente y mi impaciencia me empujó al acaso por una de las direcciones de la encrucijada. Anduve cerca de una hora y, al fin, a la vista de una hacienda desconocida, tuve la seguridad de mi extravío. Resolví apearme. Me allego a la tranquera y grito: “¡Ah, de la casa!”. Acudió a abrirme un negro viejo ocupado en sacudir porotos en el patio.

—El patroncito está allá, en la casa grande.

Me dirijo hacia allá, después de entregar mi caballo

y subo la escalera de piedra que da acceso al caserón señorial. Un grupo de niños jugaban por allí, alrededor de una pequeña hoguera de garabatos que echaba mucha humareda.

Al divisarme callaron y se desbandaron, con excepción de la más grandecita, que permaneció en el mismo sitio, restregándose los ojos enrojecidos y lacrimosos por el humo.

—¿Está tu papá?

Estaba e iba a llamarlo, me respondió, dirigiéndose hacia el interior de la casa. A los otros, los veía espiándome con el dedito en la boca, desde la puerta, donde luego asomó una esbelta chiquilla como de catorce a diez y seis años, con delantal azul, colorada como quien hubiera estado lidiando con el horno.

—Haga el favor de pasar — dijo con linda voz, sonriente, al tiempo que sus vivísimos ojos me examinaban de arriba a abajo. — Tome asiento y espere un momentito.

Me senté, gozando el delicioso frescor de la sala, e insinué una conversación.

—¿Es usted hija de...?

—No, señor; prima. Pero vivo aquí desde que murieron mis padres.

—¡Tan niña y huérfana ya!...

—De padre y madre. Tenía seis años cuando los perdí en la fiebre amarilla de Campinas. Mi primo me trajo de allá, y...

Rechinó la puerta y se encuadró en ella el dueño de

casa. Nos reconocimos incontinenti, con el mismo asombro.

—¡Bruno! — berreó él — ¡qué milagro!

—Y tú, Fausto, dónde he venido a descubrirte, yo que esperaba ver surgir un rusticón desconfiado!...

Abrazos, explicaciones, preguntas atropelladas. Fausto no cesaba de admirar la coincidencia.

—¿Cuántos años hace que no nos vemos? Diez, por lo menos...

—Desde la terminación del bachillerato. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Pues, querido, te retengo por aquí. Ya no te irás sin conocer mi seno de Abraham y matar del todo las añoranzas.

Durante estas expansiones la niña del delantal no sacó pié de la sala, y yo no cesaba de regalar mis ojos en la linda criatura. Fausto, advirtiéndolo, me la presentó.

—Laurita, mi prima.

—Ya nos conocemos — dije yo.

—¿De dónde? — exclamó sorprendido.

—De aquí mismo, hace cinco minutos.

—Siempre el mismo chacotón. Mira, Laurita, ve que nos sirvan café.

La niña al retirarse puso en su andar ese requiebro que el instinto aconseja a las jóvenes en presencia del hombre casadero.

—Simpática, ¿verdad? — dijo Fausto luego que se cerró la puerta.

—¡Linda! — exclamé cargando con furia en la i — ¡qué frescura! ¡qué colores!

—Los colores corren por cuenta del horno. Están allá haciendo bollitos de maíz. ¿No conoces a mi mujer? De una familia de Leme, de Pedra Fria. Me casé al terminar mis estudios, y aquí vivo alternando seis meses en el campo con otros tantos en la capital.

—Excelente vida. Es el sueño de todos.

—No me quejo, ni quiero otra.

—¿Lograste, acaso, la manzana de la felicidad?

Fausto no respondió, y como el café entrase en ese momento, la conversación cambió de rumbo. Sirviólo Laura con bollitos calientes.

—Palpito que éste ha sido arrollado por sus manos, Laurita — lisonjeé cogiendo uno de ellos.

—¿Cuál? — inquirió la niña. — ¿Ese que tiene forma de carrito?

—Sí.

Ella desató la más argentina de sus risas.

—Justamente los que tienen esa forma son de Lucrecia...

—Vamos, hombre! — cascajeó Fausto — ¡Mira que confundir el arte de la primita con el de la negra!

—Los míos son estos — agregó Laura, señalando algunos que no imitaban un carrito.

Probé uno, y:

—¡Realmente! — exclamé — la diferencia es notable.

Nuevo *pizzicato* de la niña.

—Pues la masa es la misma y todo el adobo es de la negra.

Fausto puso fin a mis torpezas invitándome a salir.

—Estás muy inhábil en la galantería. Ven a ver los cultivos, que será mejor.

Salimos y recorrimos toda la hacienda, la porque-riza, el corral de las aves de raza, el tanque de los Pekines, las cabras Toggenburg, las vacas de Jersey, las maquinarias del café, todas aquellas cosas inherentes a todas las haciendas y que, sin embargo, examinamos siempre con gran placer.

Fausto era un hacendado *dilettanti*. Todo allí denunciaba un vasto derroche de dinero sin la preocupación de la renta proporcional; la conducía a la manera de quien no necesita de la hacienda para vivir.

Al sentarnos a la mesa para comer, me presentó a su mujer. La esposa de mi amigo, no condice con el tipo que tengo de la buena mujer. De facciones duras, mirar de ave de rapiña, nariz aguda, era positivamente fea y, probablemente, mala. Comprendí la situación de Fausto: casó con rica; la hacienda vino a sus manos por intermedio de la esposa. El marido en presencia de ella cambiaba de tono. De natural chacotón, se cerraba en una gravedad que me desconcertó y esto me sugirió que unieron bienes, cuerpos, pero no almas. Laurita también se manifestaba cohibida, y los niños acusaban un odioso "buen comportamiento" que daba dolor; parecían personas mayores. La mujer hablaba a todos con su mirada dura y mala, de mujer absoluta.

Fué un alivio el levantarnos de la mesa. Fausto recordó un paseo por los cafetales, y ya estaban dispuestas las cabalgaduras. Luego que montó volvió a su expansibilidad anterior, con la alegre despreocupación de los años escolares. La charla se deslizó por mil senderos y al fin embicó en el tema del casamiento.

—Aquel nuestro horror a la coyunda matrimonial! ¡Cómo disipábamos diatribas contra el amor sacramentado, bendecido por el cura y garabateado por el escribano...! ¿Recuerdas?

—Ambos estábamos dispuestos a satisfacer a la lengua. Así es la vida: la libérrima teoría por encima y la trama férrea de las obligaciones por abajo. Somos, los hombres, una cadena de contradicciones. El matrimonio... No lo defino hoy con aquel petulante tono de soltero. Sólo digo que no hay matrimonio: hay matrimonios. Cada caso es un caso especial.

—Teniendo, por otra parte, de común — dije yo — un mismo trazo: la restricción de la personalidad.

—Sí. Es menester que el hombre ceda el cincuenta por ciento de su parte y la mujer otro tanto, para que exista el equilibrio razonable en lo que llamamos felicidad conyugal.

—“Felicidad conyugal”, dices bien, restringiendo con el adjetivo la amplitud del sustantivo.

La vista del cafetal interrumpió las confidencias. Era setiembre, y el aspecto de las plantas, estrelladas de florecillas de nieve, daba una sensación harta de riqueza y futuro. Recorrimoslo en parte, gozando

el "placer paulista" de ver ondular por espigones y grietas la onda verde-oscura de los cafetos aliñados.

—En tu caso — pregunté — ¿eres feliz?

Fausto demoró la respuesta, masticándola.

—No lo sé. Cedi los cincuenta y aguardo que mi mujer imite mi abnegación. Ella, sin embargo, más tenaz, se obstina en no llegar a tanto. Buscamos el equilibrio, todavía...

—¿Y Laura? — pregunté de golpe, alocadamente.

Fausto se volvió de pronto, como herido por la pregunta. Me miró fijamente y vaciló en revelarme el fondo de su alma. Luego, como atravesáramos un trecho sombrío del camino, con barranca encima, culandrillos lozanos, samambaias y begonias agrestes, dijo, señalando aquello:

—¿Sabes lo que es una *faz noruega*? Aquí tienes una. No da el sol, mucho follaje, mucho vigor, verdes cargados, pero nada de flores y frutos. Siempre esta frialdad húmeda. Laura... es como un rayo de sol matutino que juguetea y ríe en la *faz noruega* de mi vida.

Calló, y hasta llegar a casa no pronunció una palabra más.

Comprendí la situación de mi querido Fausto, y no le envidié las riquezas adquiridas por semejante precio.

Abandoné el Paraíso, que así llamaban a la hacienda, con tres impresiones en el alma; deliciosa la de la niña de los bollitos, con su delantal azul, colorado

como las cerezas; penosa la de la Megera entrevista en el ser feo y malo, bastante rica para adquirir un marido como quien adquiere en la feria un animal de lujo. La tercera impresión no la define aquí cualquier adjetivo escurrido — compleja, sutil en demasía para caber en moldes vulgares. Era el vago presentimiento de una ecuación sentimental cuyos términos — el rayo de sol, la “faz noruega” y Fausto — vagamente deambulaban dentro de mi imaginación haciendo cabriolas.

Nunca más volví a aquellos lugares, ni me hizo contradictizo el acaso con ninguno de los tres personajes.

Este mundo, mientras tanto, es una pequeña bola. Rodados veinte años, me hallaba parado ante una vidriera, en Río, cuando alguien me codeó.

—Eres tú, Fausto!

—Yo mismo, Bruno.

Había envejecido cuarenta años mi amigo en aquellos veinte que no nos hemos vuelto a encontrar, y el tiempo, o lo que quiera que sea, marchitó su expansibilidad amable. Mientras conversábamos, una a una subían a la superficie de la memoria las escenas y personas del Paraíso, la fascinante Laurita al frente. Pregunté por ella, primero.

—Murió! — fué la respuesta seca y torva.

Como en los días claros de verano, nubes vagabundas, ocultando súbitamente el sol, ponen en el paisaje asoleado húmedas manchas de sombra, así aquella pa-

labra nos veló a ambos la alegría del encuentro.

—¿Y tu mujer? ¿Y los hijos?

—Mi mujer murió. Los hijos andan por ahí, casados unos, el menor aún conmigo. Mi querido Bruno, el dinero no es todo en la vida, y principalmente, no es pararrayos que nos pone a cubierto de relámpagos la cabeza. Vivo en tal calle; aparécete por allá una noche, que te relataré mi historia, y alábate de ello, porque serás la única persona en el mundo a quien revelaré el infierno que me resultó el Paraíso.

He aquí lo que escuché:

“En ocasión de la fiebre de Campinas, quedó en la orfandad Laurita, y yo, como pariente en mejores condiciones, la traje en mi compañía. Tenía, entonces, cinco años, y denunciaba ya en sus gracias infantiles la encantadora mujercita que sería.

Me había casado ¿hacia poco. Mi mujer — ¿no lo sospechaste en aquella comida? — era una criatura visceralmente mala. La *maldad* en la mujer lo dice todo; excusa mayor gasto de expresiones. Cuando oigas de una mujer que es mala, no pidas más: huye con siete pies. Si yo fuera a rehacer el Infierno, acabaría con tantos círculos como allá pusiera Dánte, y en su lugar pondría de guardianes a los réprobos, una docena de mujeres malas. Habían de ver entonces qué paraíso resultaban en comparación los círculos...

Confieso que no me casé por amor. Era bachiller y pobre. Ví por delante el marasmo de los empleos, y la rápida victoria del casamiento dorado. Opté por ésta, sin preocuparme de sondar hacia dónde podría

llevarme el áureo sendero. La dote, considerable, valía, o parecióme valer, el sacrificio. Me equivoqué. Con la experiencia de hoy, me agarraría a la más modesta sinecura.

La vida que hemos llevado no la desearía como castigo a ningún malvado.

—La “faz noruega”!...

—Era justa la comparación, gélida como corría la vida conyugal en el período en que, ilusionados, contemporizábamos, intentando un equilibrio imposible. Luego se hizo infernal.

Laura, en proporción que se desarrollaba, reunía en sí cuanta hermosura de cuerpo, alma y espíritu concibe un poeta en sus sueños para plasmarlos en sus poemas. Se combinaba en ella la belleza demoníaca propia de la edad, con la belleza divina, permanente; y el infeliz de tu Fausto, un exilado en la frígida Siberia matrimonial, corazón virgen de amor, no tuvo auxilio y sucumbió. En su pecho que suponía calcinado, retoñó el peligrosísimo amor de los treinta años. Él vería, deslizándose por la casa como una hada encantadora de la triste mansión, ora poniendo flores en un vaso, ora acariciando a los pequeños, ya curando a los enfermos pobres de la hacienda, irradiando siempre a su alrededor felicidad y gracia, convirtiéndose para mí en la razón de mi vida.

Todas las generosidades y todas las valentías de los adolescentes borbollonearon en mi corazón. Comprendí toda mi desgracia: era un ciego a quien le restituían la vista; y que, deslumbrado, veía desde la lobreguez de

una cárcel, a través de las rejas, la aurora, la luz, la vida — inaccesible todo!... Víctima de la peor casta de amor: el amor secreto.

Transcurrieron algunos meses. Al fin, sea porque me traicionase el fuego interno o porque los celos dieran a mi mujer una visión de lince, ella lo leyó todo dentro de mí, como si el corazón me latiera en cuerpo de cristal.

Conocí, entonces, un lúgubre pedazo del alma humana, la caverna donde viven los dragones de los celos y del odio.

La víbora envolvía en un mismo insulto la inocencia ignorante y la nobleza de un sentimiento purísimo encerrado en el fondo de mi alma.

Me conminó a que la expulsara de inmediato. Resistí. Alejaría a Laura, pero no con la brutalidad requerida, de manera que me traicionara ante ella y ante todo el mundo. Era la primera vez que yo, después de casado, me rebelaba, y tal firmeza llenó de asombro a mi mujer. Tengo aquí en la visión, la risa de reto que crispó su boca en aquel momento, y tengo en el alma las cicatrices de las ásquas que chispeaban en aquellos ojos! Acepté la lucha. Estas batallas conyugales de puertas adentro...! No hay contienda civil que se la puede comparar en crueldades. En presencia de extraños, de Laura y de los hijos, se contenía. Maltrataba a la pobre niña, pero sin revelar la verdadera causa de su persecución.

Poco duró aquello. Escribí a unos parientes y vine con ellos el acomodo de Laura, cuando... ¿Re-

cuerdas aquel bosque de pinos plantado a continuación del pomar?

—El pinar de Azambuja (54).

—Fué el nombre que le puse, porque andaban por allí algunos lagartijones que me diezaban las gallinas. Este pinar era el paseo favorito de Laura. Se emboscaba allí con un libro o con una costura y de esa manera se hurtaba al infierno doméstico.

Un día en que salí de caza, no tanto por la cacería como para retemplarme de las luchas caseras en la paz de los montes, al montar a caballo la ví dirigirse hacia allá con su cestillo de labores. Me demoré más de lo usual y en vez de pacas, traje una larga meditación desalentadora, hecha, aún lo recuerdo, de panza arriba, bajo la rama de una guayabera. Los chicos esperaban mi regreso en la escalera asustados.

—Papá ¿no has visto a Laura?

Me sorprendió la pregunta y mucho más al ver que la vieja Lucrecia se me aproximaba diciendo:

—Patrón, no le habrá pasado algo a la niña Laurita? Salió temprano, antes del café, y es ya noche casi y no aparece.

—La señora... — empecé a indagar, sin saber aún por qué.

—La señora está en su cuarto. Andubo por el pomar y luego se encerró por dentro, sin querer ver a nadie. Quién sabe qué víbora la ha picado...

(54) Expresión portuguesa que se refiere a un bosque célebre por ser refugio de ladrones.

Mi corazón latió violento y salí en busca de Laura. Los colonos no la habían visto. Me acordé del pinar y dispuse una ruidosa batida por el bosque. Con teas encendidas quebrantamos la oscuridad reinante. Nada. Desesperaba ya de encontrarla por allí, cuando mi capataz, destacado al frente, gritó:

—Aquí está su canastillo.

Corrimos todos. Allí estaba su cestillo de labores y un poco más allá... el cuerpo inerte de la niña. ¡Muerta por una bala! La blusa entreabierta enseñaba en el entreseno la herida mortal: un pequeño agujero negro del que fluía hacia un costado una estria de sangre. Junto a su mano derecha inerte, mi revolver. Se quitó la vida...

No te digo mi desesperación. Olvidé el mundo, conveniencias, todo, y la besé largamente, entre hipos y jadeos de angustia.

La condujeron en brazos. En casa, mi mujer, entonces en cinta, resistióse a ver el cadáver pretextando su estado, y Laura bajó a la tumba sin que ella, en ningún momento, saliese de su encierro. Advierte esto: mi mujer no vió el cadáver de la niña. Dias después, se humanizó. Dejó su celda, tornando a la vida de costumbre, muy cambiada de carácter. Cesó su exaltación celosa del odio, ocupando su lugar un mutismo sombrío. Poquísimas palabras le oí decir a partir de entonces.

A mí el suicidio de Laura, sobre aplastarme el organismo como el peor de los terremotos, me preocupaba como un enigma. No alcanzaba a comprender

aquello. Sus últimas palabras en casa, sus últimos actos, nada sugerían del horrible desenlace. ¿Por qué se mató, Laura? ¿Cómo consiguió el arma, guardada siempre en mi habitación, en lugar sólo conocido por mí y por mi mujer? Una inspección en sus muebles no me iluminó mejor; ninguna carta o escrito indicial.

Pero el tiempo fué reparando el mal. Corrieron meses y, al fin, mi mujer dió a luz un niño. ¡Qué día! Sólo de recordarlo me duele la cabeza...

La vieja Lucrecia, auxiliar de la partera, fué quien vino a la sala a comunicarme la noticia del buen suceso.

—Esta vez fué un niño; pero vino señalado.

—Señalado?

—Tiene una señal en el pecho, una viborita coral de cabeza negra.

Impresionado con la rareza, me dirigí al cuarto. Me acerqué al niño, deshice las fajas lo necesario para examinarle el pechito. Y ví... un estigma que reproducía fielmente la herida de Laurita: un núcleo negro, imitando el agujero del proyectil, y la "viborita", una estría roja que se dirigía hacia un costado.

Un rayo de luz bañó mi espíritu. Comprendí todo, El feto en formación en las entrañas maternas, fué el único testigo del crimen, y, apenas nacido, lo denunciaba con aplastadora evidencia.

—Ella ha visto ésto? — pregunté a la partera.

—No. No conviene que vea antes de que esté buena.

No me contuve. Abrí las ventanas, derramé el sol en el cuarto, desnudé a la criatura y la puse desnuda ante los ojos de la madre diciendo con la frialdad del juez:

—¡Mira, mujer, quien te denuncia!

La parturienta irguióse de pronto, echóse hacia atrás las guedejas sueltas y clavó los ojos en el estigma. Abriólos desmesuradamente, como loca, a medida que comprendía la significación. Los levantó hacia mí, y su mirada dura se turbó por primera vez ante la inexorable fijeza de la mía. En seguida ablandó el cuerpo dejándolo caer hacia atrás, vencida.

Durante la noche sobrevino una crisis. Acudieron los médicos. Fiebre puerperal en forma gravísima. Mi mujer rechazó obstinadamente la medicación, y falleció sin emitir una sola palabra, fuera de las inconscientes, escapadas en los momentos de delirio.

No bien hubo terminado Fausto la confidencia de aquellos horrores, se abrió la puerta y entró en la sala un jovencito imberbe.

—Hijo mío, — dijo el padre. — Abre la camisa para que Bruno vea tu viborilla.

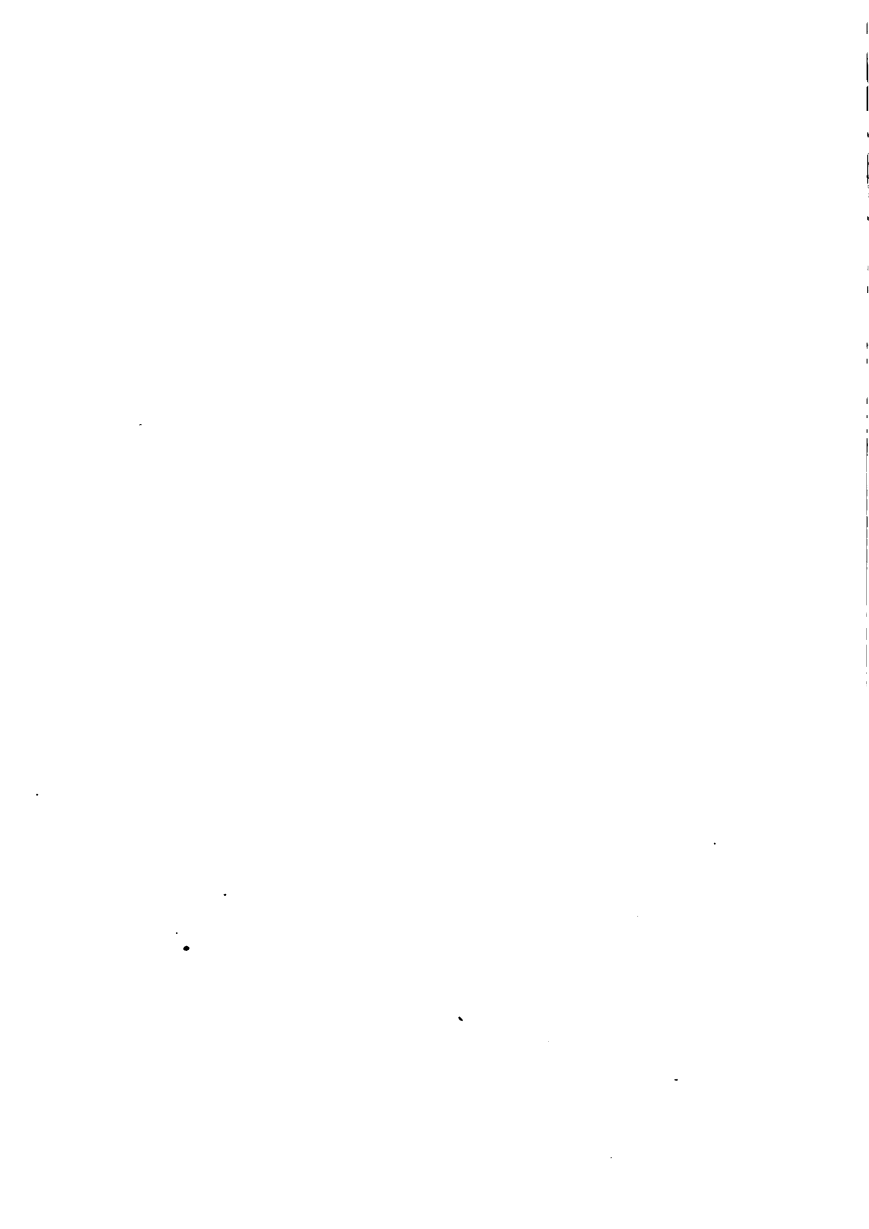
La ilusión era perfecta: allá estaba la imagen del orificio abierto por el proyectil y del hilo de sangre escurrida.

—Vé, tú, ahora — concluyó mi desventurado amigo — los caprichos de la naturaleza...

—Caprichos de Némesis... — iba diciendo yo, pero la mirada de Fausto me truncó la palabra: el joven ignoraba el crimen del cual fuera él mismo el elocuente delator.

INDICE

	Pág.
Urupés	5
Los torreros	23
El gracioso arrepentido	41
La colcha de retazos	59
Chool Panl	73
"Mi cuento de Maupassant"	95
Pollice verso	101
Bucólica	121
El árbol matador	133
Boca - Tuerta	147
El comprador de haciendas	169
Un suplicio moderno	189
El estigma	207

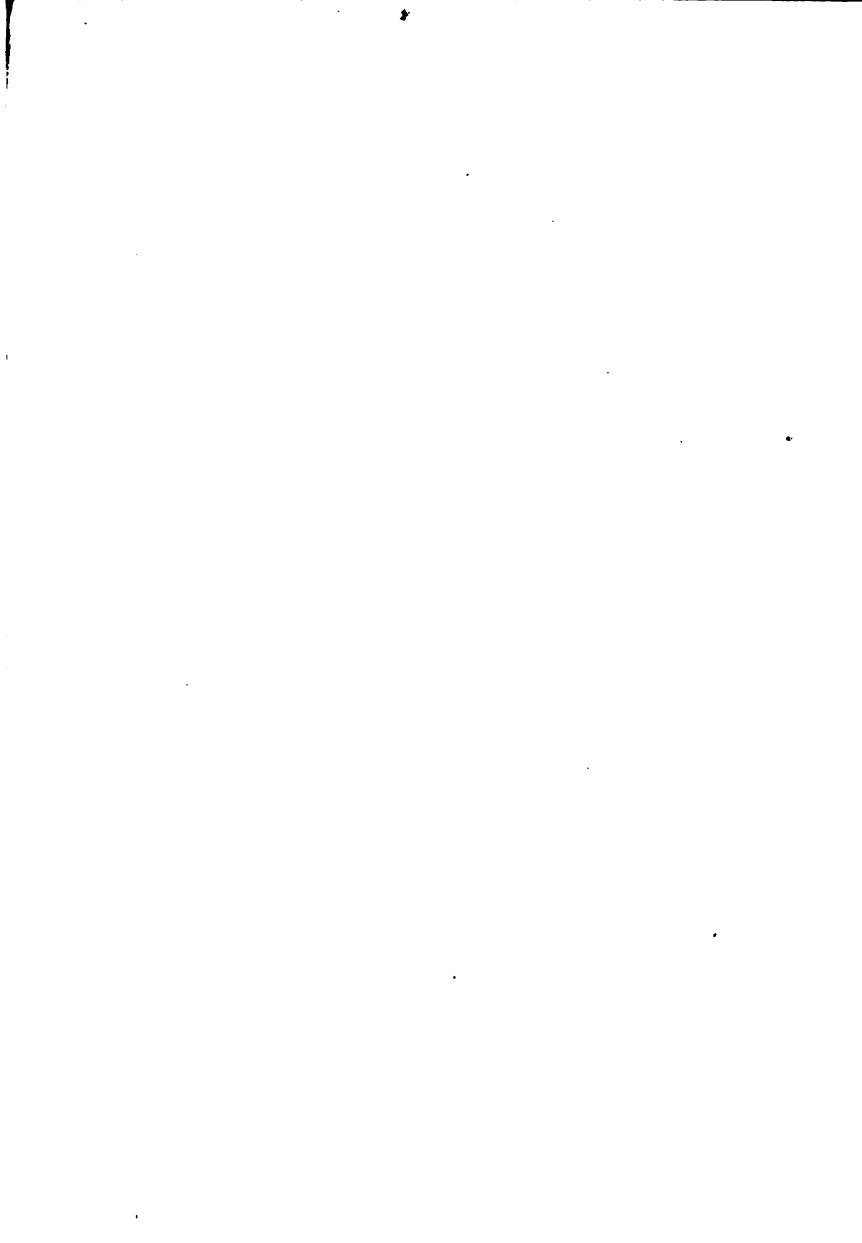


URUPÉS

Cuentos del
Brasil por MONTEIRO LOBATO

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS





BIBLIOTECA DE NOVELISTAS AMERICANOS

Director: **MANUEL GÁLVEZ**

LIBROS PUBLICADOS:

- I.—**Los caranchos de la Florida**, por Benito Lynch (argentino).
- II.—**Este era un país...**, por Vicente A. Salaverrí (uruguayo).
- III.—**Luna de miel y otras narraciones**, por Manuel Gálvez (argentino).
- IV.—**Urupés**, por Monteiro Lobato (brasileño).

EN PRENSA:

- V.—**Borderland**, por Atilio Chiapori (argentino).

PROXIMAMENTE:

- VI.—**La maestra normal**, por Manuel Gálvez (argentino).
- VII.—**Un perdido**, por Eduardo Barrios (chileno).
- VIII.—**Pater**, por Claudio de Souza (brasileño).

89101175263



B89101175263A



89101175263



b89101175263a